A. D. MILLER
El deshielo

Nick Platt es un joven abogado que lleva una vida anodina en Moscú. Su trabajo consiste en actuar de enlace entre bancos y conglomerados rusos que quieren llevar a cabo extracciones de crudo en Siberia. Todo tiene cierto aire turbio, pero Nick se convence de que, con él o sin él, los acuerdos seguirían adelante.

Un día de septiembre, Nick conoce a Masha y a Tatiana, dos bellezas con las que se entregará a la vida nocturna decadente de la capital rusa. A medida que frecuenta a las chicas, Nick se enamora de la seductora Masha, que se comporta de manera extraña y caprichosa, algo a lo que, con sus sentidos embotados por el amor, resta importancia.

Cuando llega la primavera y comienza el deshielo un cadáver sale a la luz. Nick no podrá seguir obviando sus presentimientos. Es el momento de enfrentarse a la verdad.

El deshielo narra la historia de cómo un joven abogado vendió su alma al diablo en el magma corrupto y seductor de las dachas y los clubes nocturnos de Moscú, una ciudad en la que extranjeros y nativos, gánsteres y amantes, parecen haberse embarcado en una suerte de caída libre amoral, en la que los cadáveres salen a luz con el deshielo primaveral.

A. D. Miller

El deshielo

Título original: *Snowdrops*
A. D. Miller, 2010
Traducción: Jordi Fibla, 2013

-

Revisión: 1.0

11/05/2023

Campanilla de invierno. 1. Planta bulbosa de floración tardía que tiene una flor blanca colgante. *2. Jerga moscovita*. Cadáver que yace enterrado u oculto en las nieves invernales y que solo aparece con el deshielo.

Para Arkady, Becky, Guy, Mark
y, especialmente, Emma

Lo olí antes de verlo.

Había un grupo de gente en la acera y la calzada, en su mayoría agentes de policía, unos hablando por móviles, otros fumando, unos mirando, varios mirando a otra parte. Desde la dirección por la que yo venía, la gente congregada me impedía ver lo que había detrás de ellos, y al principio pensé que, dada la abundancia de uniformes, debía de ser un accidente de tráfico o tal vez una redada de inmigrantes. Entonces noté el olor. Era un olor como el que notas en tu casa si te olvidas de sacar la basura cuando te vas de vacaciones, fuerte pero ácido, lo bastante intenso como para imponerse a los aromas veraniegos normales de cerveza y revolución. Era el olor que lo había delatado.

Vi el pie desde unos diez metros de distancia. Uno solo, como si su propietario bajara muy despacio de una limusina. Todavía puedo ver aquel pie. Calzaba un zapato negro sin cordones, barato, y por encima del zapato había una franja de calcetín gris y un atisbo de carne verdosa.

Me dijeron que el frío lo había mantenido fresco. No sabían cuánto tiempo llevaba allí. Uno de los policías especuló con la posibilidad de que fuese todo el invierno. Dijo que habían usado un martillo o quizá un ladrillo. Añadió que era un trabajo chapucero. Me preguntó si quería ver el resto. Le dije que no, gracias. Ya había visto y sabido más de lo que necesitaba durante aquel último invierno.

Siempre dices que nunca hablo del tiempo que pasé en Moscú o de por qué me fui de allí. Tienes razón, siempre te doy excusas, y pronto comprenderás el motivo. Pero no has dejado de preguntármelo y, por alguna razón, últimamente no dejo de pensar

en ello… no puedo refrenarme. Tal vez se deba a que solo faltan tres meses para «el gran día», y en cierto modo eso parece una especie de arreglo de cuentas. Tengo la necesidad de contarle a alguien mi experiencia en Rusia, aunque resulte doloroso. También pienso que probablemente deberías saberlo, puesto que vamos a hacernos esas mutuas promesas y tal vez incluso a cumplirlas. Creo que tienes derecho a saberlo todo. Me ha parecido que sería más fácil si lo pusiera por escrito, de manera que no tendrás que esforzarte por mantener la compostura cuando te lo cuente, mientras que yo no tendré que mirarte mientras te hablo.

Así pues, esto es lo que he escrito. Querías saber cómo terminó. Bueno, ese fue casi el final, aquella tarde en que vi el pie. Pero en realidad el final había empezado el año anterior, en septiembre, en el metro.

Por cierto, cuando le hablé del pie a Steve Walsh, me dijo: «Una campanilla de invierno. Tu amigo es una campanilla de invierno». Me explicó que así llaman en Rusia a los cadáveres que salen a la luz con el deshielo. En su mayoría son borrachos, gente sin hogar que arroja la toalla y se tumba en el suelo emblanquecido, y víctimas a las que sus asesinos han ocultado en los montones de nieve.

Campanillas de invierno: la maldad que ya está ahí, siempre ahí y muy cerca, pero que de algún modo te las ingenias para no ver. Los pecados que oculta el invierno, a veces para siempre.

1

Por lo menos estoy seguro de su nombre. Se llamaba Maria Kovalenko, Masha para sus amigos. La primera vez que me fijé en ella estaba en el andén de la estación de Ploshchad Revoliutsii, la plaza de la Revolución. Le vi el rostro durante unos cinco segundos antes de que sacara un espejito de maquillaje y lo sostuviera ante la cara. Con la otra mano se puso unas gafas de sol, y recuerdo que me pasó por la cabeza la idea de que puede que acabara de comprarlas en un tenderete de un paso subterráneo. Se apoyaba en una columna, en el extremo del andén donde están las estatuas de civiles: atletas, ingenieros, campesinas pechugonas y madres con fornidos bebés. Me demoré mirándola más de lo que habría debido.

En la Ploshchad Revoliutsii ocurre algo curioso, un efecto visual que sucede cuando transbordas a la línea verde desde ese andén de las estatuas. Cruzas las vías del metro por una pequeña pasarela elevada, y a un lado ves una flotilla de arañas de luces en forma de disco que se extienden a lo largo del andén hasta desaparecer en la oscuridad de la que emergen los trenes. Al otro lado ves a los pasajeros que hacen el mismo recorrido, pero por una pasarela en paralelo, casi pegada a la tuya pero independiente. Aquel día, cuando miré a la derecha, vi a la joven de las gafas de sol que iba en la misma dirección.

Abordé el tren para ir a Pushkinskaia, la siguiente estación. Me coloqué debajo de los paneles amarillos y la añeja hilera de luces que, siempre que tomaba el metro, me hacía sentir como si fuera un extra en alguna película paranoica de Donald Sutherland de los años

setenta. En Pushkinskaia subí por la escalera mecánica con sus lámparas fálicas, mantuve abiertas las pesadas puertas de vidrio, como siempre hacía, para que pasara la persona que iba detrás de mí, y avancé por el laberinto de pasadizos subterráneos bajo la plaza Pushkin. Entonces ella gritó.

Estaba a unos cinco metros a mis espaldas, y no solo gritaba, sino que forcejeaba con un hombre delgado con cola de caballo que trataba de arrebatarle el bolso (un Burberry claramente falsificado). Ella pedía ayuda a gritos, y la amiga que había aparecido a su lado, y que resultó ser Katia, también gritaba. Al principio me limité a contemplar la escena, pero el hombre echó el puño atrás, como si fuese a golpearla, y oí que alguien gritaba detrás de mí, como si estuviera dispuesto a intervenir. Avancé unos pasos y agarré por detrás al hombre delgado tirando del cuello de su chaqueta.

Él dejó el bolso y trató de golpearme con los codos, pero no me alcanzó. Cuando lo solté, perdió el equilibrio y cayó al suelo. Todo terminó con rapidez, y no pude verle bien la cara. Era joven, quizá diez centímetros más bajo que yo, y parecía abochornado. Me dio una patada en la espinilla, sin hacerme daño, se puso en pie, echó a correr por el paso subterráneo y subió raudo por las escaleras que conducían a Tvérskaia, la calle Oxford de Moscú, aunque sin aparcamiento regulado, que desciende en pendiente desde la plaza Pushkin hasta la plaza Roja. Cerca del pie de la escalera había dos policías, pero estaban demasiado ocupados fumando y buscando inmigrantes a los que acosar para que prestaran la menor atención al atracador.

—*Spasibo* —me dijo Masha: «Gracias», y se quitó las gafas.

Vestía unos tejanos ceñidos con las perneras metidas en botas de piel marrón hasta las rodillas, y una blusa blanca que tenía desabrochado un botón más de lo necesario. Sobre la blusa llevaba una de esas curiosas chaquetas de entretiempo de la época Brézhnev que a menudo se ponen las mujeres rusas con pocos recursos. Si las miras de cerca parecen hechas de tela de moqueta o de toalla playera con un cuello de piel de gato, pero de lejos le dan a la chica el aspecto de una mujer fatal en un *thriller* sobre la Guerra Fría. Tenía

la nariz recta y huesuda, la piel pálida y el cabello largo y leonado, y con un poco más de suerte podría haber estado sentada bajo el techo con ornamentos dorados de un carísimo restaurante llamado El Palacio Ducal o El Pabellón de Caza, saboreando caviar negro y sonriendo con indulgencia a un magnate del níquel o un comerciante del petróleo muy bien relacionado. Tal vez sea ahí donde se encuentra ahora, aunque me inclino a dudarlo.

—*Oi, spasibo* —dijo su amiga, estrechándome los dedos de la mano derecha.

Su mano era cálida y liviana. Calculé que la chica de las gafas de sol tenía poco más de veinte años, tal vez veintitrés, pero la amiga parecía más joven, diecinueve o quizá incluso menos. Llevaba botas blancas, minifalda rosa de piel artificial y chaqueta a juego. Tenía la nariz un poco respingona, el cabello liso y rubio, y una de esas sonrisas de niña rusa francamente invitadoras, que van acompañadas de un contacto ocular directo. Era una sonrisa como la del Niño Jesús que vimos una vez, ¿recuerdas?, en aquella iglesia del pueblo en la costa, cerca de Rímini: la sonrisa vieja y sabia en la cara juvenil, una sonrisa que decía: «Sé quién eres, sé lo que quieres, es un conocimiento innato que tengo».

—*Nichevo* —repliqué: «No hay de qué», y añadí en ruso—: ¿Estáis bien?

—*Vso normalno* —contestó la chica de las gafas de sol: «Todo es normal».

—*Jarasho* —le dije: «Muy bien».

Nos sonreímos mutuamente. El calor de la cargada atmósfera del metro me había empañado las gafas. Recuerdo que en uno de los tenderetes del pasadizo, donde vendían discos compactos, sonaba música folk, la letra ahogada por uno de esos borrachos cantantes rusos que parecen haber empezado a fumar en el vientre materno.

En un universo paralelo, en otra vida, ese sería el final de la historia. Nos despedimos, vuelvo a casa esa tarde y al día siguiente voy a mi trabajo de abogado. Tal vez en esa vida aún estoy ahí, todavía en Moscú, tal vez he encontrado otro trabajo y me he quedado, nunca he regresado a mi país y no te he conocido. Las

chicas van a reunirse con quien sea y hacer lo que sea que iban a hacer si no nos hubiéramos encontrado. Pero me animaba esa sensación que experimentas cuando has salido bien parado de una situación arriesgada, la euforia de haber hecho una buena acción. Un acto noble en un lugar despiadado. Yo era un héroe de poca monta, ellas me dejaban serlo, y les estaba agradecido.

La más joven seguía sonriendo, pero la mayor se limitaba a mirarme. Era más alta que su amiga, metro setenta y cinco o un poco más, y, gracias a los tacones, sus ojos verdes quedaban a la altura de los míos. Eran unos ojos muy bonitos. Alguien tenía que decir algo, y fue ella quien dijo en inglés:

—¿De dónde eres?

—De Londres —respondí. No he nacido en Londres, como sabes, pero sí bastante cerca. Le pregunté en ruso—: ¿Y vosotras de dónde sois?

—Ahora vivimos aquí, en Moscú —respondió.

Para entonces ya estaba acostumbrado a ese juego lingüístico. Las chicas rusas siempre decían que deseaban practicar su inglés, pero a veces también querían hacerte sentir que eras dueño de la situación, que estabas en su país pero con la seguridad de poder usar tu propio idioma.

Hubo otra pausa, durante la cual seguimos sonriendo.

—*Tak, spasibo* —dijo la amiga. «Bueno, gracias».

Ninguno de los tres se movió. Entonces intervino Masha:

—¿Adónde vas?

—A casa —dije—. ¿Y vosotras?

—Solo estamos paseando.

—*Poguliaem* —les propuse. «Paseemos».

Y eso hicimos.

Estábamos a mediados de septiembre. Era la época del año que los rusos llaman «verano de la abuela», un agridulce periodo de calor aterciopelado que solía empezar después de que las campesinas trajeran sus cosechas, y que ahora en Moscú significa francachelas

de última hora al aire Ubre en las plazas y alrededores del Bulvar (la encantadora y antigua calle en torno al Kremlin, con espacios ajardinados entre los carriles, césped, bancos y estatuas de escritores famosos y revolucionarios olvidados). Es la mejor época para visitar la ciudad, aunque no estoy seguro de que tú y yo lo hagamos alguna vez. En los tenderetes fuera de las estaciones del metro vendían guantes de piel artificial y fabricación china para el invierno inminente, pero aún había largas colas de turistas esperando para desfilar ante ese espectáculo de barracón de feria que es la momia de Lenin en su mausoleo de la plaza Roja. En las cálidas tardes, la mitad de las mujeres de la ciudad seguían vistiendo con muy poca ropa.

Subimos por los lisos y estrechos escalones que conducen a la plaza desde los pasadizos subterráneos, y al salir nos encontramos frente al supermercado armenio. Cruzamos los colapsados carriles del tráfico hasta la ancha acera en medio del Bulvar. Había una sola nube en el cielo, aparte de una columna de humo algodonoso que se elevaba de una fabrica o una central eléctrica en alguna zona urbana deprimida, apenas visible contra el azul del atardecer. Era hermoso. El aire olía a gasolina barata, carne a la parrilla y lujuria.

La mayor me preguntó en inglés:

—¿A qué te dedicas en Moscú, si no es un secreto?

—Soy abogado —respondí en ruso.

Hablaron entre ellas muy deprisa, demasiado bajo y rápido para que pudiera entenderlas.

—¿Cuántos años llevas en Moscú? —quiso saber la más joven.

—Cuatro años —respondí—. Bueno, casi cuatro.

—¿Te gusta? —me preguntó la chica de las gafas de sol—. ¿Te gusta nuestro Moscú?

Dije que me gustaba mucho, pues pensé que eso era lo que ella deseaba escuchar. Había descubierto que allí la mayoría de los jóvenes mostraban de forma automática una especie de orgullo nacional, aunque todos quisieran largarse en cuanto pudieran a Los Angeles o la Costa Azul.

—¿Y tú a qué te dedicas? —le pregunté en ruso.

—Trabajo en una tienda. De teléfonos móviles.

—¿Dónde está tu tienda?

—Al otro lado del río, cerca de la galería Tretiakov. —Dimos unos pasos en silencio antes de que añadiera—: Hablas muy bien el ruso.

La chica exageraba. Yo hablaba ruso mejor que los banqueros oportunistas y los asesores embaucadores instalados en la ciudad: los ingleses seudopijos, los norteamericanos depredadores y los escandinavos engañosos a quienes la quimera del oro negro había llevado a Moscú, y que básicamente se las arreglaban con veintitantas palabras para poder desplazarse entre sus oficinas, sus apartamentos en bloques protegidos, los burdeles cargados en la cuenta de gastos de representación, los restaurantes de lujo y el aeropuerto. Yo iba camino de expresarme con fluidez, pero mi acento todavía me delataba cuando solo había pronunciado la mitad de la primera sílaba. Masha y Katia debían de haberme catalogado como extranjero incluso antes de que hubiera abierto la boca. Supongo que resultaba fácil identificarme. Era domingo y me dirigía a casa tras haber asistido a una incómoda reunión de expatriados en el piso de un contable que vivía solo. Recuerdo que llevaba unos tejanos que parecían nuevos, un suéter oscuro con cuello de pico, una camisa de Marks & Spencer debajo y unas botas de ante. La gente no vestía así en Moscú. Cualquiera con medios se inclinaba por camisas de estrellas de cine y zapatos italianos, y los que no tenían dinero, que era la mayoría de la gente, llevaban excedentes de prendas militares de contrabando, o botas y pantalones bielorrusos baratos y deprimentes.

En cambio, Masha tenía un acento inglés bonito de veras, aunque le flaqueara la gramática. Ciertas mujeres rusas, cuando hablan en inglés, sueltan unos chillidos excesivamente declamatorios, pero ella bajaba la voz, casi como si rezongara, haciendo vibrar con avidez las erres. Su voz sonaba como si se hubiera pasado la noche entera de juerga. O en una guerra.

Caminábamos hacia las carpas veraniegas donde se sirve cerveza, que se instalan el primer día caluroso de mayo, cuando la ciudad

entera se echa a las calles, y se desmontan en octubre, cuando finaliza el verano de la abuela.

—Dime, por favor —me dijo la más joven—. Mi amiga me ha dicho que en Inglaterra tenéis dos…

Se interrumpió para consultar a su amiga en ruso. Oía las palabras «caliente», «fría» y «agua».

—¿Cómo se llama eso de dónde sale el agua? —me preguntó la mayor—. En el baño.

—Grifo.

—Sí, grifo —dijo la más joven—. Mi amiga me ha dicho que en Inglaterra hay dos grifos. Por eso a veces el agua caliente le quema la mano.

—*Da, eta pravda* —respondí. «Sí, es cierto».

Estábamos en un sendero en medio del Bulvar, cerca de unos subibajas y toboganes bamboleantes. Una oronda *babushka* vendía manzanas.

—¿Y es cierto que en Londres siempre hay una niebla espesa? —me preguntó la muchacha.

—*Niet* —respondí—. Hace un siglo, sí, pero ya no.

Ella miró el suelo. Masha, la chica de las gafas de sol, sonrió. Cuando rememoro lo que me gustó de ella aquella primera tarde, aparte del largo y firme cuerpo de gacela, de la voz y los ojos, concluyo que fue su ironía. Sus expresiones te daban a entender que ya sabía cómo iba a terminar todo aquello, y que casi quería que yo también lo supiera. Es posible que tan solo ahora me lo parezca así, pero en cierto modo creo que ya se estaba disculpando. Creo que para ella, de alguna manera, las personas eran independientes de sus acciones: como si fuese posible enterrar lo que has hecho y olvidarte de ello, como si tu pasado perteneciera a otra persona.

Llegamos al cruce con mi calle. Tenía esa sensación embriagadora que, antes de conocerte, experimentaba siempre en compañía de mujeres de primera: a medias nervioso, a medias impetuoso, como si estuviera actuando, como si viviera la vida de otro y tuviera que sacarle el máximo partido mientras pudiera.

—Vivo ahí —les dije, señalando el edificio. Y entonces, sin

pensarlo, añadí—: ¿Queréis subir a tomar el té?

Sé que te parecerá ridícula esa manera de intentarlo. Pero hace solo un par de años, cuando en Moscú todavía consideraban exóticos a los extranjeros y un abogado era alguien con un sueldo digno de que le dijeran que sí, podría haber funcionado. Y la verdad es que sí funcionó.

Ella dijo que no.

—Pero si te interesa llamarnos, puedes hacerlo —me dijo. Miró a su amiga, y esta se sacó un bolígrafo del bolsillo situado sobre su pecho izquierdo y anotó un número de teléfono en el reverso de un billete de trolebús. Me lo tendió y lo tomé—. Me llamo Masha —añadió—, Y esta es Katia, mi hermana.

—Yo soy Nick —me presenté.

Katia, enfundada en su falda rosa, se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla. Me obsequió con la segunda clase de sonrisa que tienen, la sonrisa asiática que no significa nada. Se alejaron por el Bulvar, y me quedé mirándolas durante más tiempo del que hubiera debido.

El Bulvar estaba lleno de borrachos, durmientes y parejas que se besaban. Grupos de adolescentes rodeaban a los guitarristas acuclillados. Aún hacía suficiente calor para que todas las ventanas del restaurante en la esquina de mi calle estuvieran abiertas, aireando a la clientela de minigarcas y furcias de rango medio que solía congregarse allí en verano. Tuve que caminar por la calzada para evitar la larga y poco imaginativa sucesión de Mercedes y Hummers negros que habían ocupado las aceras alrededor del local. Entré en mi calle y avancé a lo largo de la iglesia de color mostaza en dirección a mi edificio.

Supongo que en realidad debió de ser otro día (tal vez la imagen solo parece corresponderse con el encuentro en el metro, por lo que las recuerdo juntas), pero en mi mente fue la misma noche en que me fijé por primera vez en el viejo Zhiguli. Estaba en mi lado de la calle, emparedado entre dos BMW como un fantasma del pasado de

Rusia, o como la respuesta a un *puzzle* en el que hay que descartar el elemento incongruente. Tenía la forma del dibujo infantil de un coche: una caja con ruedas, y encima otra caja en la que el niño podría añadir un monigote que representaba al conductor y su volante, y unos ridículos faros redondos en los que, si el niño se sentía eufórico, dibujaría unas pupilas para que parecieran ojos. Era la clase de coche que, en el pasado, la mayoría de los moscovitas habían pasado media vida deseando comprar, o eso era lo que siempre te decían, ahorrando, codiciando y poniendo sus nombres en Estas de espera para conseguir uno, solo para descubrir —tras la caída del Muro, cuando vieron cómo es Norteamérica en la televisión y sus compatriotas con mejores contactos se hicieron con últimos modelos de importación— que incluso sus sueños habían sido miserables. No era fácil saberlo con seguridad, pero aquel vehículo probablemente fue en sus tiempos de color óxido anaranjado. Tenía barro y grasa en los costados, como podría tenerlos un tanque después de una batalla, una oscura costra que, si eras sincero contigo mismo, sabías que era una imagen del aspecto que tendrían tus entrañas tras unos pocos años en Moscú, y tal vez también tu alma.

Camino de la entrada de mi edificio, la acera se había fusionado con la calzada, como tienden a hacerlo las aceras rusas. Pasé junto al patio de la iglesia y el Zhiguli hasta llegar a mi bloque, tecleé mi código en el intercomunicador y entré.

Vivía en uno de los bloques de pisos moscovitas que fueron levantados poco antes de la revolución, casas señoriales para ricos mercaderes que estaban condenados a desaparecer. Como la ciudad misma, había sufrido tantas modificaciones que había acabado pareciendo un amasijo de distintos edificios. Habían puesto un feo ascensor en la fachada y añadido un quinto piso, pero conservaba la curvilínea obra de hierro original de la escalera. La mayor parte de las puertas principales de los pisos eran de acero a prueba de hachazos, pero las habían embellecido con una especie de revestimiento acolchado de cuero, una moda que a veces daba la sensación de que todo el Moscú de clase alta era un hospital

psiquiátrico de baja seguridad. En la tercera planta, un olor a excrementos de gato y una chirriante sinfonía rusa capaz de causar un colapso nervioso surgían del piso de mi vecino, Oleg Nikoláevich. En la cuarta planta hice girar las llaves en las tres cerraduras de mi puerta acolchada y entré en casa. Fui a la cocina, me senté a mi mesita de soltero y saqué de la cartera el billete de trolebús con el número telefónico de Masha anotado en el reverso.

En Inglaterra, antes de conocerte, había tenido solo una vez lo que podría considerarse una relación seria con una mujer. Creo que la conoces… Natalie. Nos conocimos en la universidad, aunque hasta una fiesta de cumpleaños en algún lugar de Shoreditch, en la que todos acabamos borrachos, no habíamos pensado el uno en el otro como contendientes. Creo que ninguno de los dos tuvo la energía necesaria para ponerle fin una vez que hubo empezado, y al cabo de seis o siete meses ella se mudó a mi viejo piso sin que yo estuviera realmente de acuerdo ni en desacuerdo. No puedo decir que me sintiera aliviado cuando se marchó, diciéndome que tenía que pensar y que quería que yo también lo hiciera, pero tampoco me quedé devastado. Perdimos el contacto incluso antes de que me trasladara a Moscú.

Hubo unas pocas chicas rusas que parecieron bien encaminadas hacia una relación seria conmigo, pero ninguna de ellas duró más de un verano. A una le frustró que ni tuviera ni le consiguiera las cosas que ella quería y esperaba: un coche, un chófer, uno de esos estúpidos perritos que corretean por las *boutiques* de los callejones adoquinados cerca del Kremlin. Hubo otra, Dasha, creo que se llamaba, que después de quedarse por tercera vez en mi piso empezó a esconder cosas en el armario ropero y en el armarito de encima del lavabo: una bufanda, un frasco de perfume vacío, notas que decían «Yo también te quiero» en ruso. Le pregunté a Steve Walsh qué podría significar aquello (te acordarás de Steve, el lascivo corresponsal extranjero… venías conmigo aquella vez en que nos topamos con él en el Soho, y no te cayó bien). Me dijo que la chica marcaba su territorio, haciendo que cualquier otra a la que yo llevara a casa supiese que alguien más había estado allí primero. Aquel mes

de septiembre debías ser muy cuidadoso con tus ligues en Moscú, debido al sida, pero también porque había extranjeros que iban a clubes, conocían a chicas, dejaban sus bebidas sobre la mesa cuando iban al lavabo, y luego se despertaban sin sus carteras en el asiento trasero de taxis que no recordaban haber tomado, o tirados de bruces en charcos, o, en una o dos ocasiones, probablemente cuando recibían una dosis inapropiada, no se despertaban nunca.

No había encontrado jamás lo que tenía la gente como mi hermano, lo que mi hermana creyó tener hasta que dejó de tenerlo, eso que tú y yo formalizamos ahora: el contrato, el acuerdo, ser uno y un mismo cuerpo para siempre… y, a cambio de todo eso, el apoyo, los nombres cariñosos y las caricias en el pelo por la noche cuando tienes ganas de llorar. Siempre había creído que no lo deseaba, no para siempre, si he de serte sincero, que podría ser una de esas personas que son más felices sin ello. Es posible que el ejemplo de mis padres me disuadiera: empezaron demasiado jóvenes, trajeron sus hijos al mundo sin pensar realmente en lo que estaban haciendo, se olvidaron de lo que en un principio le gustaba a cada uno del otro. Por entonces me parecía que mis padres tan solo aguantaban, como dos perros viejos atados en la misma caseta pero demasiado cansados para seguir peleándose. En casa se pasaban el día viendo la televisión para no tener que conversar. Estoy seguro de que, en las raras ocasiones en que comían fuera de casa, eran una de esas penosas parejas a las que a veces se ve masticando juntos en silencio.

Pero aquel día de septiembre, cuando conocí a Masha, no sé por qué pensé que podría ser «ella», la mujer que no había estado buscando. El puro azar de nuestro encuentro parecía extraordinario. Sí, se trataba de una atracción física, pero no era solo eso. Tal vez fuera porque sucedió en el momento apropiado, pero de inmediato creí ver su cabellera cayendo por la espalda de un albornoz mientras preparaba el café, la imaginé dormida junto a mí en un avión, con la cabeza apoyada en mi hombro. Si tengo que ser franco contigo, supongo que casi podría decir que me había «enamorado».

El olor del follaje de los álamos penetró por las ventanas abiertas

de la cocina, junto con el sonido de sirenas y cristales rotos. Una parte de mí quería que ella fuese mi futuro, y otra quería hacer lo que debería haber hecho: arrojar el billete con el número telefónico por la ventana de la cocina hacia el aire rosado y prometedor del atardecer.

2

Al día siguiente la llamé por teléfono. En Rusia no son muy partidarios del falso autocontrol, de la espera y las maniobras fingidas, todo ese simulacro de combate de las citas al que tú y yo jugamos en Londres, y, en cualquier caso, me temo que no pude contenerme. Salió el buzón de voz y le dejé los números de mi móvil y de la oficina.

No hubo respuesta durante unas tres semanas, y casi logré dejar de pensar en ella. Casi. Me ayudó el hecho de estar muy atareado en la oficina, como en aquel entonces lo estaban todos los abogados extranjeros en Moscú. El dinero brotaba a chorros del suelo de Siberia, y al mismo tiempo llegaba otra inundación monetaria. Una nueva generación de conglomerados de empresas rusas se estaban desmembrando frenéticamente entre sí, y los bancos extranjeros les prestaban los miles de millones que necesitaban para sus adquisiciones. Los banqueros y los hombres de negocios rusos venían a nuestro bufete para acordar sus condiciones: los banqueros, con sus camisas de puños vueltos y sus sonrisas de blancos dientes; los directivos de las petroleras, ex miembros de la KGB de cuello grueso y trajes que marcaban su corpulencia, y nosotros, que tramitábamos los préstamos y sacábamos nuestra pequeña tajada. El bufete se encontraba en una torre *beige* almenada en la plaza Pavelétskaia, un edificio que no había adquirido del todo el sofisticado aspecto de prosperidad que el arquitecto se propusiera darle, pero que de todos modos era el hogar diurno con aire acondicionado de la mitad de los expatriados en Moscú. En el otro

lado de la plaza se encontraba la estación de tren de Paveletsky, dominio de borrachos, indigentes y críos que esnifaban pegamento, pobres diablos sin esperanza que se habían caído de la cuerda floja rusa. La estación y la torre estaban frente a frente a cada lado de la plaza, como ejércitos desiguales antes de una batalla.

En la oficina había una secretaria nueva, una chica inteligente llamada Olga, que llevaba trajes pantalón ceñidos y creo que era de Tartaristán, y de la que estoy seguro que ahora dirige alguna empresa de importación de tuberías o distribución de pintalabios y está viviendo el sueño ruso. Tenía los ojos marrón oscuro y unos pómulos sensacionales, y siempre estábamos tonteando, diciendo que yo le enseñaría Londres y… ¿qué me enseñaría ella a cambio?

Entonces, hacia mediados de octubre, me llamó Masha, y con su áspera voz me preguntó si quería cenar con ella y con Katia.

—Buenos días, Nicholas —me dijo—. Soy Masha.

Era evidente que no consideraba necesario decir de qué Masha se trataba, y eso era cierto. Noté cómo se me enrojecía el cuello.

—Hola, Masha, ¿cómo estás?

—Estoy bien, gracias, Nicholas. Por favor, dime, ¿qué haces esta noche?

Esas primeras conversaciones telefónicas son muy curiosas, ¿no crees?, cuando hablas con la nueva persona que has tenido todo el rato en mente, aunque la verdad es que aún no la conoces en absoluto. Esos momentos incómodos que podrían ser cruciales en tu vida, que podrían serlo todo o no ser nada.

—Nada —respondí.

—Te invitamos a cenar. ¿Conoces un restaurante llamado Mechta Vostoka?

«El Sueño de Oriente». Lo conocía. Era uno de los locales caucasianos *kitsch* que flotan sobre unas grandes plataformas de madera amarradas en el río, frente al parque Gorki… la clase de invitación a un restaurante que en Londres despreciarías, pero que en Moscú significa paseos a lo largo del malecón, vino tinto caucasiano, la nostalgia que sienten otros por las soleadas festividades soviéticas, bailes estúpidos y libertad. Me dijo que había

reservado mesa para las ocho y media.

Aquel fue el mismo día, la misma tarde, esta vez sí estoy seguro, en que vi al Cosaco por primera vez. Apareció sonriente en nuestra oficina, situada en la novena planta de la torre de Pavelétskaia.

Nos habían encargado la representación de un consorcio de bancos occidentales que prestarían quinientos millones de dólares, a entregar en tres plazos y devolver con una elevada tasa de interés. El prestatario era una agrupación empresarial formada por una firma de logística de la que yo nunca había oído hablar y Narodneft. (Tal vez te suene ese nombre, Narodneft: es la gigantesca compañía energética estatal, que había engullido los activos que el Kremlin arrebataba a los oligarcas mediante falsos pleitos y exigencias fiscales inventadas). Juntos se proponían construir una terminal petrolífera en algún lugar del mar de Barents… si he de serte sincero, no presté mucha atención al dato geográfico, por lo menos no lo hice hasta que finalmente viajé allá. Su plan consistía en reconvertir un enorme petrolero soviético para que permaneciera estacionado en el océano, alimentado por un oleoducto que le suministraría petróleo desde la costa.

Narodneft se estaba preparando para que una parte de sus acciones cotizaran en Nueva York y necesitaba que sus libros de contabilidad tuvieran un aspecto saneado. Así pues, para que los riesgos del proyecto no aparecieran en el balance, la gerencia había buscado un socio y establecido una empresa independiente para llevarlo a cabo. La empresa del proyecto tenía su sede social en las islas Vírgenes Británicas. El testaferro era el Cosaco.

La verdad es que el Cosaco me cayó bien, por lo menos de entrada, y creo que en cierta manera, a su manera, también yo le caí bien. Algo en él hacía que resultara encantador, tal vez su desenfadado hedonismo o su displicente matonería. Quizá fuera más acertado decir que le envidiaba. Era un hombre de corta estatura, poco más de metro sesenta y cinco, unos quince centímetros más bajo que yo, con un flequillo de chico de banda pop

juvenil, traje de diez mil dólares y sonrisa de asesino. Era una mezcla de relumbrón y amenaza a partes iguales. No llevaba nada consigo cuando salió del ascensor, ni portafolio ni papeles ni abogados, salvo un guardaespaldas que parecía un tanque cuya cabeza rapada era la torreta.

Yo había redactado una carta de autorización, una especie de contrato preliminar, que el Cosaco tenía que refrendar en nombre de su agrupación empresarial. Un par de días antes habíamos enviado una copia por fax a sus abogados: el banco principal se encargó de reunir el dinero, dispersando el riesgo entre unos pocos bancos más, mientras que el Cosaco prometía no pedir prestado a ninguna otra entidad. Lo llevamos a la sala de reuniones rodeada de mamparas de vidrio situada en un ángulo de la planta abierta de la oficina. Además de mí, estaban presentes mi jefe Paolo y Serguéi Borisovich, uno de los jóvenes y entusiastas rusos del departamento corporativo. Paolo tenía cuarenta y tantos años, pero se mantenía esbelto y pulcro de esa forma en que pueden serlo los italianos de edad mediana, con un pintoresco mechón blanco a un lado de la cabeza y una esposa a la que evitaba todo lo posible. Una mañana, a comienzos de los años noventa, se despertó en su cómoda cama milanesa, percibió la vaharada de dinero procedente del Este, la siguió y se quedó allí demasiado tiempo. Serguéi Borisovich era bajo, con una cara que parecía una patata perpleja. Había completado sus estudios de inglés en un programa de intercambio en Carolina del Norte, pero empezó a estudiarlo viendo la MTV, y su palabra favorita seguía siendo «total».

Entregamos los documentos al Cosaco. Este pasó la primera página, volvió a pasarla hacia atrás y luego empujó la carpeta, se reclinó en la silla e infló las mejillas. Miró a su alrededor, como si esperase que ocurriera algo más, tal vez un número de *striptease* o un apuñalamiento. Las cúpulas en forma de cebolla azules y doradas del monasterio Novospasski nos hacían guiños a través de la ventana de la novena planta, desde el otro lado del río Moskova. Y entonces se puso a contar chistes.

El Cosaco tenía uno de esos sentidos del humor que te hacen

experimentar una especie de guerra interna. Reírte de sus chistes te hacía sentir culpable, y no reírte de ellos te hacía sentir en peligro. Sus preguntas personales siempre parecían un preludio de chantaje.

Nos contó que era cosaco, de Stavropol, creo, o de algún lugar de los territorios desérticos meridionales. ¿Sabíamos qué eran los cosacos? Su misión histórica, nos explicó, era la de mantener tranquilos a los «negros» en el sobaco de Rusia. ¿Por qué no íbamos a verle al norte, donde estaba la terminal petrolífera, su nuevo destino? Nos mostraría a todos la hospitalidad cosaca.

—Puede que vayamos un día —replicó Paolo.

Yo le dije que tenía esposa en Moscú y que no le gustaba que me marchara. Por eso sé con toda seguridad que aquel fue el mismo día de mi cena con Masha y Katia: porque recuerdo que, al decir esas palabras, tuve la sensación de que eran mentira solo en sus tres cuartas partes, una mentira temporal, tal vez.

—Bien —dijo el Cosaco en ruso—, puedes tener dos mujeres, una en Moscú y otra en el Ártico.

Se fumó un cigarrillo, mostrando los dientes. Entonces firmó la carta de autorización sin mirarla y, tras eructar, sonrió.

—Tíos —nos dijo mientras nos estrechaba las manos—, esto es algo especial. Rusia les está agradecida.

—Un cerdo con pintalabios —comentó Paolo cuando las puertas se hubieron cerrado.

Así definíamos los tratos con hombres de negocios no domesticados como el Cosaco, la clase de trato que, entre tú y yo, suponía la mitad de nuestros ingresos en aquel entonces, y que ni siquiera la asepsia de nuestras cláusulas, garantías y declaraciones podía perfumar. A veces resultaba repugnante, una especie de lavado de dinero legal. Solía decirme a mí mismo que, sin nuestra intervención, aquello habría sucedido de todos modos, que nosotros solo éramos enlaces y no quienes financiaban lo que los rusos hicieran con el dinero, fuera lo que fuese. Nuestro cometido se limitaba a asegurar que nuestros clientes finalmente recuperasen su dinero. La habitual manera de escurrir el bulto que tenemos los abogados.

—Un cerdo con pintalabios —convine.

—Total —dijo Serguéi Borisovich.

Me pasé el resto de la tarde sumido en uno de esos estados de aturdimiento que te sobrevienen cuando te espera una entrevista de trabajo o una cita temible con el médico, y asientes y respondes de manera automática cuando la gente te habla aunque en realidad no les escuchas. Esos días en los que tu reloj parece señalar perezosamente los minutos que parecen horas, y siempre queda mucho tiempo por delante, ha pasado muy poco desde la última vez que lo miraste. Y entonces, al final, cuando de repente te sientes nervioso y quieres echarte atrás, el tiempo empieza a correr y el momento es ya. Hacia las seis de la tarde fui a casa para cambiarme el traje de matón a sueldo y limpiar el baño, por si acaso.

3

En aquel entonces, antes de que empezase a evitarlo, veía a mi vecino Oleg Nikoláevich prácticamente a diario. Por lo general me lo encontraba en el descansillo ante la puerta de su piso, fingiendo que no me esperaba. Cuando me mudé al edificio y apenas conocía a nadie en Moscú, me gustaba charlar con él. Era paciente con mi ruso chapurreado y me daba buenos consejos sobre las zonas de la ciudad que no debía frecuentar. Más adelante, cuando ya me hube aposentado, no me costaba mucho estar de palique con él durante unos minutos. Tenía la sensación de que se lo debía, y de vez en cuando resultaba interesante.

Oleg Nikoláevich vivía solo, aparte de su gato. Lucía perilla blanca y le sobresalían pelos de las orejas. Cierta vez me dijo que era director de una revista literaria, pero no estoy seguro de que tal publicación existiera realmente. Era uno de esos rusos cascarrabias y meticulosos que nunca pierden pie en el agua, sabiendo cuándo han de ocultarse y cuándo deben guardar silencio, manteniéndose a salvo y procurando no perjudicar a nadie. Era viejo y solitario. Cuando salí para ir a cenar al Sueño de Oriente, Oleg estaba merodeando en su descansillo, con una artística bufanda de seda al cuello.

—Buenas noches, Nikolái Ivánovich —me dijo en ruso—. ¿Qué tal va esa vida de abogado?

Oleg Nikoláevich me saludaba siempre de esa manera. Al enterarse de que el nombre de mi padre era Ian, empezó a llamarme Nikolái Ivánovich, pues así es como me habrían llamado de haber sido ruso. Llamas a la gente por el nombre de su padre y por el suyo

propio hasta que la relación es muy estrecha, y siempre con los dos nombres a las personas mayores y a tus jefes. Como nadie más se dirigía a mí de ese modo, no dejaba de gustarme, puesto que reflejaba la aceptación de que era objeto, así como una cortesía de la vieja escuela. Le dije que estaba muy bien y le pregunté cómo le iba a él.

—*Normalno* —respondió: «Normal».

Le pedí que hiciera el favor de perdonarme, pero tenía mucha prisa. Supongo que el motivo de mi apremio debía de ser evidente. Me había empapado en loción para después del afeitado (la misma que uso a veces ahora, esa que, según tú, huele a orines de caballo), y llevaba una llamativa camisa de color turquesa que normalmente solo me pongo para asistir a bodas. Había hecho un desaconsejable intento de alisarme el pelo.

—¡Nikolai Iványovich! —exclamó Oleg, alzando un solo dedo velludo. Comprendí que iba a soltarme uno de los proverbios rusos que tanto le gustaban—. El único lugar donde hay queso gratis es en una ratonera.

El olor a pelaje gatuno, enciclopedias en proceso de descomposición y salchichas rancias que salía de su piso me persiguió mientras me apresuraba a bajar los escalones de dos en dos.

Si cierro los ojos, veo toda aquella velada en el interior de los párpados, como si se hubiera conservado en una de esas viejas películas con mucho grano de los años setenta.

Oscurecía cuando salí de casa, y en el frío aire se notaba que quería llover. Cuando caminaba en dirección al Bulvar, vi a dos hombres sentados en el Zhiguli de color naranja. No eran la clase de hombres que un niño habría dibujado después de haber pintado el coche. Mi mirada se cruzó con la de uno de ellos y la aparté rápidamente, como haces en Londres y sobre todo en Moscú, donde siempre se ven cosas a través de las arcadas, en aparcamientos y pasos subterráneos, antes de caer en la cuenta de que sería mejor no

haberlas visto. Corría la esquina en busca de un taxi. El segundo o tercero que pasaba se detuvo ante mi brazo extendido. (En Rusia nunca tuve coche. Cuando llegué, Paolo me dijo que empezara a conducir de inmediato, porque si esperaba a estar familiarizado con la anarquía, el hielo y la policía de tráfico en las carreteras, jamás lo haría, y tenía razón. Pero el sistema extraoficial de taxis es una manera sorprendentemente segura de desplazarte, siempre que obedezcas dos sencillas reglas: no te subas si el conductor está acompañado de un amigo, y no lo hagas nunca si está más bebido que tú).

Creo que mi taxista de aquella noche era georgiano. En el salpicadero llevaba dos iconos en miniatura, madrecitas de Dios que siempre me hacían sentir más seguro y más vulnerable al mismo, tiempo: con menos riesgo de acabar degollado, pero también con la sensación de que mi vida podía estar en manos de alguien para quien mirar por el retrovisor o frenar eran cosas de la que debía preocuparse Dios más que él mismo. Hice ademán de ponerme el cinturón de seguridad y el taxista me advirtió severamente de los peligros de usarlo y me aseguró que conducía de una manera impecable. Era un refugiado de una de aquellas inmundas guerras a pequeña escala que estallaron en el Cáucaso cuando el imperio maligno se derrumbó, unas guerras de las que yo no había oído hablar hasta que empecé a tomar taxis en Moscú. Se puso a hablarme de ello mientras avanzábamos por el túnel bajo el sempiterno atasco de tráfico en la Novi Arbat (una ancha y brutal avenida llena de *boutiques* y casinos) y luego aceleró al pasar junto al monumento a Gogol. Cuando llegamos a la estación de metro de Kropótkinskaia, al río y a la réplica de una catedral levantada apresuradamente en los años noventa, el taxista había levantado las manos del volante y describía con gestos lo que alguien había hecho con los miembros de otro.

Finalmente se detuvo en el malecón. Le pagué los cien rublos que habíamos convenido más cincuenta de propina y crucé a toda prisa entre el tráfico hasta la parte que bordeaba el río. A través de la llovizna que había empezado a caer, vi la blancura del transbordador

espacial y los circuitos de las desvencijadas montañas rusas del parque Gorki más allá de la negra extensión de agua. Recuerdo que cuando cruzaba la pequeña pasarela de acceso al restaurante flotante, vi a un hombre con un bañador ceñido que emergía del río y subía a la plataforma contigua.

Saba del restaurante el estrépito propio de esos locales, con todo el mundo tratando de hacerse oír por encima de los demás. Un grupo de músicos con llamativos trajes regionales tocaban una melodía de Sinatra con aires azeríes. Me salió al paso una camarera y empecé a decirle que estaba citado allí con una persona, pero entonces caí en la cuenta de que no sabía a qué nombre había hecho Masha la reserva, ni siquiera si se llamaba realmente así, y por un momento pensé: «¿Qué estoy haciendo en este país de locos, vestido con mi camisa turquesa? Soy demasiado mayor para esto, tengo treinta y ocho años, soy de Luton». Entonces las vi, agitando las manos al fondo del restaurante, en la parte decorada como si fuese un galeón medieval. Se levantaron de la mesa para recibirme, mientras yo avanzaba zigzagueando por la sala.

—Hola, Nicholas —me saludó Katia en inglés.

El contraste era siempre inquietante. Su voz parecía la de una colegiala o un personaje de dibujos animados, pero sus largas piernas estaban enfundadas en unas botas de piel blanca, desnudas desde la rodilla hasta el borde de una de esas faldas cortas plisadas que podría llevar una animadora o una camarera de Hooters. El cabello rubio le llegaba a los hombros. Soy consciente de que para muchos hombres ella habría sido la atracción principal, pero para mí era demasiado joven, demasiado lanzada. Aún estaba tanteando con su manera de andar, con el cabello y las curvas, tratando de averiguar hasta dónde podrían llevarla.

—Hola, Nikolái —me dijo Masha.

Llevaba una minifalda casi a juego con mi camisa y un pichi negro relativamente recatado. Pintalabios y rímel, pero no tan exagerados como los de algunas de las otras chicas. Las uñas

pintadas de rojo.

Me senté frente a ellas. En la mesa a mis espaldas había media docena de ruidosos hombres de negocios, acompañados por siete u ocho mujeres que eran lo bastante jóvenes para ser sus hijas, pero que no lo eran.

Naturalmente, no teníamos gran cosa que decirnos.

Examinamos con más detenimiento del necesario los menús con sus listas de carnes y salsas cuya lectura ayudaba a ganar tiempo (y al lado de estas, las columnas de cifras: los precios y, además, *como* en la mayor parte de los restaurantes moscovitas, el peso de los ingredientes de cada plato, una muestra de honestidad destinada a tranquilizar a los clientes asegurándoles de que no van a desplumarlos). Recuerdo que mi mirada se posó de manera involuntaria en los precios del Shashlik Royale y la Sorpresa Marina. La soltería puede volverte frugal, aunque seas acomodado.

—Bueno, Kolia —dijo por fin Masha en inglés, empleando uno de esos encantadores diminutivos rusos—. ¿Por qué has venido a nuestra Rusia?

—Hablemos en ruso —repliqué—. Creo que será más fácil.

—Por favor —terció Katia—. Tenemos que practicar nuestro inglés.

—De acuerdo —convine.

No había ido al Sueño de Oriente para discutir con ellas. En lo sucesivo nos ceñimos casi siempre al inglés, excepto cuando estábamos con otros rusos.

—*Tak* —dijo Katia—. Bueno. ¿Por qué has venido a Rusia?

Le di la respuesta que siempre daba cuando me hacían esa pregunta.

—Quería vivir una aventura.

Eso no era cierto. El motivo, tal como lo veo ahora, es que me adentré en la zona de decepción del treintañero, la época en que el ímpetu y la ambición empiezan a desvanecerse y los padres de los amigos empiezan a morir. La época en que te preguntas: «¿Es esto todo lo que hay?». Mis conocidos en Londres que ya se habían casado empezaban a divorciarse, y los que no lo habían hecho

adoptaban gatos. La gente empezaba a correr maratones o a hacerse budistas para intentar superarlo. En tu caso, supongo que se trató de aquellos capciosos seminarios evangélicos a los que me dijiste que habías ido un par de veces antes de que nos conociéramos. La verdad es que el bufete de abogados me había pedido que fuera a Moscú, solo por un año, me dijeron, tal vez dos. Me dieron a entender que sería un atajo para formar parte de la firma como socio. Acepté y huí de Londres y del hecho de que ya no era joven.

Ellas sonrieron.

—Mi bufete me pidió que viniera a la oficina de Moscú —les expliqué—. Era una buena oportunidad para mí. Y, además —añadí —, siempre había querido visitar Rusia. Mi abuelo estuvo aquí durante la guerra.

Esto último era verdad, como sabes. No llegué a conocerle bien, pero en casa, cuando yo era pequeño, su hoja de servicios en la guerra salía a relucir continuamente.

—¿Dónde sirvió tu abuelo? —me preguntó Masha—. ¿Era espía?

—No, era marinero. Navegaba en los convoyes, ¿sabéis?, los barcos que traían suministros a Rusia desde Inglaterra. Él iba en uno de los convoyes al Ártico. A Arjangelsk. Y Murmansk.

Masha se inclinó y le murmuró algo a Katia. Pensé que le estaba traduciendo mis palabras.

—¿De veras? —replicó—. ¿En serio? ¿Estuvo en Murmansk?

—Sí, más de una vez. Tuvo suerte, nunca alcanzaron su barco. Creo que quería volver a Rusia después de la guerra, pero era la época soviética y no pudo ser. Mi padre me contó todo esto… mi abuelo murió cuando yo era joven.

—Lo que dices es interesante para nosotras —dijo Katia—, Porque somos de esa ciudad, somos de Murmansk.

En ese momento vino la camarera a tomar nota. Ellas pidieron shashlik de esturión, y yo cordero, con empanadillas azeríes rellenas de queso y hierbas, rollitos de berenjena rellenos con puré de nueces, salsa de granada y media botella de vodka.

Que mi abuelo hubiera estado en su ciudad natal parecía una

coincidencia o una circunstancia oportuna. Les pregunté por qué su familia había vivido allí. Yo sabía que Murmansk había sido una de las ciudades militares especiales restringidas, adonde solo ibas si tenías una razón para hacerlo o si alguien tenía una razón para que fueras.

Masha me miró a los ojos y se tamborileó en el hombro con las uñas rojas de la mano derecha. Pensé que debía decir o hacer algo a modo de respuesta, pero no sabía qué. Al cabo de unos segundos también me di unos golpecitos en el hombro. Las dos se rieron, Masha echando la cabeza hacia atrás y Katia reprimiendo la risa ruborizada, como se hacía en la escuela para no meterte en líos cuando por algún motivo te desternillabas en medio de una clase.

—No —dijo Masha—. ¿Cómo se llama eso que llevan los militares?

Se golpeó de nuevo el hombro.

—¿Charreteras? —respondí.

—Cuando un ruso hace esto —dijo ella, todavía dándose golpecitos en el hombro—, se refiere a alguien que está en el ejército, o puede que a un policía o un miembro de otro cuerpo.

—¿Vuestro padre?

—Sí —contestó—. Era marinero. Su padre también lo fue. Como tu abuelo.

—Sí —intervino Katia—, Nuestro abuelo también luchó al lado de los convoyes. A lo mejor se conocieron.

—Tal vez —convine.

Sonreímos. Estábamos inquietos. Miré a Masha y aparté la mirada cuando mis ojos se encontraron con los suyos, ese juego del gato y el ratón de la primera cita. Detrás de las chicas, a través de la ventana empañada y la lluvia que había empezado a caer sobre el río, apenas distinguía los tranquilos senderos del parque, el puente Krimsky y, más allá, el brillo de la gigantesca y ridícula estatua de Pedro el Grande que se alza en el río cerca de la fabrica de chocolate Octubre Rojo.

Les pregunté por su infancia en Murmansk, y Masha respondió que, naturalmente, fue dura. Aquello no era Moscú, claro. Pero en

verano había luz las veinticuatro horas del día y podías pasear por el bosque en plena noche.

—¡Y tenemos una de esas! —dijo Katia, señalando la silueta de la noria del parque Gorki.

Sonrió de nuevo, y me pareció una chica de inocencia conmovedora, para quien una noria era como Disneylandia.

—Pero subir a la noria era demasiado caro —dijo Masha—. De niña, en los años ochenta, durante la época de Gorbachov, lo único que podía hacer era mirar la noria. Me parecía muy hermosa.

—¿Por qué os marchasteis? —les pregunté—. ¿Por qué vinisteis a Moscú?

Creía conocer ya la respuesta. La mayoría de las chicas provincianas rusas llegaban a la ciudad con el dinero justo para mantenerse durante un par de semanas, mientras dormían en el piso de alguien y trataban de encontrar empleo o, lo ideal, un hombre que se las llevara a vivir detrás de las verjas eléctricas de la *elitni* Rublovskoe Shosse. O tal vez, si el hombre ya estaba casado, instalara a la joven en un piso en una de las calles alrededor de Patriarshie Prudy —los Estanques del Patriarca: el Hampstead de Moscú, con más armas automáticas—, donde solo se molestaría en visitarla un par de veces a la semana y le permitiría quedarse con el piso cuando se cansara de ella. En aquel entonces, las chicas desesperadas de bonitas piernas eran, después del petróleo, el principal producto nacional de Rusia. Podías encargarlas por internet en Leeds o Minneapolis.

—Por la familia —respondió Masha.

—¿Se trasladaron vuestros padres a Moscú?

—No, nuestros padres se quedaron en Murmansk, pero yo tuve que irme.

Hizo otro gesto, uno que esta vez comprendí. Alzó de nuevo la mano y se tocó un lado del blanco cuello con el dedo índice. La bebida. El signo que en toda Rusia representaba la bebida.

—¿Tu padre?

—Sí.

Imaginé las riñas y las lágrimas allá en Murmansk, el salario

gastado en borracheras, y a las pequeñas escondidas en su dormitorio, soñando con la gran noria a la que no podían permitirse subir.

—Ahora solo vive nuestra madre —dijo Masha.

No estuve seguro de si debía decir o no que lo sentía.

—Pero en Moscú también tenemos familia —puntualizó Katia.

—Sí —dijo Masha—, no estamos solas en Moscú. Tenemos una tía. Quizá te gustaría conocerla. Es una vieja comunista. Creo que sería interesante para ti.

—Me encantaría conocer a vuestra tía —repliqué.

—En Murmansk no sabíamos nada —dijo Masha—. Todo lo hemos aprendido en Moscú, tanto lo bueno como lo malo.

Trajeron todos los platos a la vez, como siempre se hace en los restaurantes caucasianos, donde no se valora demasiado la gratificación postergada que conlleva el concepto de entrantes y plato principal. Nos pusimos a comer. A nuestras espaldas, los hombres de negocios habían dejado a un lado la comida para magrear a sus acompañantes sin demasiado disimulo. Su mesa era una orgía de humo de tabaco. Me imaginé que fumaban hasta en la ducha.

Intenté averiguar dónde vivían Masha y Katia. Me dijeron que tenían un piso alquilado en la Leningradskoe Shosse, la atestada carretera que conduce al aeropuerto de Sheremétievo y el norte. Le pregunté a Masha si le gustaba su trabajo en la tienda de teléfonos móviles.

—Es trabajo —respondió—. No siempre resulta interesante —añadió con una sonrisita irónica.

—¿Y tú a qué te dedicas, Katia?

—Estudio en la MGU. —Las siglas MGU corresponden a la Universidad Estatal de Moscú, la versión rusa de Oxford, pero con sobornos para ingresar y luego para salir con un título—. Estudio dirección de empresas.

Me mostré debidamente impresionado. Empecé a hablarles de mi época universitaria en Birmingham, pero Masha me interrumpió.

—Bailemos —me dijo.

El grupo tocaba «I Will Survive» a doble velocidad y, cuando ellas se unieron cantando el estribillo, los músicos sonaron como los deudos congregados en un funeral caucasiano. Los únicos que bailaban, aparte de nosotros, eran una niña entusiasmada y su padre achispado, a quien ella había arrastrado hasta el espacio situado delante de los músicos. Masha y Katia exhibían curvas y movimientos pélvicos, con un toque del simulado lesbianismo entonces de rigor en las pistas de baile de Moscú, con la responsabilidad que solo muestran quienes no tienen nada que perder. Ese era también un rasgo de Masha que me gustaba: podía centrarse en el momento presente, desconectada del anterior y del siguiente, a fin de ser feliz.

Arrastré los pies y me sacudí, intenté contorsionarme un poco, y entonces tuve la sensación de que tal vez me estaba pasando un poco (ya sé que tengo que tomar esas clases de baile antes de que hagamos nuestro número el gran día, no lo he olvidado). Masha me cogió la mano y bailoteamos durante un par de minutos, aferrándome a ella para disimular mi torpeza. Me sentí aliviado cuando finalizó la canción y volvimos a la mesa.

—Bailas muy bien —me dijo Katia, y las dos se echaron a reír.

—¡Por las mujeres! —exclamé, un brindis habitual en Rusia, y puesto que allí la persona por la que brindas también bebe, entrechocaron sus gruesos vasitos de vodka con el mío y bebimos.

Aún no estaba seguro de cuál era el propósito de todo aquello, si es que lo había, y si no se trataría tan solo de curiosidad y de la posibilidad de una cena gratis. En Moscú, el gran acontecimiento suele producirse en la tercera cita, como para nosotros, en Londres —y supongo que también en Marte—, o tal vez en la segunda en verano. No sabía qué ocurriría con Katia.

—¿Te gustaría ver nuestras fotos? —me preguntó Masha.

Hizo un gesto de asentimiento a Katia, y esta sacó su teléfono móvil. A las chicas rusas les encanta fotografiarse mutuamente, supongo que por la novedad de esa clase de cámaras, y también por la idea de que pueden ser suficientemente dignas de que les saquen

fotos.

—Son de Odessa —dijo Katia.

Me explicaron que habían estado en esa ciudad a comienzos del verano. Al parecer, tenían allí un pariente. Más o menos todo el mundo parecía tener un pariente en Odessa (una especie de cruce entre Santa Cruz de Tenerife y Palermo).

Nos inclinamos hacia el centro de la mesa, y Katia nos fue mostrando las fotos en la diminuta pantalla del teléfono. En la primera se veía a ellas dos y otra chica en un bar. Katia no miraba a la cámara y estaba riendo, como si compartiera una broma con alguien que no aparecía en la imagen. En la segunda foto estaban en la playa, de pie una junto a la otra y en bikini, con lo que parecía una pirámide egipcia a sus espaldas. En la siguiente solo aparecía Masha. Estaba tomando la foto de su imagen reflejada en el espejo de un armario: de pie, con una mano en la cadera y sosteniendo en la otra el teléfono, que le ocultaba la cuarta parte de la cara. En el espejo llevaba unas braguitas rojas de bikini y nada más.

Me recliné en la silla y les pregunté si les gustaría ir a mi piso a tomar el té.

Masha me miró con fijeza a los ojos y dijo que sí.

Llamé la atención de la camarera alzando un brazo y trazando un garabato en el aire con una pluma imaginaria, la señal internacional que significa «déjame salir de aquí» y que, cuando eres adolescente y ves hacerla a tus padres, piensas que tú nunca harás.

Cuando salimos hacía más frío. Después de tres inviernos en Rusia, sabía que aquello era algo serio: el gran frío, el hielo en el aire que sigue ahí hasta abril. El humo blanco de la central eléctrica río abajo parecía coagularse en la oscuridad. Todavía lloviznaba y las gotitas se deslizaban por los cristales de mis gafas y me velaban la visión, haciendo que todo pareciera más fantástico de lo que ya era. Masha llevaba su chaquetón de piel de gato, y Katia se había puesto un impermeable de plástico violeta.

Levanté el brazo para llamar a un taxi, y uno que había pasado

por delante de nosotros y estaba ya a unos veinte metros frenó y dio marcha atrás hasta parar subiéndose al bordillo. El conductor me pidió doscientos rublos, y aunque era un atraco a plena luz del día, acepté y ocupé el asiento delantero. El taxista era un ruso gordo y resentido con mostacho, y en medio del parabrisas de su vehículo había una grieta que parecía causada por el impacto de una frente, o de una bala. Tenía un televisor en miniatura conectado chapuceramente al encendedor y miraba una telenovela brasileña mientras conducía por la calzada paralela al río. Delante veíamos las estrellas pulsátiles en lo alto de las torres del Kremlin, las cúpulas de cuento de hadas de San Basilio al fondo de la plaza Roja, y a nuestro lado las aguas espesas como sopa del río Moskova, que aún no se había congelado y serpenteaba misteriosamente a través de la frenética ciudad. Detrás de mí, Masha y Katia intercambiaban susurros. Durante diez minutos, el vehículo del ruso gordo fue un cielo móvil, un paraíso de esperanza y asombro.

Si mirabas con atención el techo de mi piso, podías ver una cuadrícula de líneas que se entrecruzaban y que contaban la historia del apartamento como los anillos en el tronco de un árbol o las arrugas en la cara de un poeta. Había sido un *kommunalka*, un piso comunal en el que tres o cuatro familias habían vivido juntas pero independientes. Solía imaginar cómo al morir aquella gente era descubierta por sus compañeros de piso, o cómo morían sin que nadie los descubriera. Al igual que otros millones de personas, descolgarían de la pared los asientos individuales cuando iban a defecar, discutirían por la leche en la cocina comunal, se delatarían unos a otros y se salvarían unos a otros. Más tarde, en los años noventa, alguien derribó los viejos tabiques de los dormitorios y convirtió todo el espacio en el apartamento de un rico, y de aquella vida pasada solo quedaban las líneas del techo donde antes se encontraban las paredes. Ahora solo constaba de dos dormitorios, uno para los invitados que casi nunca había, y la triste historia y mi buena suerte hicieron que me sintiera culpable, al menos al

principio.

Las chicas se descalzaron a la manera en que a los rusos les han enseñado a hacer, y fuimos hasta la cocina. Masha se sentó en mi regazo y me besó. Tenía unos labios fríos y fuertes. Miré a Katia y vi que sonreía. Yo sabía que debían de tomarme por lo que no era, pero no había nada en mi piso que deseara tanto como deseaba a Masha, y no creía que fueran a matarme. Ella me tomó de la mano y me llevó al dormitorio.

Me acerqué a la ventana y corrí las cortinas, que eran plisadas y de un cálido color marrón, y parecía como si al abrirse fuesen a revelar un decorado de ópera, y al volverme vi que Masha se había quitado el pichi y estaba sentada en el borde de la cama con la minifalda y un sujetador negro. Katia se había sentado en una silla y sonreía. Nunca más volvió a hacerlo, pero creo que aquella noche tal vez permaneció allí todo el rato por seguridad, no lo sé. Era una perversión desconcertante, pero lo cierto es que toda la situación parecía surreal, y que el vodka la suavizaba.

Masha era diferente de las chicas inglesas. Era distinta a ti. Y también era distinta a mí. Menos delicada, no daba tanto la sensación de estar actuando o fingiendo. Tenía una especie de energía básica y franca, te agarraba, te alentaba y reía, con ganas de complacerte y de improvisar. Cada vez que alzaba la vista allí estaba Katia, sonriendo, lo bastante cerca de mí para que pudiera verla incluso sin las gafas, totalmente vestida y como si estuviera observando un experimento de ciencias.

Al acabar, cuando la abrazaba por detrás y ella respiraba pesadamente, ni despierta ni dormida del todo, Masha movió la mano que yo había tendido por encima de ella para que sujetara la suya como si fuera un juguete defectuoso… para que estrechara su cuerpo con más fuerza, o para demostrar que la mano y yo éramos reales, como si la mano y yo fuésemos cosas que ella necesitaba. O eso me pareció entonces. Tumbada en el otro lado de la cama, junto a mí pero también a kilómetros de distancia, recuerdo que entrelazó su pierna con la mía y que noté las uñas pintadas de su blanco pie clavándose en mi pantorrilla.

Por la mañana, cuando la luz empezó a invadir mi dormitorio, vi a Katia dormida en la silla, con las rodillas dobladas bajo el mentón, todavía vestida y con el cabello rubio cayendo sobre la cara como un velo. Masha estaba tumbada junto a mí, con la cabeza vuelta hacia el otro lado, el cabello sobre mi almohada y su olor en mi piel. Volví a dormirme, y cuando me desperté de nuevo ambas se habían ido.

4

—Aquí es —dijo Masha.

Estábamos delante de un clásico edificio antiguo de Moscú, con la agrietada fachada de un tono pastel y un amplio patio donde en el pasado la nobleza guardaba sus caballos al cuidado de sus intrigantes sirvientes. Ahora en el patio había dos lastimosos árboles de hojas marrones y mustias y tres o cuatro coches, lo bastante ostentosos para dejar claro que allí había dinero. Cruzamos desde la calle la entrada en forma de arco y llegamos hasta una puerta metálica con un vetusto intercomunicador situada en la esquina izquierda del patio. La atmósfera era húmeda, saturada de algo que no era aguanieve pero tampoco nieve, una humedad rusa que sabe a gases de escape y que se te mete por los ojos y la boca. Era la clase de clima moscovita que te hace desear que el cielo descargue de una vez, como un prisionero condenado que contempla la hoja de la guillotina.

Masha pulsó el número del piso. Hubo una pausa y entonces se oyó un zumbido crepitante.

—*Da?* —preguntó una voz de mujer.

—Somos nosotros —respondió Masha en ruso—. Masha, Katia y Nikolái.

—Subid —dijo la voz—. El tercer piso.

Nos abrió la puerta y subimos los manchados escalones de mármol.

—En el pasado fue comunista —dijo Masha—, pero creo que ya no lo es.

—A veces se le olvidan las cosas —añadió Katia—, pero es muy amable.

—No está muy alegre últimamente —dijo Masha—, pero lo intentaremos.

La mujer nos estaba esperando en el descansillo. Era una de esas *babushkas* menudas y fornidas como lanzadoras de peso, con un rostro que parecía más juvenil de lo que indicaba su cabello gris, peinado al práctico estilo ruso de cuenco invertido. Llevaba zapatos negros con cordones, medias de color carne, una pulcra pero desgastada falda de lana y una rebeca, prendas todas que indicaban de inmediato su falta de recursos. Los ojos revelaban inteligencia, y tenía una sonrisa simpática.

—Querida —dijo Masha—, te presento a Nikolái…

Vi que caía en la cuenta de que no sabía mi apellido. Creo que aquella era la cuarta vez que nos veíamos, aparte del primer día en el metro. En realidad, éramos unos desconocidos, tal vez siempre lo fuimos. Pero en aquel momento parecía perfecto que me presentara a su tía. Era una prueba de que nuestra relación podría ser duradera.

—*Platt* —dije. Nos dimos la mano y añadí en ruso—: Es un placer conocerla.

—Adelante —dijo ella, sonriente.

Me temo que me estoy adelantando a los acontecimientos. Pero quería contarte cómo la conocí, cómo conocí a Tatiana Vladimirovna, la vieja dama.

En aquellos días de quimera del oro, cuando la mitad de los edificios del centro de la ciudad estaban cubiertos de anuncios de Rolex del tamaño de submarinos y los pisos de los rascacielos estalinianos en forma de tarta nupcial alcanzaban los precios de Knightsbridge, el dinero tenía en Moscú sus hábitos particulares. El dinero sabía que alguien en el Kremlin podía tomar en cualquier momento la decisión de retirarlo de la circulación. No se relajaba tomando café o paseando en calesa por Hyde Park, como lo hace el dinero londinense. El dinero de Moscú emigraba a las Islas Caimán, a

fincas en Cap Ferrat o a cualquier otro lugar que le ofreciera un hogar acogedor y no hiciera preguntas. O se consumía de forma tan ostentosa como fuera posible, se vertía en *jacuzzis* llenos de champán y volaba en helicópteros privados. Al dinero le gustaban especialmente los concesionarios de coches de lujo que jalonaban la Kutúzovski Prospekt, camino del Museo de la Guerra y el parque de la Victoria. Decoraba sus Mercedes y sus Hummer fortificados con destellantes luces de emergencia azules, dispensadas por unos treinta mil dólares por serviciales funcionarios del Ministerio del Interior, unas luces que hacían abrirse los atascos de tráfico moscovitas como las aguas del mar Rojo, Los coches se congregaban alrededor de los restaurantes de moda y los clubes nocturnos como satisfechos depredadores en abrevaderos, mientras el dinero entraba en los locales para atiborrarse de caviar y champán Cristal.

Un viernes por la noche, en el frío final de octubre (dos o tres semanas antes de conocer a Tatiana Vladimirovna en la puerta de su piso, supongo que más o menos el mismo periodo después de mi primera noche con Masha), llevé a las dos chicas al Rasputín. Era uno de los clubes nocturnos más *elitni* de la ciudad, en una esquina entre los jardines del Hermitage y la comisaría de policía en Petrovka (la estación donde ruedan la versión rusa de *Crimestoppers*, adornada con cadáveres y tiroteos de considerable espectacularidad). O, al menos, intenté llevarlas al Rasputín.

Nos abrimos paso entre la manada de monstruos motorizados de ventanillas tintadas aparcados en la entrada. Esta estaba custodiada por unos agentes de lo que los moscovitas llaman *feis-kontrol*: dos o tres gorilas himalayos y una altiva rubia con auriculares cuya tarea consistía en impedir la entrada de las mujeres sin suficiente elegancia y los hombres con salarios bajos. La rubia miró a las chicas de la cabeza a los pies, a la manera francamente competitiva de las rusas. Katia llevaba una minifalda con estampado de leopardo por encima de las botas blancas, y recuerdo que Masha llevaba el largo cabello peinado en una especie de melena alborotada, y un brazalete de plata que tenía engastado un reloj en miniatura en forma de corazón. Creo que tuve la culpa de que nos impidieran pasar, pues

había tratado de armonizar con el ambiente mafioso poniéndome el traje de trabajo oscuro y una camisa negra, pero probablemente parecía un miembro del coro de una producción escolar de *Guys and Dolls*. Vi que la mujer junto a la puerta calculaba cuánto dolor podría causar si me enfadaba, evaluando la seriedad de mi *krisha* (la «cubierta» humana protectora que todo ruso necesita, preferentemente en alguno de los servicios de seguridad, cuando quiere salir de algún atolladero), si era alguien con un nivel de ingresos bajo o alguien que iba al Rasputín un viernes por la noche. Desde el comerciante del mercado con su amistoso policía que mira a otro lado, hasta el oligarca con su servicial mandamás del Kremlin, todo el que quiere prosperar necesita un *krisha*: alguien a quien dar la lata o presionar, un pariente tal vez, o un viejo amigo, o tan solo alguien lo bastante poderoso cuyos secretos comprometedores tienes la suerte de conocer. La mujer le susurró algo a uno de los gorilas, quien nos llevó a la vuelta de la esquina, a una cola de rechazados que estaba en una zona acordonada. Nos dijo que entraríamos más tarde, si había espacio para nosotros entre los clientes de la lista A.

Estaba nevando, una nieve ligera de octubre, de la clase que los rusos llaman *mokri sneg*, nieve húmeda, que se posa en acogedoras superficies, como las ramas de los árboles y los techos de los vehículos, pero que desaparece al caer sobre los hostiles pavimentos de Moscú. Algunos de los copos no llegaban tan lejos, atrapados por ráfagas ascendentes de viento al pasar ante las luces de las farolas, y subían de nuevo haciendo piruetas en la luz artificial, como si se lo hubieran pensado mejor. Hacía frío, no un frío glacial, todavía no, pero la temperatura coqueteaba con el cero. El resto de los que aguardaban en la cola de rechazados se metían las manos en las mangas y tenían el aspecto de una raza de amputados. Los gorilas hacían pasar a todo tipo de gángsters, coroneles del servicio de seguridad fuera de servicio y funcionarios de rango medio del Ministerio de Hacienda, cada uno de ellos llevando a remolque un harén personal calzado con zapatos de tacón alto. Yo me sentía indignado y avergonzado, y estaba a punto de desistir y marcharme. Entonces apareció el Cosaco.

Iba con dos o tres hombres y cuatro chicas altas. Le llamé y él se detuvo mientras sus amigos cruzaban las cortinas de terciopelo de la entrada. Era uno de esos momentos en los que aspectos de tu vida en principio ajenos entre sí colisionan, como tropezar con tu jefe en el vestíbulo de un cine o en el vestuario de una piscina.

—Buenas noches —me dijo. Se dirigía a mí pero miraba a las jóvenes—. No están mal.

—Buenas noches —saludé.

Había visto de nuevo al Cosaco un par de días atrás. Vino a Pavelétskaia para firmar unos documentos, hacer promesas y eructar. Aceptó que enviáramos un perito, que visitaría el emplazamiento de la terminal petrolífera cada pocas semanas y confirmaría que la construcción se llevaba a cabo en los plazos previstos. Eso ayudaría a demostrar que las cuotas serían abonadas y que, como preveía el contrato que habíamos redactado minuciosamente, había algo con lo que los bancos podrían quedarse en caso de que el Cosaco y sus amigos no pagaran. El perito al que dimos instrucciones era un hombrecillo con cierto aire de topo llamado Viacheslav Alexándrovich. Habíamos trabajado anteriormente con él, sobre la financiación de una zona portuaria que se construiría en la costa del mar Negro.

—¿No vas a presentarme?

—Perdona. Estas son mis amigas Masha y Katia.

—*Enchanté* —dijo el Cosaco—. ¿Cuál de vosotras es la mujer de Nicholas?

Me había calado cuando le dije la mentirijilla de que estaba casado pero no parecía importarle. Me ruboricé. Katia soltó una risita. Masha le estrechó la mano. Esa fue la única vez que se vieron, que yo sepa, y en cierto modo me complace que así fuese. De algún modo, ese recuerdo de Masha y el Cosaco juntos me simplifica las cosas.

—¿Tienes algún problema? —me preguntó.

—No.

—Sí —me corrigió Masha.

Siempre se mantenía calmada, decidida, segura de sí misma.

Siempre. Esa era otra cosa que también me gustaba de ella.

—Tal vez —admití.

—Espera un momento —me dijo el Cosaco.

Se acercó a la rubia de los auriculares. El Cosaco estaba de espaldas a nosotros, por lo que no podía ver su expresión. Pero vi que su omóplato se movía en nuestra dirección y que la mujer nos miraba. Él seguía hablándole y ella puso cara larga, inclinó la cabeza, habló por el micro fijado a los auriculares y me hizo señas para que nos acercáramos.

—¡Que lo paséis bien! —exclamó el Cosaco.

¿Sabes esas películas de acción en las que a veces se ve a los soldados a través de unas gafas de visión nocturna, bordeados por una especie de resplandor? Creo que el Cosaco parecía tener siempre ese aspecto. Tenía un aura de violencia. Era invisible, pero todo el mundo podía verla.

—Gracias —le dije.

—De nada —replicó el Cosaco.

Nos dimos la mano, y él retuvo la mía un poco más de lo necesario, tal vez un par de segundos, para que quedase bien claro que podía hacerlo.

—Saluda de mi parte a mi amigo Paolo —me dijo.

En el interior había una pista de baile con tres gogós en una plataforma elevada: dos enérgicas chicas negras en *topless* y entre ellas un enano con un taparrabos atigrado. Katia señaló el techo. Dos chicas desnudas, rociadas con partículas doradas para que, junto con las alas fijadas a la espalda, parecieran querubines, aleteaban por encima de nuestras cabezas. Nos encaminamos a la barra. Tenía el suelo de vidrio y, por debajo, había un acuario con esturiones y unos pocos tiburones solitarios. Entre la clientela había un gran número de mujeres invaluables y de hombres de aspecto peligroso.

Pedí tres mojitos a un barman con el ceño fruncido que tienen en todas partes los camareros mal pagados y agobiados en una noche ajetreada, más una ración del dudoso *sushi* que entonces era de rigor en los locales nocturnos de Moscú. Me sentía como un acertante de la lotería, sentado en el Rasputín con los derrochones y sus chicas

quirúrgicamente realzadas… yo, con mi vana y espesa cabellera, mis marcados rasgos británicos y la nueva carnosidad que acolcha la mandíbula mediada la treintena y que contemplaba en el espejo cada mañana con la esperanza de que pudiera haber desaparecido por sí sola. Tenía la sensación de que era alguien, en lugar del don nadie que en aquellos mismos momentos podría estar cruzando el puente de Londres junto con todos los demás. Supongo que es así como tenía que sentirme.

Katia me hizo más preguntas sobre Inglaterra. Lo de siempre: ¿Existió realmente Sherlock Holmes? ¿Fue difícil conseguir el visado? ¿Por qué Churchill esperó hasta 1944 para abrir un segundo frente? Pensé que era una buena chica, enfundada en su «micro-mini», tan deferente hacia su hermana, esforzándose como era comprensible por no tocar ninguna cuestión delicada.

Masha me preguntó por mi trabajo.

—Dime, Kolia, ¿solo conoces la legislación inglesa o también la rusa? —quiso saber.

Respondí que había estudiado la legislación inglesa, pero que también conocía bastante bien la rusa, sobre todo el derecho corporativo.

—¿Qué clase de operaciones hacéis?

Respondí que se trataba sobre todo de préstamos, y de vez en cuando alguna fusión o adquisición.

—¿Entonces no te ocupas de bienes inmuebles?

Su voz casi quedó ahogada por el latido cardíaco de la música bailable *russki* y los graznidos de los matones que nos rodeaban.

Le dije que no, no me ocupaba de eso. Algo sabía de la legislación inmobiliaria, pero no mucho, a decir verdad, tan solo las leyes relativas a los arrendamientos a largo plazo de edificios comerciales.

Sé que debería haber prestado más atención a esas preguntas, pero en lo único en lo que pensaba entonces era en Masha y en volver a mi piso, y en si era así como te sentías cuando la cosa iba «en serio».

Katia dijo que tenía que ir a una fiesta de cumpleaños. Me ofrecí a acompañarla, pero ella repuso que no me preocupara, y se alejó apresuradamente en dirección al teatro Bolshói, adentrándose bajo la temprana nieve en la turbulenta noche moscovita.

Propuse que tomáramos un taxi, pero Masha dijo que quería pasear. Caminamos de vuelta a la plaza Pushkin: dejamos atrás la bonita iglesia que los comunistas habían respetado y, a la izquierda, el club de *striptease* junto al cine Pushkin (donde hacía solo unos meses un grupo de hombres de negocios húngaros habían muerto en un incendio en los cubículos del piso superior), y, enfrente, un casino con un coche deportivo en la entrada dentro de una gran vitrina inclinada. A través de la húmeda nieve la ciudad parecía suavizarse, los bordes de los edificios se desvanecían como en una pintura impresionista. Delante de nosotros, los letreros de neón de la plaza, con sus restaurantes de bufé libre y la estatua del famoso poeta, brillaban como un abigarrado campamento mongol.

Aquella noche Masha me dijo que estaba preocupada por Katia, pues, aparte de su tía, las dos estaban solas en Moscú y, aunque siempre habían soñado con trasladarse a la capital, allí la vida no era nada fácil. Había tenido que reunir quinientos dólares para conseguir su empleo, el soborno habitual para que el gerente de su tienda la contratara, y había tardado seis meses en devolver el dinero que tuvo que pedir prestado. Me dijo que esperaba algún día poder vivir en un lugar más seguro, un lugar más limpio.

—Como Londres —repliqué—. Tal vez como Londres.

Sé que iba demasiado rápido, sobre todo si lo comparo con el rimo de la relación entre tú y yo. Pero, de alguna manera, la idea no parecía extravagante, al principio no. Estoy tratando de ser sincero contigo. Creo que eso es ahora lo mejor para los dos.

—Tal vez —dijo ella.

Me tomó la mano mientras bajábamos por los resbaladizos escalones hasta el paso subterráneo donde nos habíamos conocido, y no me la soltó después de que hubiéramos llegado abajo.

Tras subir al otro lado de Tvérskaia, caminamos un rato por el centro del Bulvar. Las autoridades municipales habían quitado las

flores de los arriates, como hacen todos los años cuando empieza el frío, llevándoselas en plena noche como prisioneros condenados para que no mueran en público. Los rusos se habían puesto sus prendas de entretiempo, las mujeres los chaquetones de lana o con estampados de leopardo que la mayoría usan hasta que es el momento de sacar del armario las pieles preservadas en naftalina. Tumbados en los bancos, los vagabundos estaban salpimentados de nieve, como carne espolvoreada de sal sobre el mármol de una carnicería. En mi calle el capó del oxidado Zhiguli estaba moteado de copos de nieve fundida.

Una vez en el piso, Masha puso un cedé, se quitó el chaquetón y después, lentamente, como si ya lo hubiera hecho antes al ritmo de la música, se quitó todas las prendas restantes.

Después llenó la bañera. Se sentó detrás de mí, con su acicalado vello púbico erizado contra mi cóccix, rodeándome el flácido abdomen con sus largas piernas. Tenía ante ella un primerísimo primer plano de los bosquecillos de vello sobre mis hombros y del ángulo superior izquierdo de mi espalda, esas bromas asimétricas debidas a mis genes que a ti no te hacen mucha gracia. Medio cantando, medio tarareando una lacrimógena canción rusa, deslizó sus húmedos dedos por mi cabello. Nuestros cuerpos relajados y expuestos, más que exhibidos como objetos o armas, me evocaban una nueva clase de desnudez. Que los dos estuviéramos juntos en el agua reflejaba sinceridad, y tenía la sensación de que la bañera de mármol veteado artificial, con las válvulas de los chorros que no funcionaban, era como nuestro pequeño útero.

Recuerdo que en la bañera me habló de lo orgullosa que había estado de su padre cuando era niña, pero que las cosas cambiaron cuando el viejo imperio se derrumbó y dejaron de pagarle su salario. Fue entonces cuando empezó a beber en serio. Me contó que, cuando era muy pequeña, en la escuela le habían enseñado a reverenciar a un crío de la época estalinista que denunció a su propio padre por acaparar grano. Cantaban canciones y hacían dibujos de aquel mocoso siberiano, hasta que un día la maestra les dijo que dejaran de entonar las canciones y rompieran los dibujos, y fue así

como supo que algo terrible había sucedido.

—¿No te sentiste libre? —le pregunté—. ¿No te sentiste libre cuando terminó el comunismo?

—En Murmansk solo nos sentíamos pobres, y con mucho frío —respondió—. La gente decía: «La libertad no se come».

Me contó que, cuando ella tenía diecisiete años, su madre tuvo que someterse a una operación quirúrgica. Como sucedía con todo lo demás que en teoría proporcionaba el gobierno, desde la comadrona que te traía al mundo hasta la sepultura, tuvieron que pagarla: tuvieron que sobornar al médico y comprar las medicinas, el jabón y el hilo de sutura para coser la herida. Por ello Masha abandonó la universidad solo una semana después de que hubiera comenzado el curso, para trabajar en la cantina de la escuela naval. Todavía enviaba dinero cada mes a su madre. Me había equivocado por poco: me dijo que tenía veinticuatro años y Katia veinte.

Le pregunté cómo le había afectado todo aquello: abandonar los estudios, tener que ponerse a trabajar, sacrificar sus oportunidades por su madre.

—Era normal —respondió—. Mira, Kolia, en aquella época no había grandes expectativas. Mala comida, hombres malos, mala suerte. No fue ninguna sorpresa.

Por supuesto, estaba ofreciendo la combinación apropiada, la de su fortaleza y su infortunio. Era una persona fuerte y bregada, de alguna manera mayor que yo y a la vez mucho más joven (aunque, según los parámetros moscovitas, la diferencia de edad era respetable). Al mismo tiempo parecía desvalida y casi sola. Explotaba la mezcla justa de necesidades: la de salvar a alguien, o creer que puedes hacerlo, algo que creo que todos los hombres sienten en su fuero interno, y la necesidad de ser salvado.

Era consciente de que carecía del dinero que probablemente ella había esperado, pero creía que podría ofrecerle seguridad.

Le pregunté en qué clase de barco había servido su padre, y ella respondió que no debía revelárselo a nadie, y mucho menos a un extranjero. Entonces se echó a reír y añadió que lo más probable era que ya no importara.

—Estaba en un barco… ¿cómo se dice…?, un barco contra el hielo. Para abrir un camino a otros barcos.

—Un rompehielos.

—Eso es, un rompehielos. Iba en un rompehielos atómico. Mi abuelo también sirvió en uno de esos barcos. Durante la guerra ayudaba a romper el hielo para los barcos occidentales. Tal vez para el de tu abuelo.

—¿Cómo se llamaba el barco? Me refiero al de tu padre.

Pensé que esa es otra cosa que debes preguntar sobre los marineros.

Masha respondió que no estaba segura, que lo había olvidado. Pero, tras pensarlo unos instantes, dijo:

—*Petrograd*. El rompehielos se llamaba *Petrograd*. Por la *revolución*.

Sonrió, como cuando se desentierra de la memoria un dato perdido pero valioso.

Por la mañana, cuando ella aún dormía con la cabeza de perfil sobre la almohada, descubrí una pequeña torcedura en la parte superior de su nariz, inapreciable al mirarla de frente, y supuse que era el resultado de un revés de su padre o de un violento novio marinero. Descubrí unas pecas simétricas en medio de cada una de sus nalgas de un blanco lunar. Y observé las minúsculas arrugas que empezaban a aparecer en los rabillos de sus ojos. Recuerdo que al ver esas arrugas la quise todavía más, porque la hacían real, un ser físico que podía morir, pero no solo morir.

Más tarde, mientras estábamos tomando té con rodajas de limón en la cocina —tazones de IKEA, sillas de IKEA, casi todo el mobiliario de mi piso procedía de IKEA, lo cual era entonces tan inevitable en Moscú como la muerte o la evasión de impuestos (y la cirrosis)—, volvió a hablarme de su tía, la que vivía en Moscú. Me dijo que ella y Katia la veían tan a menudo como podían, pero no tanto como deberían, y añadió que le gustaría presentármela pronto.

—Tal vez la semana que viene —me dijo—. O la siguiente. Vive sola en Moscú y se pone muy contenta cuando la visitamos. Le gustarás. Creo que no conoce a muchos extranjeros. Puede que a

ninguno. Di que sí, por favor.

Acepté. Claro que conocería a su tía. Masha apuró el té, me besó en la nariz y se fue a trabajar.

Nos acercábamos a mediados de noviembre. La *mokri sneg* se había fundido por completo, pero parte del hielo formado durante la ola de frío de octubre había sobrevivido, retirándose a las grietas de las aceras y las calzadas resquebrajadas como pelotones atrapados en espera de refuerzos.

—Adelante —dijo Tatiana Vladimirovna.

De los soviéticos podrá decirse lo que se quiera, pero es innegable que fueron los mayores usuarios de *parquet* del mundo. Desde la entrada de la casa, el parqué se extendía en forma de bumeranes entrelazados, al estilo de la época Jrushchov, interrumpidos en el centro del suelo por una desvaída alfombra turcomana. Del techo pendía una reluciente araña de luces comunista, que parecía fabulosa siempre que no la mirases muy de cerca.

Nos descalzamos, colgamos los chaquetones y seguimos a Tatiana Vladimirovna por el pasillo. Recuerdo el piso mucho mejor de lo que me gustaría. Pasamos ante un dormitorio con dos camas, solo una de ellas hecha, un armario de madera oscura y un tocador blanco con un espejo ornamental. Había otra habitación medio llena de cajas de embalar y, a continuación, la puerta del baño y una cocina con el suelo de linóleo desgastado y una nevera primitiva. Las paredes del salón al que nos condujo estaban recubiertas por un papel marrón de aspecto velloso, un poco despegado en una esquina donde se encontraba con el techo, y estaba amueblado con una estantería atestada de viejas enciclopedias y crónicas soviéticas y un gran escritorio de madera con la superficie recubierta de tapete verde. Sobre la mesa estaba preparada la clase de banquete ruso que yo siempre temía, tan incomestible como extravagante. Probablemente le habría costado un mes de pensión y un par de semanas de trabajo en la cocina: pescado en salsa, partes de animales

inidentificables recubiertas de gelatina, chocolate ruso partido en pedazos, blinis que se estaban enfriando, crema agria y un queso dulce especial que se fríe en rollitos.

Las ventanas estaban cerradas y la calefacción central —todavía controlada por el gobierno municipal, como en los viejos tiempos— era inhumana. Tatiana Vladimirovna nos señaló un sofá que parecía estar mudando el pelo.

—El té —dijo, una afirmación, no una pregunta, y salió del salón.

Las chicas se sentaron y empezaron a susurrar entre ellas. Yo seguí en pie y miré a mi alrededor. El piso de Tatiana Vladimirovna daba al Bulvar y al estanque de Chistie Prudy («Estanques Limpios», un típico anhelo ruso por lo que al agua se refería, pero también una zona cada vez más elegante del centro de Moscú). Un ventanal daba al estanque y los árboles que lo flanqueaban. Habían retirado el restaurante tipo tienda beduina que en verano montaban en una plataforma flotante, y las embarcaciones cuyos remeros ofrecían serenatas a un precio excesivo estaban amarradas. Al otro lado del estanque se alzaba un extraño edificio azul decorado con relieves de animales reales e imaginarios, una de las cosas hermosas con las que a veces te encuentras en esa ciudad, como flores en un campo de batalla. Distinguí búhos, pelícanos, grifos bicéfalos, cocodrilos bífidos y sabuesos en actitud de abalanzarse pero en cierto modo desalentados. El confuso cielo de noviembre me recordó un televisor en blanco y negro que no ha sido sintonizado.

En una de las paredes del salón había una serie de láminas, con el clásico cromatismo azul y dorado de San Petersburgo, y un título expedido por una universidad técnica de Novosibirsk. Había una vieja radio de baquelita, un trasto de falsa caoba tan grande como un baúl y que se abría por arriba. En un estante reposaban dos fotos en blanco y negro enmarcadas. En una de ellas una pareja joven estaba encaramada a unas rocas azotadas por el viento junto al mar, ella riendo y mirando al hombre, él prematuramente calvo, con unas gafas que le daban un aspecto serio y mirando a la cámara. La pareja parecía feliz, una felicidad que no casaba con la idea que me había

formado de la gente de la Unión Soviética. En el ángulo inferior derecho de la foto, en letras blancas estarcidas, ponía: «Yalta, 1956». La otra foto era de una chica que se estiraba a lo largo del diámetro de una especie de gran rueda para hamsters, agarrando el borde con las manos, y que al parecer formaba parte de un ejercicio gimnástico sincronizado, pues en la imagen aparecían parcialmente otras dos ruedas con chicas dentro. Cuando ladeé la cabeza, vi que la figura de la rueda era la misma chica delgada que la de la foto en la playa, tal vez unos pocos años más joven, con unos pantalones cortos de tenis que resultaban más *sexys* de lo que probablemente se pretendía y una ancha sonrisa. Por fin comprendí que era ella, Tatiana Vladimirovna.

Sobre la mesa había otra foto, que mostraba al hombre de las gafas, algo más mayor, sentado a la misma mesa, que en la imagen estaba cubierta de papeles ordenados, un cenicero y un anticuado teléfono de disco. Había interrumpido su trabajo y vuelto solo a medias la cara al fotógrafo, como si lo que estaba haciendo fuese demasiado importante.

—Es mi marido —dijo Tatiana Vladimirovna en ruso. Estaba detrás de mí, con un pequeño samovar de plata en las manos—. Es Piotr Arkádievich.

Preparó el té a la manera rusa, vertiendo un poco de líquido muy fuerte de una tetera y luego el agua humeante del samovar. Nos dio a cada uno un platito con mermelada y una cucharilla de té para cogerla y comérnosla con el té, alternando sorbos y ruidosas succiones de una manera que nunca he conseguido dominar del todo.

Charlamos, fía conversación parecía en parte una entrevista de trabajo y en parte una guía de la geografía rusa publicada por el departamento de turismo.

—¿Cuál es tu profesión, Nikolái?

—Soy abogado.

—¿Cuál es la profesión de tu padre?

—Es profesor, como mi madre. Ahora los dos están jubilados.

—¿Te gusta Moscú?

—Sí, me gusta mucho.

—Y aparte de Moscú, ¿en qué otros lugares de Rusia has estado?

Le dije que había visitado una o dos ciudades monacales cercanas a Moscú y cuyos nombres lamentaba haber olvidado.

¿No había ido a Siberia para ver «nuestro gran lago Baikal»? ¿Sabía yo que era el lago más grande del mundo? ¿Sabía que hay once especies de salmón en los ríos de Kamchatka?

Conecté el piloto automático. Mis ojos se posaban una y otra vez en el arco del muslo de Masha. Y entonces, como hacen a menudo los mayores rusos, Tatiana Vladimirovna mencionó algo que me hizo sentir infinitamente ingenuo, como si hubiera nacido el día anterior en comparación con lo que ella había sufrido y visto, una versión extrema de lo que sientes a los doce años cuando tus padres hablan de una manera incomprensible de impuestos o de alguien que se ha divorciado. En el caso de Rusia, el tema podría ser que al tío de alguien lo enviaron al Gulag y no volvió, o simplemente algún episodio cotidiano de heroicidad o indignidad triviales: que alguien compartió una habitación con sus padres hasta los cuarenta años, o que le censuraban el correo, o que había hecho cola durante tres días para conseguir patatas.

Me preguntó si había estado en San Petersburgo y respondí que no, todavía no, pero que mi madre tenía intención de visitarme, puede que pronto (era cierto, me amenazaba con ello), y que esperábamos ir allá juntos.

—Soy de San Petersburgo —me dijo—. De Leningrado. Nací en un pueblo cerca de Leningrado.

Siguió contándome que en el pueblo su madre ordeñaba las vacas y rezaba en secreto. Su padre trabajaba en una granja colectiva. Cuando este falleció, se trasladaron a la ciudad, poco antes de la Gran Guerra Patriótica, cuando ella tenía siete u ocho años. Perdió a su madre y a una hermana en el asedio. Sin dejar de sonreír, Tatiana Vladimirovna me contó que a un hermano mayor lo mataron en la batalla de Kursk. Unos años después de la guerra, recién casada, se fue con su marido, el hombre de las fotos, a Novosibirsk, una ciudad universitaria de Siberia. Me dijo que era

extraño, pero que en Siberia se sentían casi libres, más que en Leningrado antes de la guerra o en Moscú después. El marido era científico y (al llegar a este punto, mis conocimientos de ruso amenazaron con dejarme en la estacada, aunque tampoco estoy seguro de que me hubiera enterado bien si ella se hubiera expresado en inglés) creo que contribuyó a diseñar una pintura para el interior de los silos de misiles, o algo por el estilo, lo bastante fuerte para resistir el calor cuando los misiles despegaban.

—Era un gran científico —dijo Katia en inglés.

—Por eso Tatiana Vladimirovna vive en este piso en el centro de Moscú —añadió Masha en ruso—. Por los servicios prestados a la patria.

—Así es —dijo Tatiana Vladimirovna—. El camarada Jrushchov le dio el piso a mi marido en 1962. En aquel entonces, el problema de lanzar los misiles sin que los silos ardieran era una gran preocupación. Piotr Arkádievich trabajó muy duro y al final encontró la manera de conseguirlo.

Me contó que ella todavía trabajaba, que era guía a tiempo parcial en un museo cerca del parque Gorki, dedicado a algún famoso científico ruso del que yo no había oído hablar. La mujer mostraba la deferencia que a veces los mayores tienen hacia los jóvenes, apresurándose a explicar su vida para no monopolizar en exceso nuestro precioso tiempo juvenil. Tatiana Vladimirovna me cayó bien. Me cayó bien de inmediato, y siguió cayéndome bien hasta el final.

—Bueno, Nikolái —me dijo—. ¿Qué te parece nuestro pequeño plan?

Yo no tenía la menor idea de a qué se refería. Miré a Masha, y ella descruzó las piernas y asintió.

—Creo que es un plan excelente —respondí, deseoso de complacer.

—Sí —dijo Tatiana Vladimirovna—. Excelente.

Todos sonreímos.

—¡Nikolái! —exclamó la mujer, levantándose, y cambió de tema —. ¡Chicas! No habéis comido nada.

Intercambiamos susurros alrededor de la mesa, donde Tatiana Vladimirovna fue pasando las bandejas y se aseguró de que me servía aquel pescado que no me gustaba. Me proveí de suficientes Minis para esconderlo debajo.

Nos sentamos y Tatiana Vladimirovna le preguntó a Katia por la universidad.

—Hay que trabajar mucho —respondió la muchacha—. Pero es muy interesante.

Se produjo un silencio agradable aunque incómodo.

—¡A los peces les encanta nadar! —exclamó de pronto Tatiana Vladimirovna.

Se puso en pie. Fue a la cocina y volvió con una botella de vodka sin abrir y cuatro vasitos con un grabado de copos de nieve. Sirvió el licor y nos levantamos para brindar.

—¡Por vuestro éxito, chicos! —exclamó Tatiana Vladimirovna, y apuró su vaso de un solo trago a la eficiente manera rusa.

Las hermanas y yo también bebimos. Noté el vodka en el fondo de la garganta y en el estómago, y luego el calor en el pecho y la euforia momentánea que convertía aquel licor en una maldición. Sentí el ardor en las mejillas y el daño hepático y las indiscreciones que se avecinaban. No me había molestado en preguntar a nadie cuál era el plan.

Al cabo de diez minutos («¡Por Rusia!», «¡Por nosotros!», «¡Por la reina de Inglaterra!»), le pregunté a Masha en inglés si estaba ya lista para que nos marcháramos. Respondió que no, que tenía que hablar con Tatiana Vladimirovna. Yo sabía que sería descortés irse antes de que la botella estuviera vacía, pero le dije a Tatiana Vladimirovna que, lamentablemente, tenía que acudir a una reunión de trabajo.

—Pero si no has comido nada —protestó ella, mirando mi plato removido en exceso mientras entrelazaba las manos sobre la mesa.

Le dije que lo sentía y que había sido un gran placer conocerla.

Besé a ambas chicas en la mejilla. Tatiana Vladimirovna me siguió mientras me apresuraba por el suelo de *parquet* hasta el recibidor, donde me puse el chaquetón y los zapatos.

—Adiós —le dije—. Muchísimas gracias. Hasta otro día.

—No has comido nada —repitió ella, mientras cerraba la puerta a mis espaldas.

Bajé corriendo la escalera, huyendo de la pesada y asfixiante falta de hijos.

Más tarde ese día encontré a Oleg Nikolaevich en el descansillo entre nuestros pisos, con traje y camisa negros y un sombrero Trilby también negro. Estaba oscuramente inmaculado, con excepción de un par de pelos de gato en la solapa. Parecía haberse arreglado la barba. Daba la impresión de que iba a su propio funeral.

—¿Qué tal, Oleg Nikolaevich?

Creo que aún estaba un poco achispado.

—Normal, Nikolai Ivanovich —respondió—, ¿Cómo decís en inglés? Cuando no hay noticias es una buena noticia. Pero no encuentro a nuestro vecino Konstantin Andréievich.

—Vaya, lo siento —repliqué.

—Mi amigo Konstantin Andréievich —continuó—. Vive en el edificio de detrás de la iglesia. No responde al teléfono.

Me miró como si tal vez pudiera decirle: «Ah, ese Konstantin Andréievich, haberlo dicho. Está arriba, en mi cocina».

En vez de eso, traté de sonreír y parecer apenado al mismo tiempo.

—Estoy seguro de que no le ha ocurrido nada —dije.

Recuerdo haber pensado que lo más probable es que Konstantin Andréievich, quienquiera que fuese, hubiera desconectado el teléfono o agarrado una curda que le había dejado temporalmente sordo. Pero hice lo que pude por tomar en serio a Oleg Nikoláevich.

—Puede que haya ido a casa de su hermano en Tver.

—Puede ser —repliqué.

—Tal vez podrías ayudarme. Ayudarme a encontrarlo.

—Me encantaría —dije—. Pero no estoy seguro de que haya nada que yo pueda hacer.

—Sí que puedes. Eres abogado, americano.

—No soy americano.

—Bueno —insistió—, tienes tarjeta de crédito. Tienes secretaria. Puedes hablar con la policía o con la oficina del fiscal. Yo soy viejo. Esto es Rusia.

—De acuerdo —dije—. Claro que sí. Si puedo ayudarte, lo haré. Lo intentaré. Te lo prometo, Oleg Nikoláevich.

Se me acercó y, por un momento, pensé que iba a agarrarme o golpearme. Pero, en vez de eso, me puso la mano en el hombro izquierdo y acercó mucho la boca a mi oreja derecha, de modo que cuando habló su lengua estaba prácticamente en mi oído.

—Mi respetado Nikolai Ivanovich —me dijo—. Solo un idiota sonríe todo el tiempo.

5

Supongo que en teoría debía de haber momentos, tal vez a primera hora de la tarde, en que Steve Walsh podía pasar más de cinco minutos sin una taza de café o una copa de vino tinto… de la misma manera que debe de haber una fase breve e intermedia en la treintena de la vida de las mujeres rusas que media entre el exhibicionismo de tacón alto y el ensanchamiento corporal de la mediana edad. Pero siempre que veía a Steve estaba engullendo una u otra de sus drogas. Como la mayoría de los expatriados alcohólicos tenía una táctica para persuadirse a sí mismo de que no lo era: pedía el vino por copas, aunque se tomara doce o veinte de una sentada, lo cual era peor para su cartera pero mejor para su autoestima. Cuantío quedamos para comer le hablé de mi relación con Masha, ya había pasado del café al vino.

Después de que le hubiera hecho un resumen de la situación, Steve me dijo:

—Bien, ¿ya ha conseguido que le compres algo? ¿Brillantes? ¿Un coche? ¿Un collar, tal vez?

—La cosa no es así.

—¿Cómo es entonces?

—Es diferente, Steve. No vayas por ahí.

—¿Crees que te quiere por tu cara bonita?

Steve era técnicamente británico, pero había tratado de huir tic Inglaterra y de sí mismo durante tanto tiempo y en tantos lugares remotos (creo que pasó en México tres o cuatro años antes de trasladarse a Moscú, y con anterioridad estuvo en los Balcanes, y

antes en algún otro lugar que tal vez ni siquiera él es capaz de recordar), que cuando le conocí se había convertido en uno de esos corresponsales extranjeros perdidos sobre los que lees en las novelas de Graham Greene, un ciudadano de la república del cinismo. Se aprovechaba de mí para intentar sacarme pistas que yo no debía facilitarle, insinuaciones sobre qué cártel pedía prestado cuánto a quién para hacerse con qué empresa petrolera o del aluminio, ecuaciones de codicia que le ayudaban a determinar quién ascendía y quién descendía en el Kremlin, quién iba a ser el próximo presidente y a quién le esperaba un campo de prisioneros en Magadan. Steve fingía contrastar mis pistas, y luego las usaba en sus artículos para el *Independent* y un periódico canadiense del que sus jefes en Londres no sabían nada. Yo también me aprovechaba de él, para conversar en inglés de cosas que no fueran los bonos. Nos aprovechábamos el uno del otro. En otras palabras, éramos amigos. Creo que tal vez era mi único amigo de verdad en Moscú.

Era rubio teñido y en el pasado debió de ser apuesto, pero por entonces tenía la cara surcada de arrugas y rubicunda a causa del Rioja. Se parecía un poco a Boris Yeltsin.

—No te cachondees, Steve —le dije—, pero creo que podría estar enamorado.

Tú nunca has sido celosa, aunque por otra parte nunca has tenido muchos motivos para estarlo. Supongo que podrás encajar bien lo que te estoy contando.

—Por los clavos de Cristo —dijo Steve, agitando su copa en el aire.

Estábamos comiendo un filete Strogonoff en el restaurante francés que está detrás del centro comercial Smolensky, donde las queridas de los minigarcas van a tomar un té carísimo entre pedicuras. Creo que estábamos casi a finales de noviembre. Las grandes nevadas habían empezado de improviso, como una broma pesada, creando una ciudad nueva en cuestión de una hora. Las cosas feas se volvían hermosas, las cosas hermosas se volvían mágicas. La plaza Roja se había convertido al instante en un decorado cinematográfico: el gélido mausoleo y el Kremlin

espolvoreado de nieve a un lado, y al otro los grandes almacenes imperiales iluminados como un parque de atracciones. En los solares en construcción y en los patios de las iglesias jaurías de perros callejeros husmeaban esperanzados entre la nieve blanda. Los taxistas de la ciudad habían aumentado las tarifas: podías saber cuánto tiempo llevaban los forasteros en Moscú por el rato que se pasaban negociando en medio de aquella blancura. Las *babushkas* mendicantes habían adoptado su postura chantajista invernal, arrodilladas en la nieve de las aceras con los brazos extendidos. Y sabías que, bajo sus abrigos de piel y sus muecas, los rusos eran relativamente felices. Porque, junto con el fatalismo y el borscht la nieve formaba parte de lo que les hace ser ellos y nadie más.

—Creo que ella también me quiere, o que podría quererme. Por lo menos le gusto.

—¿Te lo ha dicho?

—No.

—Escucha, si llegara a decírtelo, lo haría en serio. En ese momento te lo diría en serio, pero al cabo de veinte minutos también te birlaría en serio la tarjeta de crédito. Todo lo hacen en serio.

—¿Has estado enamorado alguna vez, Steve?

—¿Sabes lo que necesitas, Nick? Tienes que abandonar tu lastre moral. De lo contrario estás perdido.

Cambié de tema. Había decidido preguntarle a Steve si podía ayudar a mi vecino Oleg Nikoláevich en la búsqueda de su amigo. Tal como le dije que haría, había ido a la policía, sin que sirviera de nada. Me acompañó Masha: en el último momento, Oleg Nikoláevich adujo una cita urgente para no ir, aunque creo que le disuadió de hacerlo su inveterado temor a los uniformes. El detective adolescente y granujiento que nos atendió llevaba tejanos y escuchaba un disco de gangsta rap. Sobre su mesa había un letrero que ponía: «No puedo beber flores ni bombones», y unos retratos en blanco y negro, uno del presidente con pinta de comadreja del país, y otro de Erwin Rommel. Nos dirigió esa mirada especial que, al igual que sus mujeres, tienen algunos hombres de Rusia: la versión

comercial de una insinuación, una especie de sonrisa expectante. «Tienes que pagar», me susurró Masha en inglés. Me negué, y el detective alegó que no había pruebas de un delito y, en consecuencia, no podía hacer nada. Cuando nos marchábamos, me dijo que si alguna vez tenía prisa por llegar a una reunión o al aeropuerto, podría conseguirme una escolta de un par de motoristas. («Bueno —comentó Oleg Nikolaevich cuando le conté lo ocurrido en la comisaría—, mientras estemos vivos, es posible que un día seamos felices»).

Pensé que tal vez Steve podría conocer a un policía amistoso, o un agente secreto complaciente, o un allanador de moradas, alguien capaz de hacer algunas averiguaciones, de refrescar ciertas memorias o conciencias.

Steve me dijo que lo lamentaba, pero los policías que él conocía no eran de esa clase. Añadió que no perdiera el tiempo, porque probablemente Konstantin Andréievich estaba muerto: se habría caído al río o le habría atropellado un coche, o tal vez habría bebido algún licor destilado ilegalmente y la habría palmado en algún bosque.

—No les tomes demasiado apego —me dijo Steve—. Aquí no pasan de los sesenta años. Si vives en esta ciudad el tiempo suficiente, sabes que algunos conocidos tuyos van a morirse. Si conoces a dos rusos de más de sesenta, es más que probable que uno de ellos la diñe. Sobre todo los hombres. Mueren de alcoholismo antes de que lleguen a cobrar la pensión. Si te aburres en el metro, puedes entretenerte con un juego: trata de localizar a un viejo ruso.

—¿No se te ocurre nada más, Steve? Me refiero para ayudar a encontrarle. En serio. Mi vecino es un vejete simpático, pero no tiene ni dinero ni *krisha* ni nada. Creo que soy su única esperanza.

—Esto es Rusia —respondió Steve—. Reza.

Arrojé la toalla y le pregunté si sabía algo de mi nuevo conocido en el ámbito de los negocios, el Cosaco. Este le pareció mucho más interesante.

—¿Un tipo bajito? ¿De ojos claros y turbios?

Respondí que sí. Ese era el tipo.

—No está en la industria petrolera —dijo Steve—. Trabaja para el FSB. —Por si no reconoces las iniciales, el FSB es el nuevo modelo de KGB, sin el comunismo y las reglas—. Se cuenta que lo empapelaron por asesinato, a comienzos de los noventa, y lo enviaron a los Urales. El FSB lo reclutó cuando estaba en la cárcel, lo sacó y lo envió a Extremo Oriente para que les ayudara en sus chanchullos de pesca furtiva. No lo conozco personalmente, pero cierta vez estaba yo en un bar, en la isla de Sajalín, y un piloto de helicóptero escocés me lo señaló. Había estado en Kamchatka dirigiendo el tinglado del caviar, creo que dijo el piloto, hasta que lo trasladaron al del salmón. Lo habían elegido candidato a vicegobernador de la isla, pero entonces lo reclamaron desde la capital. Desde entonces no he sabido nada más de él. Supongo que hizo tan bien las cosas en el asunto del pescado que lo promovieron al grupo petrolífero. Crimen, negocios, política, policía secreta… el habitual tiovivo ruso.

—Tal vez abandonó el FSB y se dedicó a los negocios —aventuré.

—Todos se dedican a los negocios —replicó Steve—, pero jamás abandonan. No son ex miembros del KGB, tal como dice el presidente.

Le pregunté si sabía algo del proyecto de una terminal petrolífera en el norte financiado con nuestro préstamo. El trato parecía ir sobre ruedas, y el Cosaco no tardaría en recibir la primera parte de su dinero. Los bancos que le prestaban habían hecho estudios de liquidez y viabilidad del proyecto, elaborados por el habitual enjambre de asesores, y contaban con cien páginas de documentos de renuncia e indemnizaciones que habíamos redactado nosotros. Por puro formalismo, pechamos garantías de cooperación al gobernador de la región donde se construía la terminal, a Narodneft sobre la cantidad de petróleo que bombearían a través de ella una vez estuviera construida, y al Cosaco sobre los ingresos que destinaría al pago de las cuotas en una cuenta en depósito. Nos aseguraron que todo ello estaba en marcha. El Cosaco nos informó de que se estaban realizando las obras, y tenía la seguridad de que la

terminal bombearía los primeros cargamentos de crudo en los petroleros que amarrarían en la base hacia finales del verano siguiente. El único contratiempo técnico se presentó cuando Viacheslav Alexándrovich, el perito, se disponía a visitar la terminal en construcción. Los hombres del Cosaco dijeron que se había producido un pequeño incendio y que sería mejor que esperase unas semanas.

—Eso parece plausible —dijo Steve—. Los rusos han agotado más o menos la capacidad de sus oleoductos, por lo que necesitan desesperadamente nuevas rutas de exportación. El presidente se refirió a ello en su última intervención televisada con participación telefónica del público: «Este es uno de los grandes desafíos de la economía rusa, y la ayuda y la inversión de nuestros socios extranjeros será bien recibida», las chorradas de siempre. Parece ser que los yacimientos petrolíferos submarinos van a ser la próxima gran apuesta. Llega al mercado europeo sin depender de los vecinos bolcheviques con los que los rusos están siempre a la greña. Allá arriba, en alguna parte, tienen una bahía libre de hielo, creo que es por la corriente del Golfo, y debe de ser ese lugar el que utilizan. ¿Quiénes son los socios?

Respondí que solo eran la empresa de logística y Narodneft.

Interesante. Escucha, estoy seguro de que tus bancos no tendrán problemas. Los rusos disponen del petróleo y necesitan venderlo. Conocen las reglas: pueden seguir sangrando a su propia gente siempre que jueguen limpio con los extranjeros. Pero siempre encuentran la manera de hacer trampa, Nick. Imagino que utilizarán al equipo logístico para quedarse con parte de las ganancias, cuando empiecen a ganar dinero, de modo que Narodneft no tenga que compartirlo todo con el erario público. ¿Sabes qué significa la palabra «Narodneft»?

—Sí.

—«Petróleo del pueblo». Una puta broma.

En cierta ocasión convocaron a Steve al Ministerio de Asuntos Exteriores para abroncarle por haber ido a Chechenia sin permiso, y más adelante transcribir las conversaciones que había mantenido con

criminales de guerra rusos confesos y publicarlas en los periódicos para los que trabajaba. El ministerio le había amenazado con revocar su visado, y, según cuenta la leyenda, él replicó que adelante, que lo hicieran, que le alegrarían el día. Si realmente dijo eso fue un farol, porque como todos los periodistas a los que conocí en Moscú, Steve amaba Rusia. Allí estaban todos los restaurantes lujosos y toda la cerveza importada que podían desear, pero además el país había preservado los suficientes malos hábitos de la vieja escuela para que los gacetilleros sensacionalistas pudieran ocultar al otro lado del mundo aquello de lo que huían, fuera lo que fuese. La mayoría de ellos, en especial Steve, enmascaraban su amor con una especie de machismo moral. Era como si tuvieran una obligación contractual de ver lo peor en todo y en todos, o de fingir que lo veían. Para ser un degenerado, Steve podía ser a veces un capullo santurrón.

—No sé, Steve —le dije—. Ya sabes que esa es una práctica habitual de las grandes compañías petrolíferas: crear una empresa independiente para nuevas inversiones a fin de mantener el balance sin deudas. No es solo Narodneft, las grandes empresas occidentales también lo hacen.

Eso era cierto, se trataba de una maniobra contable normal. Pero probablemente solo estaba intentando defender al Cosaco porque Steve me había irritado con sus comentarios sobre mi relación con Masha.

—No se trata de una empresa occidental, Nick. —Tomó un sorbo de vino—. Escucha, tienes que entenderlo, la Unión Soviética produjo lo contrario de aquello para lo que fue creada. En principio, todos debían amarse mutuamente, pero el sistema se vino abajo sin que a nadie le importara un carajo el prójimo. Ni el pueblo, ni los accionistas, ni siquiera tú.

Yo sabía qué derrotero seguiría entonces su perorata: el comunismo no arruinó a Rusia, sino que fue completamente al revés, y al cabo de tres copas más me habló del estado de la KGB, el legado de Iván el Terrible y las ventajas comparativas de las mujeres de San Petersburgo. Mientras le miraba los ojos moteados e inexpresivos, llegué a la conclusión de que Steve se sentía celoso, de

mí y de Masha, de cualquiera que tuviese la esperanza y la ambición de ser feliz. Su errática lección de historia rusa estaba llegando al impacto a largo plazo del yugo mongol cuando le interrumpí.

—Me siento fatal —le dije, mintiéndole mientras empujaba mi plato a un lado—. Anoche lo pasé en grande con Masha. Creo que debería irme. Lo siento, Steve. Nos volvemos a ver pronto, ¿eh?

—Todos nos sentimos fatal —replicó él, y miró a un camarero enarcando una ceja y dando unos golpecitos a su copa—. Es la jodida Rusia. El alcohol, la contaminación. La comida asquerosa. Los malditos aviones. La porquería que cae del cielo cuando llueve y en la que ni siquiera quieres pensar. Rusia es como el polonio. Te ataca todos los órganos a la vez.

—¿En qué estás trabajando ahora? —le pregunté mientras me ponía la bufanda.

—Un reportaje sobre un gran complejo energético. Mucho mayor que tu pequeña terminal petrolífera.

—¿Cuál es esta vez el enfoque? ¿Negocios o política?

—En Rusia no hay historias de negocios ni de política. No hay historias de amor —replicó Steve—. Solo hay historias de crímenes.

6

En cada uno de mis inviernos rusos hubo ocasiones en las que pensé que no podría soportarlo, ocasiones en las que podría haberme ido directamente al aeropuerto, de no haber sido consciente de que el tráfico sería horrible. Caminar se convertía en una carrera de obstáculos, con montículos de nieve que era preciso sortear y estrechas franjas de acera transitable por las que competías con los transeúntes que venían en dirección contraria. ¿Sabes lo que sucede en Londres, cuando te encuentras de frente con alguien en la acera y, al tratar de esquivarlo, el transeúnte se mueve en tu misma dirección y seguís interrumpiéndoos el paso… hasta que al final lo consigues, sonríes por la intimidad accidental y la mala suerte inocua y sigues adelante? Eso no sucede en Moscú. Más o menos una vez al mes me olvidaba de encoger los dedos de los pies dentro de las botas forradas de piel, mis pies salían pedaleando hacia arriba, mi culo hacia abajo, y pasaba un largo segundo agitando los brazos, aterrado e impotente, a la espera de caer al suelo.

Luego están los hombres de naranja. Cada año, después de la primera nevada importante, alguien de la alcaldía pulsa un botón y un ejército de hombres vestidos con monos naranja, siervos de la nueva era procedentes de Tayikistán, Uzbekistán y Nosequistán, emergen como plácidos alienígenas invasores de debajo de la tierra o de más allá del cinturón de ronda de la ciudad. Se desplazan en camiones prehistóricos, amontonan la nieve a paladas y desprenden las pertinaces placas de hielo utilizando productos químicos propios de armas de destrucción masiva. En mi calle apilaban toda la nieve a

un lado, enterrando los coches dejados por descuido, que aquel invierno incluían al Zhiguli en proceso de oxidación. Y cada noche, hacia las cuatro de la madrugada, los hombres de naranja venían con sus palas para arrancar el hielo de las aceras, haciendo un ruido con el que solo los muertos podrían seguir durmiendo: un ruido a medio camino entre el chirrido de uñas sobre cristal, los golpes en un astillero y los maullidos de gatos rijosos. Lo peor de todo era mi propia ruin ingratitud. Me contrariaban, pero al mismo tiempo sabía que solo un estúpido azar hacía que yo estuviera caliente y bajo techo, a veces con una mujer a mi lado, mientras ellos estaban deslomándose en la calle.

Una tarde desabrida, hacia finales de noviembre, en vez de salir corriendo hacia el aeropuerto fui a la tienda de teléfonos móviles donde trabajaba Masha, cerca de la estación de metro de Novokuznetskaia. Ella no me esperaba. Giré a la derecha hacia la galería Tretiakov y pasé por delante de una destartalada iglesia y, frente a esta, un café subterráneo donde había estado una vez, y en el que jóvenes rusos privilegiados escuchaban música airada y fingían ser disidentes. Justo al lado se hallaba la tienda de Masha. Miré a través de la ventana.

Estaba sentada a una mesa, con el cabello recogido con una cinta, escuchando cómo una joven pareja que parecía íntegramente lavada a la piedra le explicaba sus necesidades de telefonía móvil. La tienda tenía una zona de recepción, con una máquina expendedora de números, y los clientes esperaban a que los llamaran a la oficina donde se encontraban Masha y otros dependientes. Allí reinaba el pandemónium típico de los lugares públicos donde solo se puede estar de pie, la atmósfera que imagino que habría dentro del Arca de Noé. (En aquel entonces había en Moscú más teléfonos móviles que habitantes, y se decía que el motivo era, en gran parte, la cantidad de hombres que tenían un aparato para hablar exclusivamente con sus queridas). Una mujer en el extremo de la tienda gemía como si estuviera pariendo. Me limpié las gafas empañadas, y me estaba abriendo paso entre la gente cuando las puertas interiores se abrieron y Masha vino a mi encuentro.

—Kolia —me dijo con un gruñido de asombro, aquella voz que me llegaba a las entrañas—, por favor, ve al Raskolnikov de Pyatnitskaya y espérame allí. Tardaré unos veinte minutos.

—De acuerdo —le dije.

Contemplé cómo caminaba de regreso a su mesa, la mitad inferior del cuerpo enfundada en unos prietos y negros pantalones de oficinista, las curvas superiores suavizadas por una sudadera de la empresa de un verde oscuro e intenso.

Tal como me había pedido que hiciera, la esperé junto al ventanal del Raskolnikov, un cálido café que estaba metido en un pequeño patio y pasaba bastante desapercibido. Por fin, Masha entró en el patio. Llevaba un chaquetón que parecía una especie de edredón rojo de *patchwork*, aunque más *sexy*, y unos zapatos con tacones de ocho centímetros que solo se ponía después del trabajo y con los que se las ingeniaba para caminar sobre la nieve como Jesús sobre las aguas. Tenía una perfecta suspensión invernal. Entró, se quitó el chaquetón y tomó asiento frente a mí.

—¿Qué tal el trabajo? —le pregunté.

—¿Qué problema tienes?

«No sé qué estoy haciendo aquí —quería decirle—, y no me refiero únicamente a Rusia, estoy solo, te quiero».

No te sorprenderá saber que no le dije tal cosa. Le musité algo en inglés. Le dije que me sentía un poco deprimido, un poco cansado, que deseaba verla y confiaba en que no le importara mi intrusión.

—Escucha —replicó—. El sábado iremos a una dacha.

—¿Qué dacha?

La dacha rusa es un lugar físico, el lugar más físico, el retiro terrenal donde cultivas patatas, cebollas para encurtir, y vas de pesca. Pero es también un lugar en la imaginación, el lugar que no es Moscú, donde no hay atascos de tráfico ni chaperas ni policía.

—Es la dacha del abuelo de mi amiga Anya, pero él no va nunca. Tiene *bania* y haremos shashlik. Iremos con Katia. Allí te sentirás mejor.

—De acuerdo —le dije—. Está bien.

—Pero antes, a primera hora de la mañana, iremos a Butovo.

—¿Qué vamos a hacer allí?

—Iremos con Tatiana Vladimirovna.

—¿Para qué tiene que ir a Butovo?

Butovo es un barrio en el límite sur de la monstruosa ciudad, la clase de lugar que debió de ser un pueblo independiente antes de que Moscú creciera hasta engullirlo, como los de Middlesex, absorbidos por Londres gracias al metro.

—Está pensando en vivir allí, y el sábado la acompañaremos para que tome una decisión.

Recordé que se habían referido a un plan la tarde en que Masha y Katia me presentaron a su tía. Supuse que el plan en cuestión consistía en mudarse a aquel barrio.

Masha metió una mano bajo la mesa, la puso en mi rodilla y deslizó las uñas por la parte interior de mi muslo.

—No te preocupes, Kolia —me dijo—. Te quiero.

El sábado los tres fuimos a buscar a Tatiana Vladimirovna, pulsamos el crepitante intercomunicador en el edificio donde vivía y le preguntamos si estaba lista.

—Siempre lista —respondió ella, y nos abrió la puerta para que no tuviéramos que esperar bajo el aguanieve.

«Siempre listos» era el lema de los Pioneros, el equivalente soviético de los niños exploradores, a quienes enseñaban tanto a desenmascarar espías y denunciar a *kulaks* como a encender fogatas de campamento.

Tatiana Valdímirovna apareció en la puerta vestida con una especie de guerrera de invierno reforzada, marrón y acolchada, una bufanda azul brillante, mitones y esas botas que en los años ochenta llamábamos en Luton «descansos». Llevaba una gran bolsa de plástico que, como descubrí más tarde, contenía un tupperware con arenques encurtidos y huevos duros, y un termo de té dulce, y nos empezó a ofrecer de todo aquello con insistencia en cuanto hubimos transbordado a otra línea del metro en Borovitskaya y nos

acomodamos para el largo trayecto hasta Butovo. En un trozo de papel de estraza había envuelto un poco de sal para los huevos duros.

—Hace mucho tiempo —me susurró en ruso Tatiana Vladimirovna—, Piotr Arkádievich y yo íbamos a Butovo para buscar setas en el bosque y nadar en el estanque. Pero entonces no había metro. Cogíamos el autobús y luego caminábamos.

Masha me explicó que íbamos a Butovo porque Tatiana Vladimirovna conocía a un hombre llamado Stepán Mijáilovich cuya empresa estaba construyendo un nuevo bloque de pisos en el mismo límite de la ciudad, y su tía pensaba mudarse allí. En primavera dejaría de trabajar en el museo y quería marcharse del centro de Moscú, donde había demasiados coches y delincuentes y pocas zonas verdes. El plan consistía en cambiar su piso junto al estanque por otro en Butovo.

La idea de intercambiar pisos, me contó Masha, era un legado de la época soviética. En el pasado nunca eras propietario de tu vivienda (nunca poseías nada, salvo tal vez la tumba), pero podías intercambiar tu derecho a vivir en ella por el derecho de otra persona a vivir en otra parte. Algunos aún optaban por los intercambios, en parte porque no confiaban en sí mismos: no estaban seguros de no gastarse el dinero en bebida. Masha me explicó que, en el caso de su tía, Stepán Mijáilovich probablemente también le daría algún dinero, porque su piso en el centro de Moscú valía más que el nuevo en Butovo. No habían convenido la cantidad que le daría, y más adelante hablarían de los detalles. Aquel día íbamos a reunirnos con el propietario y a ver el piso, y luego volveríamos a Moscú, cogeríamos provisiones y tomaríamos otro tren para ir a la dacha.

La parte más antigua del metro de Moscú, en el centro de la ciudad, es la clase de sistema de transporte subterráneo que obtienes si pones a disposición de un maníaco tiránico todo el mármol, el ónice y los seres humanos desechables con los que podría soñar. Pero la red deja atrás la malaquita, el vidrio coloreado y los elaborados bajorrelieves para salir al exterior mucho antes de llegar a Butovo,

que es el final de trayecto. Cuando emergimos de la estación de metro nos vimos rodeados de nuevos y altos bloques de pisos, de colores blanco y melocotón y no tan feos como los soviéticos, con extensiones de descuidado césped entre ellos.

Paramos un taxi y recuerdo que durante el recorrido hasta el edificio el conductor, soltando las palabras como fuego graneado, se lamentó de su juventud y su patria perdidas. Nos dijo que en la época soviética había sido ingeniero. «Ahora —prosiguió— los chinos son demasiado astutos para nosotros… Estamos cediendo todos nuestros recursos naturales… En Rusia, todo el que tiene más de cuarenta años está acabado». Nos dirigimos hacia donde finalizaban los altos bloques y giramos a la izquierda.

El edificio al que llegamos se encontraba en el límite municipal de Moscú. A un lado estaban la ciudad y el estrés, pero al otro lado de la carretera se extendía el Butovo que Tatiana Vladimirovna recordaba de muchos años atrás, un precario idilio ruso de casas de madera escalonadas y pequeños huertos al lado y detrás de ellas. Más allá de las casas, con sus ventanas de marcos ornamentales, vallas desvencijadas y tejados oxidados, había un bosquecillo de abedules plateados, y aún más allá un bosque más verde, un bosque en el que parecía que aún se podrían encontrar setas.

Eran las diez y media o las once de la mañana. Permanecimos ante la entrada del edificio, pateando el suelo para entrar en calor y esperando la llegada de Stepán Mijáilovich. Hacía frío, pero me había puesto el no va más de los chaquetones de invierno, un anorak de esquí negro que me daba el aspecto del muñeco de Michelin con forro termonuclear, y que mantenía mi sangre en circulación incluso a temperaturas napoleónicas. El aire era allí menos acre que en el centro de la ciudad. Notábamos el olor de los pinos.

Masha hizo una llamada telefónica. Luego dijo:

—Ya viene, Stepán Mijáilovich viene hacia aquí.

Stepán Mijáilovich llegó al cabo de unos cinco minutos. Era un hombre delgado, con una pequeña coleta y una sonrisa nerviosa. No tendría más de veinticinco años, pero como muchos de los hombres de negocios rusos emergentes eran prácticamente adolescentes su

juventud no me sorprendió demasiado. Nos estrechó la mano a Masha, a Katia y a mí, e inclinó la cabeza a modo de saludo a Tatiana Vladimirovna. Entramos en el bloque y Stepán Mijáilovich, que lo hizo en último lugar, tanteó en busca del interruptor. El edificio estaba inacabado: las paredes sin pintar, el suelo del vestíbulo sin revestimiento, y la calefacción parecía no funcionar. Hacía por lo menos tanto frío como en la calle. Aún no habían instalado el ascensor, por lo que subimos a pie los siete pisos hasta el apartamento que podría ser pronto el de Tatiana Vladimirovna, apartando los díscolos cables eléctricos que se habían escapado de sus abrazaderas en el techo. La tía de Masha no aceptó el brazo que le ofrecí, pero se detuvo un par de veces para agacharse, jadear y asirse las rodillas. El edificio olía a pintura y cola.

En la séptima planta, Stepán Mijáilovich abrió la obstinada puerta de un piso utilizando la llave y el hombro. El apartamento tampoco estaba listo, con las paredes desnudas y enyesadas, pero podías hacerte una idea de cómo sería: un pequeño paraíso ikeano de grandes ventanas y techos altos, con dos amplios dormitorios rectangulares y una cocina incorporada a la sala de estar. Había dos balcones, uno de ellos en un dormitorio encarado hacia Moscú y el otro, en la sala de estar, que daba al bosque.

—Mira, Tatiana Vladimirovna —le dijo Masha cuando nos detuvimos en la sala—, ya no tendrás que llevar la comida desde la cocina como haces ahora.

Tatiana Vladimirovna no respondió, y salió al balcón. La seguí, asegurándome de que sería capaz de saltar hacia atrás si se venía abajo. Desde allí arriba se veía el caos de parcelas enmarañadas al otro lado de la carretera, un par de cabras atadas y los destellos de un estanque congelado entre los árboles. Por encima de todo aquello, el sol brillaba vagamente a través del lechoso cielo de noviembre, viejo pero fuerte. Imagino que en abril, entre el deshielo y la selvática explosión verde del verano, o en la crudeza de mediados de octubre, el mismo panorama habría sido desolador y deprimente. Pero cuando estuvimos allí, las piezas de viejos tractores y frigoríficos desechados y la abundancia de botellas de vodka vacías y animales

muertos que suelen cubrir el campo ruso eran invisibles, ocultos bajo el níveo manto de olvido invernal que lo suavizaba todo. La nieve te permitía olvidar las cicatrices y las taras, como la amnesia temporal se lo permite a una mala conciencia.

Tatiana Vladimirovna aspiró hondo y suspiró. Pensé que estaba imaginando el resto de su vida en aquel lugar, una coda afortunada e inesperada que dedicaría a preparar las empalagosas compotas de fruta que a las ancianas rusas les gusta dejar que fermenten mientras charlan con otras *babushkas*, con sus pañuelos en la cabeza, fingiendo que los últimos setenta años no han transcurrido.

—¿Te gusta, Tatiana Vladimirovna? —le preguntó Marsha desde la sala.

Una vez más la mujer no respondió, sino que entró en la sala y deambuló por ella. Se detuvo ante una ventana lateral desde donde se veía el final de la ciudad y el comienzo del campo, así como las torres blancas de una iglesia agazapada en el bosque, con pequeñas cúpulas doradas rematadas por cruces ortodoxas plateadas.

—Creo que aquí pondré la mesa de Piotr Arkádievich —dijo Tatiana Vladimirovna—. ¿Qué te parece, Nikolái?

—Creo que ahí estará muy bien —respondí.

Pensé sinceramente que aquel era un lugar muy agradable y apropiado para la mujer, estoy seguro de que lo hice. Pero no lo pensé demasiado a fondo. Quería volver a la ciudad, ir a la dacha, a la *bania*, a la noche que me aguardaba.

—Sí —dijo Katia con su sonrisa inescrutable, la linda nariz rosada por el frío—. Es muy agradable, Tatiana Vladimirovna, muy bonito. ¡Y qué aire tan fresco!

Masha, enfundada en su anorak rojo, cruzó el frío suelo y cuando llegó al lado de Stepán Mijáilovich le tocó un brazo.

—¿Cuándo crees que el edificio estará listo? —le preguntó.

—Creo que dentro de un mes.

Un mes parecía una previsión algo optimista, aunque en Rusia nunca se sabía. Podían revolcarse en fango y vodka durante una década, y luego hacer que apareciera un rascacielos como por arte de magia o ejecutar a una familia real en una tarde, si se decidían a ello

y los incentivos eran adecuados.

Tras una pausa, Stepán Mijáilovich añadió:

—Creo que Tatiana Vladimirovna será muy feliz aquí. Es limpio y no hay muchos coches ni inmigrantes.

Tatiana Vladimirovna sonrió y salió de nuevo, ella sola, al balcón. Pensé que tal vez estaba llorando, pero no podía estar seguro.

No había hecho nada de lo que deba sentirme avergonzado, ¿verdad? Nada que puedas recriminarme. En realidad no. Todavía no.

Nos ofrecimos para acompañar a Tatiana Vladimirovna hasta su casa, pero ella rehusó. Nos despedimos y nos bajamos en la estación de metro donde teníamos que transbordar a la línea roja y recorrer la corta distancia de solo dos paradas hasta Pushkinskaia. Bajamos por Bolshaia Bronnaia y entramos en el supermercado que estaba en la esquina de la manzana donde yo vivía. En la carnicería hice otro gesto que, como el de tocarte el cuello con un dedo o el de dar golpecitos a unas charreteras invisibles que Masha me enseñó aquella noche en el Sueño de Oriente, todos los rusos parecían comprender. Extendí las manos por delante de mí y torcí las muñecas, como si hiciera girar dos pomos imaginarios. El carnicero entendió que quería shashlik, y envolvió un kilo de cordero en adobo. Tomamos un tren de cercanías en la abigarrada estación de Belorusski, que se encontraba en el extremo de la ciudad opuesto a la zona de Butovo, y nos dirigimos a la dacha prometida.

Recuerdo que durante una hora, en el traqueteante tren, nos vimos agobiados por una especie de *cabaret* lastimoso: una sucesión de mendigos y buhoneros que iban unos tras otros a lo largo de los vagones y que vendían cerveza, bolígrafos, tabaco, pipas de girasol tostadas, cedes pirateados, perfumes multiuso (para rociarse con ellos o beberlos). O bien tocaban el acordeón, o te explicaban que habían perdido una pierna o a un marido en Chechenia. Había prostitutas, críos fugados de casa, diversos despojos humanos. Le di

cien rublos a una anciana de rostro levemente deforme que llevaba un chaquetón ligero. Debían de ser las tres de la tarde cuando nos apeamos.

La belleza del lugar ya era discernible allí mismo. La estación consistía tan solo en una plataforma de madera sobre pilotes, con un anticuado letrero que decía «Orejovo» o «Polinkovo» o algo por el estilo, uno de los encantadores topónimos rurales de la Rusia prerrevolucionaria que fueron cambiados cuando se colectivizó todo y luego se recuperaron tras la caída del muro. Nos quedamos los tres solos en el andén, el vapor de nuestros alientos entremezclándose y nuestras sombras proyectándose con fuerza sobre la nieve. Estábamos rodeados de bosque, las ramas de los árboles cubiertas de nieve como si las hubieran delineado con azúcar glas. Caminamos pesadamente hacia los escalones en el extremo del andén y cruzamos las vías y las traviesas de madera, con Masha y Katia cogiéndome por el brazo. Recorrimos un sendero de vago trazado que atravesaba un bosquecillo de abedules plateados, sus ramas astutamente anguladas para que la nieve no pudiera posarse en ellas, en dirección a lo que parecía actividad humana.

Rusia es un país extraño, con sus talentosos pecadores y sus santos ocasionales, auténticos santos que solo un país de tan consumada crueldad podría producir, una demencial mezcla de mugre y gloria. La combinación era la misma aquella tarde. Resultó ser la clase de pueblo ruso donde parece que una guerra acaba de terminar, aunque no sea así: la clase de pueblo de donde se ha marchado toda la gente sobria y sana, dejando atrás solo a los lunáticos, los delincuentes y los policías. Había una única tienda. Un par de barbudos de aspecto lamentable permanecían en el exterior, tal vez a la espera de que se presentase un tercero y compartiera con ellos una botella de vodka. Entramos a comprar agua mineral y carbón.

Las chicas cargaron con las bolsas que traíamos desde Moscú y el carbón, dejándome a mí el agua, unos grandes bidones de plástico cuyas asas parecían cortarme las palmas de las manos a través de los gruesos guantes. Me condujeron por un camino que corría junto a

un bloque de pisos gris hasta llegar a una pequeña verja herrumbrosa. Masha la abrió con una llave grande y vieja, como la del alcaide de una prisión, y nos encontramos de nuevo en la Rusia de postal navideña, un paisaje de abedules que se alternaban con pinos todavía lozanos, y el terreno entre ellos de un blanco ingenuamente puro. Al vadear por la nieve, las viejas ramitas se partían bajo nuestros pies con un sonido como el del restallido de un látigo, que resonaba entre los árboles a nuestro alrededor. A unos cien metros había un arroyo medio congelado, pequeños hilos de agua que fluían entre las placas de hielo, y lo cruzamos por una estrecha pasarela a la que faltaban tablas y se balanceaba como un columpio. Tenía la sensación de ser un extra en una película de Indiana Jones en Siberia.

Al otro lado del arroyo, espaciadas entre los árboles, estaban las dachas: destartaladas casitas de madera que asomaban sobre la nieve. Vi que salía humo de una de las chimeneas, pero las demás casas parecían deshabitadas. De los tejados en pendiente colgaban carámbanos como dagas ornamentales. No se veía a nadie.

La nuestra era la quinta o sexta casita de la hilera, y estaba rodeada por un jardín sepultado bajo una nieve solo alterada por las leves huellas geométricas dejadas por las patitas de los pájaros. El edificio presentaba una ominosa inclinación a la manera de la torre de Pisa, y, vista desde el exterior, parecía una de esas casas de película cómica de cine mudo, como si estuviera a punto de venirse abajo dejándonos plantados dentro del marco de una ventana en medio del inocuo derrumbe. Pero el interior era mucho más espacioso de lo que parecía posible. En la sala había un reloj de péndulo parado, fotografías de antepasados muertos en sucios marcos y una bombilla desnuda colgando del techo. Había un sofá que en otro tiempo debió de ser el preciado tesoro de alguien, con tapicería de retazos dorados y un motivo de cigüeñas en sus nidos tallado en los paneles por debajo de los apoyabrazos. En una segunda habitación pequeña encontramos un hornillo y una bombona de gas, una mesa y una inesperada escalera que conducía a un dormitorio bajo los aleros. Este tenía una cama individual ya

hecha y una ventana escarchada que daba al bosque.

Masha se puso al momento de rodillas para meter leños de un cesto que estaba junto a la puerta en la boca de una estufa, una antigua estufa rusa empotrada en la pared, como las que usaban los siervos para dormir encima de ellas. Katia salió para preparar la *bania*, una cabaña independiente con su propia estufa y chimenea, a unos veinte metros detrás de la dacha, casi entre los árboles. Masha me señaló la barbacoa, una funcional tina metálica con patas desmontables que estaba bajo una mesa.

Desenvolví la carne que habíamos comprado en Moscú e inserté varios pedazos en unos espetones de impresionante dureza. Salí de la dacha con la barbacoa y el carbón y encendí el fuego bajo el silencio invernal. Empezó a nevar de nuevo, y los gruesos e ingrávidos copos de nieve chisporroteaban sobre las brasas. Recuerdo que mientras estaba allí solo experimenté la gozosa sensación de bienestar de la que a veces disfrutan los expatriados. Estaba muy lejos de las cosas y las personas en las que no quería pensar… incluido yo mismo, mi antiguo yo, el apático abogado con una vida apática al que había dejado atrás en Londres. El que conoces ahora. Me hallaba en un lugar donde cualquier día, a diario, podía suceder casi cualquier cosa.

Más o menos al cabo de una hora estábamos sentados en el sofá de la dacha, ya caldeada, comiendo cordero a la barbacoa con unas tortas de pan armenio y una salsa picante de granada georgiana, y bebiendo vodka enfriado en la nieve de unos vasitos desportillados, seguido de cerveza. Masha se había soltado la cabellera sobre los hombros. Las dos comían con ese silencioso y resuelto oportunismo que los rusos parecen heredar.

—Me gusta tu amigo —dijo Katia.

—¿Qué amigo?

—En el club. En el Rasputín. El amigo que nos ayudó.

—No es amigo mío —repliqué.

—Tal vez debería ser amigo tuyo —terció Masha—. Es una persona que puede ser de gran ayuda.

Sonrió, aunque no creo que bromeara. Su sinceridad me gustó,

pero no quería hablar del Cosaco.

—¿Quién es Anya? —les pregunté.

—¿Quién? —dijo Katia.

—La nieta del dueño de esta dacha.

—Su abuelo tiene la dacha desde la época en que trabajaba en el ferrocarril —me explicó Katia—. Todos estos terrenos eran de la compañía ferroviaria, que daba una parcela a cada empleado. Pero él nunca viene, y Anya vive ahora en Nizhny Novgorod. Puede que su abuelo ya haya muerto. Ella también es nuestra hermana.

—¿Tenéis otra hermana?

Ellas sonrieron y pensaron un momento.

—Verás, Kolia —dijo Masha—, en ruso la palabra «hermana» no solo se refiere a la hija de tus padres. También puede significar la hija del hermano o hermana de tus padres. Creo que en inglés tenéis otra palabra para esa clase de hermana, ¿no?

—«Prima» —respondí—. Eso no lo sabía.

—*Da* —dijo Masha— Prima.

—¿Y qué clase de hermana es Katia? —le pregunté.

—Ella también es mi prima —dijo Masha al cabo de una pausa.

—Sí —dijo Katia, las mejillas enrojecidas por la salsa picante y el vodka—, soy su prima.

Se lamió los últimos restos de salsa de los dedos.

—¿Tu familia también vive en Murmansk? ¿Con la madre de Masha?

—Eso creo —respondió Katia—. Sí, en Murmansk.

Así pues, no eran hermanas. No eran del todo lo que había creído que eran. Por primera vez, en su compañía, sentí lo que había sentido a veces cuando me percataba de que un taxista moscovita estaba borracho o loco, y me quedaba un rato sentado en el asiento trasero, toqueteando la manecilla de la portezuela y contemplando la posibilidad de saltar del vehículo en marcha, aunque sabía perfectamente que no lo haría. Jamás lo hice.

Podría haber preguntado más cosas sobre su familia y la relación que existía entre todos ellos, pero Masha dejó su plato Y dijo:

—Vamos, la *bania* está lista.

La cabaña tenía una minúscula y untuosa antesala, del tamaño de un armario grande, con un par de ganchos en la pared y una abertura para la estufa en la que Katia introdujo un par de troncos más. Nos quedamos inmóviles durante unos segundos, como si fuésemos desconocidos que se encontraran juntos en un ascensor refrigerado. Entonces nos desvestimos, traseros y codos chocando y rozándose. Las dos llevaban tanga (se diría que las solteras rusas están obligadas a usarla por ley), el de Katia rosa y con volantitos, con sujetador a juego, y no recuerdo el de Masha. También se los quitaron. Por mi parte, me quité los elegantes calzoncillos que había elegido con sumo cuidado y metí las gafas en una de las botas.

—Bien —dijo Masha—, ¡deprisa!

Y penetramos en el calor antes de que pudiera escaparse.

Aquel lugar no tenía ninguna de las cosas (el té con limón, los briosos masajistas, la conversación en voz baja de hombretones velludos) que encuentras en las saunas de lujo moscovitas a las que a veces iba con Paolo. Pero esa es, desde luego, la *bania* que mejor recuerdo. Había un tosco banco artesanal y una única ventana por la que se filtraba la luz desvaída del exterior. En la pared de enfrente había una plancha metálica que conformaba la parte posterior de la estufa. Para producir el vapor, arrojabas el agua de un pequeño cubo contra el metal. Hacía ya un calor inverosímil. Nos sentamos en el banco, procurando que nuestros pies no tocaran el suelo ardiente. Yo ocupaba el asiento más caliente, el más cercano a la estufa, y Katia estaba en el lugar medio iluminado junto a la ventana. Era una de esas situaciones en las que intentas no mirar pero no lo consigues, y te consuelas diciéndote que probablemente se espera de ti que lo hagas. La muchacha tenía unos firmes pechos de maniquí, más grandes que los de Masha, y no era rubia auténtica.

Nuestras pieles se tocaban, y el sudor de los tres corría entremezclado formando pequeños charcos en el suelo.

—Dime, Kolia, ¿qué te ha parecido Butovo? —me preguntó Katia—. Como hogar para Tatiana Vladimirovna.

—Creo que está muy bien.

—Yo no estoy tan segura —terció Masha, sus largas piernas

visibles pero el rostro en penumbra—. Está muy lejos. Creo que me gusta más el piso que tiene ahora.

—Pero si ella quiere ir a Butovo, tal vez podrías ayudarla, Kolia —dijo Katia—. Me refiero al papeleo. Los asuntos legales. Los documentos del piso viejo que Stepán Mijáilovich pueda necesitar. Ella es una anciana de los tiempos soviéticos y no entiende de esas cosas.

Me costaba hablar, pues el aire caliente me invadió la boca en cuanto la abrí y me escaldó el fondo de la garganta.

—Sí —me limité a decir.

Nos horneamos durante unos veinte minutos. Ya estaba mareado a causa del vodka y deseaba haber salido al cabo de unos cinco minutos, pero no quería ser el primero en abandonar. Por fin Masha dijo:

—Ahora vamos a lavarnos.

—¿Cómo nos lavamos?

—En la nieve —respondió Katia.

—Saltaremos en la nieve —añadió Masha.

—¿No es eso peligroso? —pregunté con voz entrecortada, señalándome el pecho en la penumbra—. Ya sabéis, para el corazón.

—La vida es peligrosa —dijo Masha, y me rodeó con un brazo —. Hasta ahora nadie la ha sobrevivido.

Cruzamos el húmedo suelo y cerramos la puerta. No nos detuvimos en la antesala. Masha y Katia se arrojaron riendo de bruces sobre un montón de nieve inmaculada junto a la valla trasera, bajo un gran pino. Yo me quedé temblando durante unos tres segundos antes de saltar tras ellas.

Fue como si me hubieran golpeado de la cabeza a los pies, o como si me hubieran picado miles de abejas, pero de una manera agradable, y con el corazón suspendido sentí cómo la nieve extinguía el calor de la *bania*. Y eso no fue todo, sino que tuve la sensación de haber hecho algo temerario, como lanzarme desde un alto trampolín o asaltar un tren, y haber salido airoso. El doloroso hormigueo demostraba que estaba vivo, que cada centímetro de mi ser estaba vivo, más vivo que nunca.

Esa es la verdad sobre los rusos que no comprendí hasta que file demasiado tarde: los rusos harán lo imposible, lo que crees que no pueden hacer, aquello que ni siquiera se te pasa por la cabeza. Incendiarán Moscú cuando los franceses se acerquen, o se envenenarán unos a otros en ciudades extranjeras. Lo harán, y luego se comportarán como si nada hubiese ocurrido. Y si vives en Rusia el tiempo suficiente, también tú lo harás.

Cuando nos levantamos, miré la nieve, ahora mate pero luminosa en la oscuridad, y para mis ojos debilitados por la ausencia de las gafas el hueco que el cuerpo de Masha había dejado en la nieve parecía tener la forma de un ángel. Regresamos corriendo a la cabaña, con los pies ateridos y el hielo prendiendo en nuestro pelo. Katia recogió sus cosas y corrió desnuda hacia la dacha. Yo cogí mis botas, pero Masha me las quitó, las dejó caer al suelo y me hizo entrar de nuevo en el calor.

—¿Teníais una *bania* en Murmansk? —le pregunté.

Apenas podía verla ya en la ardiente oscuridad.

—Sí —se limitó a responder.

Al principio me produjo una sensación extraña, fría como un cadáver a causa de la nieve en todas partes excepto la boca, pero húmeda y electrizante. Con ella me olvidé de todo, fue mi alud personal en la tenue atmósfera de la *bania*. En aquellos pocos minutos hizo desaparecer al repulsivo Cosaco, el despilfarro de mi treintena y todas mis dudas.

Me desperté en plena noche sin tener la menor idea de dónde me encontraba. Recuerdo que me tranquilicé con la idea de que estaba en mi cama, en Birmingham, en la última casa para estudiantes donde residí, en una de las calles más turbulentas de Edgbaston. Entonces vi a Masha dormida a mi lado, bajo el desgastado edredón en la estrecha cama del desván. Los sedosos cabellos rubios sobre las protuberancias de su columna brillaban a la luz de la luna que penetraba por la ventana, como una carta de amor escrita en su cuerpo con tinta invisible.

Tenía necesidad de orinar, la debilidad nocturna que me tendía una emboscada mediada la treintena: si te paras a pensar en ello, una temprana indicación en mi camino hacia la sepultura como las nuevas y terribles resacas que te machacaban la cabeza cuando eras veinteañera. En calzoncillos, bajé la crepitante escalera, pasé por delante de Katia, que dormía en el sofá, me calcé las botas, me puse el chaquetón y salí de la casa. Oriné y vi el calor animal de mi interior fundiendo la nieve ante mí. A la luz de la lima distinguí las hojas verdes sepultadas en el fondo del hoyo que había abierto en la blancura.

Ahora, cuando pienso en ello al escribir sobre mis años perdidos en Moscú, a pesar de lo que sucedió y de todo cuanto hice, aquella noche sigue pareciéndome la época más feliz, la época a la que siempre volvería si pudiera.

7

De tanto en tanto, cuando estaba en Moscú, oía en la calle o a través de una ventana —o creía oír— un sonido como el peculiar chirrido que producen los taxis negros londinenses cuando frenan para cruzar un badén o dar la vuelta a una esquina. De tanto en tanto me habría gustado que alguien me pidiera disculpas cuando le pisaba un pie en el metro, como lo hacen los pasajeros en el de Londres. Dada la persistencia de esos reflejos, creo que podría decir que una parte de mí añoraba Inglaterra. A veces deseaba de veras poder relajarme, aunque solo fuese durante una hora, en la familiaridad de ese ámbito donde se respeta la ley y el frenesí no está a flor de piel. Pero esa sensación nunca bastaba para que quisiera volver, ni siquiera al final. A decir verdad, Londres y Luton ya no eran mi hogar.

En la Nochebuena de aquel año me llevó al aeropuerto de Domodedovo, a través de la grisácea aguanieve, un taxista empeñado en dar a conocer su teoría científica de que las rusas eran las mujeres más atractivas del mundo, con la posible excepción de las venezolanas. Recuerdo que la teoría tenía algo que ver con la escasez de hombres que hubo en Rusia después de la guerra y con que estos pudieron elegir entre la abundancia de mujeres, quienes a su vez tuvieron hermosas hijas, y así sucesivamente. Alguien importante debía de estar moviéndose por la ciudad, porque los coches patrulla bloqueaban las calles, y nos quedamos atascados bajo el brazo extendido y cubierto de nieve de la estatua de Lenin en Oktiabrskaia. La superficie helada de la presa estaba salpicada de pescadores sentados al lado de los agujeros que habían practicado en

el hielo. En el aeropuerto, cuando me sellaban el pasaporte, experimenté la sensación de ligereza que todo el mundo siente aun cuando ame Moscú: la desaparición de esa opresiva carga formada por los groseros tenderos, los policías depredadores y el terrible clima, la ligereza que te embarga al abandonar Rusia.

Cuando llegamos a Londres ya era de noche. Desde el aire, las luces que destellaban a lo largo de las carreteras y el río, el resplandor de los estadios de fútbol, parecían una exhibición eléctrica exclusiva para mí, en mi honor, el héroe conquistador del derecho corporativo.

Tres horas después, en la casa adosada de mis padres en Luton, estaba dando gritos por dentro y bebiéndome el *whisky* escocés de supermercado de mi padre. Siempre hacen un esfuerzo, pero ya sabes cómo son, no puedes evitar una sensación de claustrofobia y soledad al mismo tiempo. Llegué antes que los demás y me acosté en el dormitorio que compartí con mi hermano hasta que se fue a la universidad. Mi madre repitió que quería visitarme, quería ver San Petersburgo, y me preguntó por el clima que hacía allí a principios de marzo. Frío, le dije, todavía muy frío. Me di cuenta de que a mi padre le dolía la espalda, pero se esforzaba por preguntarme cómo me iba el trabajo y si el presidente ruso era tan malo como decían los periódicos. No sé por qué, en el fondo, parecía siempre tan decepcionado conmigo. Tal vez se tratara de una cuestión moral, porque yo trabajaba más para ganar dinero que para hacer del mundo un lugar mejor. O tal vez se tratara de lo contrario, y yo, Moscú y el dinero que estaba ganando le recordaran todo lo que él nunca había hecho y nunca haría.

El día de Navidad mi hermano llegó de Reading con su mujer y sus hijos, William (el que te robó el iPod cuando celebrábamos el septuagésimo aniversario de mi padre) y Thomas, y mi hermana vino sola desde Londres. Nos hicimos los regalos habituales, impersonales y prácticos, calcetines, bufandas, cheques regalo de los grandes almacenes John Lewis. Yo había traído muñecas rusas y gorros de piel para los niños, y lo demás lo había comprado en el duty-free.

Podría haber sido agradable. No había ninguna razón para que no lo fuese. Pero habíamos seguido caminos diferentes y nos habíamos perdido mutuamente sin que hubiera quedado gran cosa en común, aparte de un par de anécdotas tontorronas, relacionadas con paseos en asno y atracones de helado, y que tú ya has escuchado una docena de veces, más algunos viejos resquemores que se recrudecen cuando estamos juntos como un picor fantasma. Hubo un tiempo en que, al menos a mi hermano y a mí, los niños nos parecieron como una segunda oportunidad, pero nos decepcionaron. Nos comimos el pavo y comentamos lo jugoso que estaba, encendimos el budín navideño para los niños, luego nos sentamos en los sofás de chintz de la sala llevando gorritos de papel ladeados, y después seguimos bebiendo diligentemente de una manera que podía conducirnos más al asesinato que a la auténtica alegría.

Tuvimos un animado intercambio sobre las nuevas restricciones de tráfico en el centro de la ciudad, y el ritual desacuerdo sobre si debíamos ver el mensaje navideño de la reina, como mi padre siempre quería hacer. Cuando sonó el teléfono fue como si oyera la sirena que indica el final de un bombardeo en un refugio antiaéreo.

—¿Qué tal Inglaterra, Kolia?

Me sentí eufórico pero también aturdido, como si estuviera mareado.

—Muy bien. ¿Y qué tal Moscú?

—Moscú es Moscú —respondió Masha—. Malas calles y mucho loco suelto. Te echo de menos. Cuando estoy en la tienda pienso en ti. Por la noche también pienso en ti, Kolia.

—*Sekundochku* —le dije: «Espera un segundo» en ruso, un camuflaje automático que sin duda era más incriminatorio que hablar en inglés.

Salí corriendo de la sala como si me hubiera llamado una novia adolescente. Fui a la cocina, donde mi madre había fijado los números telefónicos de sus vástagos en la nevera con un imán con la imagen de la catedral de Durham. Sobre el antepecho de la ventana había una guía de televisión con los programas navideños, y mi madre había marcado con un asterisco los que deseaba ver y que

para mí serían letales. Como siempre me había absorbido el salto en el tiempo de la familia, el rebobinado instantáneo que te lleva de regreso a los roles que dejaste atrás al crecer.

—También yo pienso en ti —le dije—. Le he hablado de ti a mi familia, Masha.

Esto último no era cierto, y se lo dije solo porque me pareció que le gustaría escucharlo. Pero no mentí al decirle que pensaba en ella. Consideraba ya nuestra relación como la vida real, mientras que todo lo demás me parecía ajeno y menos importante. Quería hablarle de todo lo que me había sucedido, como si de alguna manera, si ella no lo sabía, no hubiera sucedido. ¿Entiendes lo que quiero decir?

Le pregunté por Katia, por su madre en Murmansk y por Tatiana Vladimirovna.

—Por cierto, Kolia —me dijo—. ¿Podrías traerle algo a Tatiana Vladimirovna para el Año Nuevo? Me temo que no tendrá muchos regalos.

—Pues claro, faltaría más. Es una buena idea. ¿Qué podría comprarle?

—Ya se te ocurrirá algo, Kolia. Algo inglés.

La conversación fue más extensa y he olvidado la mayor parte, pero recuerdo que me dijo: «Nos veremos pronto, Kolia. Pienso en ti. Te quiero».

Regresé a la sala, y todos desviaron la mirada en un alarde de indiferencia. Me sentí atrapado, como sucede cuando te has acabado la comida que te sirven en el avión y conseguir que la azafata se lleve la bandeja para que puedas escapar parece ser lo único que importa en el mundo. Supongo que debajo de todo ello estaba la certeza de que podía volverme como mis padres, y el temor de que aún pudiera ser así… que, después de todo, quizá no lograra tener una vida propia.

Permanecimos sentados mirando a los niños, deseando que hicieran algo adorable o excéntrico. Aguanté hasta el día después de San Esteban, y entonces pedí que me cambiaran el vuelo de regreso, previsto para una semana después, a fin de volver a casa, a Moscú,

justo antes de Año Nuevo.

Me abrí paso apresuradamente entre la marabunta de esbeltos jóvenes rusos que forcejeaban para retirarlos equipajes de sus padres de las cintas transportadoras y entre la masa de taxistas con pinta de delincuentes en el vestíbulo de llegadas, sumiéndome en esa particular guerra cotidiana de Rusia, la guerra, de todos contra todos. Pasé ante los mostradores de facturación y compré un billete para el tren que enlazaba con la ciudad.

Habían llegado los grandes fríos, las temperaturas criogénicas que primero noté en los dientes, y luego en el resto del cuerpo, cuando salí del bochornoso paso subterráneo al gélido aire de la plaza Pushkin, tras haber viajado en el tren del aeropuerto y el metro. No hacía tanto frío cuando partí hacia Inglaterra, quizá unos diez grados bajo cero. Recuerdo que cuando caminaba por el Bulvar hacia mi piso el aliento se me helaba de una manera distinta a como lo hacía antes de Navidad, condensándose en una especie de niebla tangible. El trozo de piel expuesto de mi cara, entre el cuello del chaquetón subido y el sombrero encasquetado, me escoció primero y luego se quedó insensible. Las fosas nasales se me helaron, los pelos en su interior entrelazándose para sobrevivir. El termómetro electrónico en la fachada del McDonald's indicaba veintisiete grados bajo cero. Tan intenso era el frío que casi no había nadie fumando en las calles. La policía de tráfico llevaba anticuadas botas de fieltro, una antigua medida de precaución rusa que prevenía que se les congelaran los pies mientras rondaban por ahí extorsionando a la gente.

Llamé a Masha y convinimos en que pasaría la Nochevieja con ella y con Katia y, al menos al principio de la noche, con Tatiana Vladimirovna. Quedaban dos jornadas laborables antes de los diez días de vacaciones de Año Nuevo establecidos por ley, una parranda nacional a la que mis colegas se referían como «las vacaciones para esquiar del oligarca». No tenía nada que hacer, así que fui a la oficina al día siguiente de mi llegada.

—Ese jodido perito —dijo Paolo cuando entré en su despacho. Desde su ventanazos hombres de naranja paleando en la blanca extensión de la plaza Pavelétskaia parecían un ejército de airadas hormigas—. Ese jodido Cosaco.

—Feliz Año Nuevo, Paolo.

—Casi está terminado —siguió diciendo—. Tenemos al cliente casi satisfecho. Tenemos a todo el mundo casi satisfecho, salvo por ese perito. ¿Dónde se ha metido, Nicholas?

—No lo sé.

—A veces desearía no haber conocido al Cosaco en mi vida. ¿Para qué si no se financia un proyecto? ¿Y por qué precisamente las islas Vírgenes Británicas? Siempre las islas Vírgenes Británicas. Por cierto, ¿cómo estás?

8

Lo cierto es que en aquel entonces ni siquiera a los directivos financieros les importaba demasiado que los bancos para los que trabajaban recuperasen el dinero que prestaban. Ellos cobraban sus primas solo por soltarlo, y probablemente ya no estarían en ese puesto o habrían ascendido antes de que los rusos o quien fuese hubiera tenido ocasión de incumplir sus pagos. Todos los bancos occidentales ardían en deseos de hacer negocios en Moscú, porque eso era lo que hacían los demás, y a la mayor parte de ellos no parecía preocuparles mucho el destino de sus préstamos. La mitad de las veces, cuando concedían préstamos a una de las enormes empresas energéticas o metalúrgicas, los bancos entregaban el dinero sin ninguna garantía: los rusos nadaban en petrodólares, y al fin y al cabo los directivos sabían que a la larga serían incluso más ricos si cumplían con las cortesías de rigor… ¿cierto?

De todos modos, como la proyectada empresa del Cosaco era nueva y no tenía historial crediticio, era preciso cumplir con ciertas formalidades. Habíamos recibido las cartas del gobernador regional, en las que se comprometía a apoyar el proyecto. Narodneft había firmado unos acuerdos tranquilizadores acerca de la cantidad de petróleo que bombearía desde sus yacimientos en el norte hasta la terminal, una vez que esta entrara en servicio, y las tarifas de exportación que pagaría. Teníamos declaraciones del interés de posibles compradores del crudo en Holanda y Estados Unidos. Los bancos habían obtenido pólizas de seguros por riesgo político, que les protegían en caso de expropiaciones o golpes de Estado. El

contrato principal del préstamo no presentaba la menor fisura.

Sin embargo, esto no bastaba para qué los bancos entregaran la primera parte del dinero. También necesitábamos un informe del perito Viacheslav Alexándrovich en el que confirmara la idoneidad del lugar elegido para la terminal y el estado de las fases preliminares de la construcción. Lo necesitábamos con carácter de urgencia para que los bancos transfiriesen el dinero, creo que unos ciento cincuenta millones de dólares, antes de que finalizara el año.

El Cosaco quería el dinero sin dilación, aduciendo sus obligaciones hacia los obreros y los proveedores. Los banqueros querían dárselo, sobre todo porque si esperaban hasta el año siguiente sus primas del que finalizaba serían menores. Pero había surgido un contratiempo. A mediados de diciembre, Viacheslav Alexándrovich había viajado finalmente al Ártico. Y entonces desapareció.

En el bufete nos preocupaba la posibilidad de que se hubiera caído en un agujero abierto en el hielo o se hubiera hecho amigo de una mujer que no le convenía en el bar del hotel. El Cosaco nos dijo que en el hielo no había agujeros, y que estaba seguro de que no había ocurrido nada extraño. Quería que la víspera de Año Nuevo nos reuniéramos en la sede de Narodneft en Moscú para firmar los últimos documentos que debíamos enviar a Nueva York y Londres antes de que los bancos entregaran el dinero. Paolo accedió a ir. Dijo que le parecía una pérdida de tiempo, pero que de todos modos estaría allí a la hora fijada. Nos pidió a Serguéi Borisovich y a mí que le acompañáramos.

Narodneft es más un estado que una empresa. Además de sus pozos, oleoductos y petroleros, es propietaria de hoteles, aviones y equipos de fútbol, así como de sanatorios en el Cáucaso y una isla en el Caribe. Dispone de un submarino en el golfo de Finlandia y, según se rumorea, un par de satélites en el espacio. Controla burdeles ajustados a sus necesidades y asesinos a discreción. En aquel entonces se decía que financiaba a la mitad de los miembros del

Parlamento ruso. También presume de una extraña sede en el sur de Moscú, construida en la década de los años noventa, época en que resultaba evidente la máxima excentricidad de la arquitectura rusa: el edificio parece una nave espacial invertida. A primera hora de la mañana, debían de ser las ocho y media, Paolo, Serguéi y yo llegamos en su coche a la entrada de la sede. Era la víspera de Año Nuevo, la que iba a ser mi última Nochevieja en Rusia.

Normalmente, en invierno, puedes contar con veinte o treinta segundos de calor residual después de bajar de un vehículo o salir de un edificio, antes de que el calor interior se desvanezca y de repente notes el frío: una ilusión temporal de confort, como el tiempo extra que tiene un pollo decapitado para corretear antes de comprender que está muerto. Pero a veintisiete grados bajo cero careces de ese periodo de gracia. La nariz se me heló de inmediato y los ojos me lagrimearon. (Mientras estaba en Inglaterra, alguien de la oficina de la plaza Pavelétskaia se había quitado un guante para responder a una llamada y el móvil se le había quedado pegado a la palma). Nos dirigimos rápidamente a la garita de seguridad situada delante del complejo de Narodneft para que nos comprobaran los pasaportes, luego pasamos junto a las fuentes heladas del recinto ajardinado y entramos en el edificio principal. Una «encargada de recepción» pelirroja con minivestido verde nos acompañó al ascensor y nos hizo pasar a una sala de reuniones cerca del morro de la nave espacial. Allí había un aparador con botellas de vodka, vasos y trozos de arenque pinchados en palillos, y un ventanal desde el suelo al techo que ofrecía una vista panorámica de la gélida ciudad. El cielo era tan blanco como la nieve del suelo, tal vez más, porque los gases de combustión no llegaban tan lejos.

La joven tomó asiento en una de las butacas dispuestas a lo largo de la pared y nos sonrió. Serguéi Borisovich comió un poco de arenque. Aguardamos, simulando no mirarla.

Al cabo de una hora más o menos, hacia las nueve y media, entró el Cosaco. Le acompañaban dos abogados y un subdirector de Narodneft que parecía tener unos diecinueve años. Más adelante descubrí que era yerno del jefe de la inteligencia militar rusa. El

Cosaco le susurró algo a la chica y le dio una palmada en el trasero cuando se marchaba.

—¿Un poco de vodka? —preguntó en ruso.

—Total —dijo Serguéi Borisovich en inglés.

—No, gracias —decliné.

—Vamos —replicó el Cosaco—. Hoy es Nochevieja.

—Trabajemos primero —dijo Paolo—. Luego beberemos.

Si sabías detectar las señales, se notaba que Paolo era un veterano de Moscú. Se presentaba en las fiestas a medianoche, en el aeropuerto se abría paso sin contemplaciones como un animal en estampida hasta el control de pasaportes para evitar las colas, salía a fumar con temperaturas de veinte bajo cero y jamás se mostraba sorprendido ante nada.

—De acuerdo —dijo el Cosaco.

Nos sentamos a la mesa de conferencias. El Cosaco le susurró algo a uno de los abogados, el cual abandonó la sala durante cinco minutos y volvió. Tuvimos una desganada conversación sobre aspectos técnicos. Al cabo de unos veinte minutos, sonó el móvil de Paolo.

—Tal vez sean buenas noticias —comentó el Cosaco.

Paolo respondió, se puso en pie y se acercó al ventanal para hablar. «¿Dónde estás?», le oí preguntar, y soltó un juramento en italiano. Tapó el móvil con la mano y preguntó cuál era el número de teléfono de la sala. Un miembro de Narodneft se lo dijo, él lo repitió y colgó.

—Era Viacheslav Alexándrovich —dijo Paolo, mientras se sentaba de nuevo—. Está en Sochi. —Puede que ya lo sepas, pero Sochi se encuentra en la costa del mar Negro, a unos tres mil kilómetros de donde Viacheslav Alexándrovich debería estar—. Va a llamar aquí.

Sonó un teléfono en medio de la mesa de conferencias. El Cosaco extendió la mano y encendió el altavoz.

Viacheslav Alexándrovich nos dijo que lo sentía mucho y que le perdonáramos, que había tenido una emergencia familiar y que nunca volvería a ocurrir. Pero no debíamos preocuparnos, pues

había estado en el Ártico con sus ayudantes, se había pasado casi una semana allí, y la situación era normal. El grupo constructor iba muy adelantado con el programa y se atenía al presupuesto. Habían empezado a soldar el oleoducto que se extendería desde la costa hasta la terminal flotante, los primeros componentes de la estación de bombeo en tierra habían llegado y los ensamblarían en cuanto el tiempo mejorase. El superpetrolero estaba en dique seco y habían iniciado su reconversión (el casco adaptado para recibir el petróleo del oleoducto por un lado y bombearlo a los barcos receptores por el otro). Habían identificado los puntos del fondo marino donde hundirían las doce anclas permanentes. Todo esto figuraba en su informe oficial. Ahora estaba ultimando los detalles y muy pronto lo imprimiría y nos lo enviaría. Habló durante unos veinte minutos, desgranando medidas y estadísticas, decibares, barriles por día, metros por segundo, toneladas por año. Nos pidió de nuevo disculpas y colgó.

Paolo, Serguéi Borisovich y yo echamos nuestras sillas hacia atrás para hablar.

—¿Es correcto? —me murmuró Paolo.

—Desde luego, es conveniente —respondí.

—¿Y qué está haciendo en Sochi? —intervino Serguéi Borisovich.

—Por otro lado —dijo Paolo—, sabe de qué está hablando. ¿Qué diferencia hay en realidad entre una llamada telefónica y su informe?

—Tenemos las demás garantías —convine.

—Y es Nochevieja —concluyó Serguéi Borisovich.

Ya no recuerdo con exactitud lo que pensábamos en aquella reunión. Estoy seguro de que deseábamos dar a los banqueros lo que sabíamos que querían, que resolviéramos sus problemas y no descubriésemos otros nuevos. Eramos conscientes de que el Cosaco era un oportunista sin escrúpulos.

Por otro lado, según los arbitrarios parámetros de aquella época, el asunto no era tan irregular. Habíamos trabajado con Viacheslav Alexándrovich en otras ocasiones. Todo el papeleo estaba en orden.

Y, lo que era más importante, Narodneft estaba detrás del proyecto, aunque no fuese legalmente responsable, y puesto que pronto iba a cotizar en la bolsa internacional, imaginábamos que tendría mucho cuidado con su reputación. Y para una empresa tan formidable el pago de las cuotas sería calderilla: probablemente sus ejecutivos gastaban casi lo mismo cada año llevando en *jet* privado a sus esposas de compras a París. Narodneft estaba detrás del proyecto, y en algún punto, detrás de Narodneft, estaba el presidente de Rusia. Supongo que comprendimos que Steve Walsh tenía razón, y que el Cosaco y sus amigos en el Kremlim, en el FSB o donde fuese barrerían un poco para casa. Pero estoy seguro de que, sin duda, creíamos que nuestros bancos estarían a salvo.

Al final Paolo tomó la decisión.

—De acuerdo —dijo—. Hagámoslo.

Fue hasta el ventanal para despertar por teléfono en su cama de Manhattan al banquero principal y darle la buena noticia. Los rusos se acercaron al vodka y el arenque. Brindamos.

Todo el mundo estaba contento. Los bancos estaban contentos, al igual que Paolo y el Cosaco. Este no ocultaba su enorme satisfacción. Nos dijo que Paolo y yo estábamos invitados a ir de caza con él a las montañas Altai. Nos enseñaría a disparar un lanzagranadas. Quiso saber cuál era mi película de James Bond preferida. ¿Era cierto todo lo que se decía de Freddie Mercury? Al mirar atrás, creo que su manera de hacer las cosas le parecía normal: era normal que bebiéramos juntos, bromeáramos y habláramos de nuestras familias, y que luego hiciéramos lo que en cualquier caso era preciso hacer. Creo que él pensaba que éramos amigos.

—Bueno, Nicholas —me dijo el Cosaco—. ¿Cuándo vas a venir a vernos? Tu nueva esposa te está esperando. Aunque, por otra parte —añadió—, tus esposas moscovitas también me gustaron mucho.

Me hizo un guiño rápido, vagamente chantajista, y se bebió otro vasito de vodka.

Paolo nos llevó a todos al Camello Risueño del Desierto, un

restaurante uzbeko en Neglinnaya, para celebrar el acuerdo con una comida. Para ir allí, Serguéi Borisovich y yo cogimos un Volga que pasaba por delante de la torre de Pavelétskaia. El conductor, de una jovialidad exuberante, estaba intentando aprender inglés: sacó de la guantera un libro de ejercicios y lo apoyó en el volante para anotar de vez en cuando palabras cuyo sonido le gustaba («almuerzo… Salvaje Oeste… préstamo sin garantía… compra con financiación ajena… Exxon-Mobil»). Debía de estar conduciendo mediante un sonar. A la entrada del restaurante había un tembloroso portero negro con un uniforme blanco afelpado. En el guardarropa, un par de gallitos condenados arañaban sus minúsculas jaulas, dispuestos a sacarse mutuamente los ojos durante el banquete de Nochevieja. En el comedor había dos bailarinas del vientre. Una de ellas era una ágil e impetuosa rubia que parecía más una *stripper* fuera de servicio que una bailarina del vientre, con una guirnalda de billetes de cien rublos asomando ya por la parte superior de las bragas. La otra era una morena auténtica y gordita que movía por turno cada zona de su vientre y a la que nadie prestaba atención.

Olga la Tártara se mostró muy amigable, echando el aliento en mis gafas y luego limpiándolas, pero yo debía de emitir unas feromonas que advertían de que no estaba disponible, o eso o me olía mal el aliento, porque enseguida me dejó para concentrarse en Paolo. Durante la comida Serguéi Borisovich nos habló de sus esfuerzos por librarse del servicio militar, que en Rusia parece básicamente un pretexto para el sadismo en masa y el trabajo esclavista. Dijo que su familia había tenido dos opciones: pagar al oficial de la caja de reclutas para que lo eximiera del servicio, o pagar a un médico corrupto para que lo declarase inútil. Serguéi Borisovich nos contó que pagaron diez mil dólares al oficial, pero el tipo les traicionó y lo reclutó de todos modos, así que finalmente tuvieron que pagar también al médico.

—¿Qué pensaste después? —le pregunté—. Sobre el ejército, quiero decir. Y, ya sabes, sobre Rusia. Después de que el oficial te engañara.

Serguéi Borisovich desvió sus inexpresivos ojos de patata y se

quedó pensativo durante unos veinte segundos.

—Bueno —dijo al fin—, probablemente debería haber pagado primero al médico.

Entonces, creo que justo en ese momento la vi: vi a Katia. Servía las mesas en el otro lado del restaurante. Llevaba una corta falda negra de camarera y una blusa blanca, el cabello recogido en una pulcra trenza. Al principio no estuve seguro de que fuese ella, pero al cerciorarme me levanté y le salí al paso cuando iba a la cocina con una bandeja que contenía restos de fruta.

—Hola, Katia —la saludé.

—Nos vemos fuera dentro de dos minutos —me dijo en ruso—. En la salida de incendios, junto a la barra.

Era un suicidio estar en la calle con semejante frío. Al salir con su uniforme de camarera y el abrigo de alguien por encima, Katia se rodeó el cuerpo con los brazos.

—Escucha, Kolia —me dijo de inmediato, nuevamente en inglés y con algo más de aplomo—, no le digas a Masha que me has visto aquí. Por favor, Kolia. Necesito más dinero para pagar mis estudios, pero Masha no sabe que trabajo. Podría enfadarse si se entera de que no dedico todo el tiempo a estudiar.

Me puso la mano, encogida dentro de la manga del abrigo, justo por encima de la cadera, y me miró sin sonreír. Si permanecíamos allí un minuto más, el frio nos dejaría sin extremidades.

—De acuerdo —le dije. Me dio lástima, y esa debía de ser una de las cosas que ella quería que sintiera: lástima porque trabajaba en secreto además de estudiar, lástima porque había sacado en la vida una pajita más corta que la mía—. Te lo prometo. Nos veremos esta noche.

Regresamos adentro. Más tarde, cuando nuestro taxi regresaba entre el tráfico a la torre de la Pavelétskaia, tuve uno de esos momentos de reflexión a medias propiciado por la bebida que, en el momento de producirse, *tomas por una* intuición. Pensé que aquellos rusos, con sus ventanillas tintadas y sus Uzis, no eran más que criaturas. Todos aquellos indicios adolescentes de violencia, desde los guardaespaldas hasta el Cosaco y el belicoso presidente. Pensé

entonces que, a pesar de su espíritu mundano y su dolor, los rusos no son más que criaturas.

—Qué lástima —bromeó Tatiana Vladimirovna cuando estábamos todos sentados en su demasiado caldeada sala—. Un invierno como este y ninguna guerra.

Eran cerca de las nueve de la noche de aquel mismo día, la víspera de Año Nuevo. Fuera, en el Bulvar y alrededor del estanque, había adolescentes que gritaban y se tiraban petardos. Katia se había quitado el uniforme de camarera y, al igual que Masha, llevaba falda, una indicación de que luego saldrían a alguna parte. Masha se había hecho un peinado que no le había visto hasta entonces, el cabello recogido detrás de la cabeza en una coleta enroscada, que realzaba sus ojos verdes y las prietas líneas de su boca. Al saludarnos me había besado en el lóbulo de la oreja. Tatiana Vladimirovna había vuelto a echar la casa por la ventana con la cena. Cuando le di las cosas que le había comprado en Londres (galletas de mantequilla escocesas, chocolate inglés y té Earl Grey en una lata pintada para que pareciera un autobús de dos pisos), por un momento pensé que se echaría a llorar.

Puso la lata de té en el estante junto a las fotos en blanco y negro en las que ella aparecía al lado de Piotr Arkádievich. Tras la comida en el restaurante, había conseguido despejarme justo a tiempo para los brindis de la noche. Brindamos por el año nuevo, por el amor y por la amistad anglorrusa. Al entrechocar los vasos, a Katia se le alzó la blusa y recuerdo haberme fijado en que se había hecho un *piercing* en el ombligo.

Hablamos del plan de intercambio de pisos.

Tatiana Vladimirovna estaba entusiasmada pero nerviosa. ¿Dónde haría la compra?, preguntó. ¿Y si nunca terminaban el edificio de Butovo? Era cierto que le gustaría marcharse del centro de la ciudad, pues era mayor y estaba cansada, pero por otro lado llevaba allí muchísimo tiempo y aquel entorno era lo único que conocía.

Masha replicó que Stepán Mijáilovich tenía la certeza de que el edificio de Butovo estaría finalizado en abril, aunque para mayor seguridad deberían esperar a finales de mayo o comienzos de junio antes de firmar el contrato definitivo. En cualquier caso, Tatiana Vladimirovna estaría instalada allí cuando empezara el verano.

Luego explicó que Tatiana Vladimirovna y Stepán Mijáilovich tenían que conseguir varios documentos importantes antes de que cerrasen el trato. Necesitaban papeles que demostrasen la propiedad de los dos pisos y que la privatización de la vivienda de Tatiana Vladimirovna había sido legítima. También un certificado donde se asegurase que el edificio no sería derribado en uno de los grandes expolios arquitectónicos de Moscú: el alcalde condenaba sumariamente a muerte un edificio, y su hermano recibía una sustanciosa comisión para construir otro en el mismo solar. Necesitaban un documento en el que se confirmara que nadie, aparte de Tatiana Vladimirovna, estaba registrado en el piso de esta: nadie que, por ejemplo, estuviera en la cárcel, o un cónyuge separado que pudiera presentarse y reclamar su derecho de residencia. (Verás, en Rusia todavía no puedes vivir donde quieras, no puedes irte a vivir sin más donde se te antoje, como hicimos tú y yo en Kennington. Tienes que empadronarte en un domicilio determinado, de modo que las autoridades sepan dónde encontrarte). También necesitaban certificados técnicos de ambos pisos, en los que aparecieran los planos, las cañerías, la estructura de los edificios, etcétera. Por último, necesitaban el contrato legal. Masha dijo que, por lo general, de todo eso se encargaba un agente inmobiliario por una tarifa demencial.

—Pero tú ayudarás a Tatiana Vladimirovna en las cuestiones legales, ¿verdad, Kolia?

—Sí, claro —respondí.

Le había prometido en la *bania* que así lo haría, y ninguno de los dos lo había olvidado.

—Eres un auténtico caballero inglés —dijo Tatiana Vladimirovna—. Qué suerte tenemos de haberte conocido.

—No tiene importancia —repliqué.

Convinimos en que, el primer día después de las largas vacaciones de Año Nuevo, a primera hora de la mañana, iríamos a la notaría para obtener un poder que me permitiera actuar en nombre de Tatiana Vladimirovna.

Poco antes de medianoche, Tatiana Vladimirovna abrió una botella de un empalagoso champán de Crimea, y contemplamos los fuegos artificiales que estallaban por encima del mágico edificio junto al estanque.

—Que Dios te lo pague —dijo Tatiana Valdímirovna.

Nos marchamos en cuanto pudimos sin ser descorteses, o quizá incluso antes, y paramos un taxi conducido por un adolescente granujiento que no parecía tener más de dieciséis años. Nos llevó por el Bulvar y a través de Tvérskaia, pasamos ante los casinos de la Novi Arbat, que brillaban en la noche invernal como un oasis en un desierto ártico, y cruzamos el río congelado hasta llegar al hotel Ukraina.

El hotel ocupaba una de las grandes torres góticas construidas en Moscú durante la época de Stalin, con mugrientas estatuas en la fachada y, en el interior, gángsters georgianos, prostitutas moldavas de segunda y universitarios europeos que parecían fuera de lugar. Rodeamos el edificio por la acera helada, las chicas horadando el hielo con sus altos tacones, y, en la parte trasera del hotel, subimos por una escalera de incendios y pulsamos un timbre. Masha repitió la contraseña que le había dado un colega suyo y entramos en un gigantesco club nocturno clandestino.

Salimos hacia las cuatro de la madrugada. Masha vino a mi piso y Katia se marchó adentrándose sola en el gélido primer día del año. Intenté convencer a Masha de que me llevara a su apartamento, pero no hubo manera. Nunca quería. Por entonces yo pensaba que se trataba de una simple y llana versión de la vergüenza.

9

A primera hora de la mañana del primer día después de las vacaciones de Año Nuevo (creo que debió de ser hacia el 10 de enero), fui al notario con Tatiana Vladimirovna, como habíamos convenido, para conseguir el poder notarial. Aquella mañana Masha tenía que trabajar en la tienda, pero Katia nos acompañó. Fue nuestra carabina.

Los notarios constituyen una de las principales profesiones de Moscú, como los promotores inmobiliarios, los propietarios de restaurantes georgianos y las prostitutas. Se trata de funcionarios esencialmente inútiles, una reliquia del zarismo, cuya tarea consiste en expedir y sellar los documentos legales que necesitas para hacerlo casi todo en Rusia. La notaría a la que los tres acudimos aquella mañana estaba oculta en el interior del edificio de un antiguo circo, al norte del centro de la ciudad. Supongo que cuando cesó la música, el imperio del mal se vino abajo y los rusos se miraron unos a otros durante una fracción de segundo antes de agarrar todo lo que pudieran, aquellos notarios consiguieron hacerse con un espacio que antaño había albergado a una *troupe* de acróbatas o de domadores de leones.

Caminamos resbalando por la acera en el exterior del circo, Tatiana Vladimirovna moviéndose por el hielo más rápido de lo que yo podía moverme, pues en invierno se encontraba en su elemento como un pingüino en el agua. Avanzamos por el oscuro pasillo del edificio y nos sentamos en la sala de espera de la notaría. En la pared había un gran y arrogante mapa de la Unión Soviética. Creo

que parte del trabajo de aquella gente consistía en hacernos esperar. Todo ruso que tenga poder sobre ti (notario, conductor de ambulancia, camarero) está obligado a hacerte esperar antes de que pueda ayudarte, para hacerte saber que puede hacerlo.

Mientras estábamos allí sentados, Tatiana Vladimirovna me contó que más de cuarenta años atrás había ido a aquel mismo circo. Dijo que tenía dos elefantes y un león.

—Uno de los elefantes se levantaba sobre las patas traseras —recordó, sonriente, poniendo las manos como las patitas de un hámster para mostrar lo que hacía el paquidermo—, y cuando vimos a aquel elefante Piotr Arkádievich y yo supimos que estábamos ya en Moscú. Supimos que Moscú era realmente la capital del mundo. ¡Un elefante!

Le pregunté si añoraba Siberia o el pueblo en las afueras de Leningrado donde creció.

—Pues claro —dijo—. El bosque. Y la gente. En Siberia la gente es distinta. Y en Moscú también aprendí otras cosas, cosas que tal vez habría sido mejor no saber. No había solo elefantes.

Katia alzó la vista del épico mensaje de texto que había estado componiendo en su móvil y le pidió a Tatiana Vladimirovna que no me aburriera. Le dije que no me aburría, que todo aquello era interesante para mí. Esa era una de las cosas que me gustaba pensar de mí mismo en Moscú: que estaba interesado, que aquello iba conmigo, que de alguna manera era más noble que la mayoría de los demás abogados expatriados, que generalmente solo se quedaban allí dos o tres años, ajenos a lo que les rodeaba, y luego se marchaban para trabajar con sinvergüenzas más acreditados en Londres o Nueva York, a veces como socios en Picapleitos y Cía. o donde fuese, llevándose consigo un buen saldo bancario en un paraíso fiscal y un puñado de anécdotas del Salvaje Este de faldas y Kalashnikov para consolarse en sus trayectos de casa al trabajo y viceversa.

Le pregunté cómo había vivido todo aquello, la época de Stalin, la guerra y lo demás. Sé que era una pregunta estúpida, pero la más importante.

—Había tres reglas —respondió ella—. Si obedecías esas reglas

y tenías suerte, podías vivir. —Las contó con los dedos cortos y arrugados de una mano—. En primer lugar, no te creas nunca nada de lo que dicen. En segundo lugar, no tengas miedo. Y en tercer lugar, jamás aceptes favores de nadie.

—Excepto el piso —le dije.

—Sí, excepto el piso.

—¿Qué decís del piso? —intervino Katia, alzando la vista de nuevo.

—Nada —respondió Tatiana Vladimirovna, sonriendo.

Le pregunté qué pensaba del actual presidente con pinta de comadreja (un asesino de masas, como todos los líderes rusos, por lo que yo sé). Me dijo que era un buen hombre, pero era solo un buen hombre contra muchos malos, y no podía resolver él solo todos los problemas del país. Bajó la voz y miró a su alrededor, aun cuando hablaba del presidente con buenas palabras. Le pregunté si no le importaba que quienes tenían alguna responsabilidad pública dedicasen la mitad de su tiempo a robar. Respondió que sí, por supuesto, claro que le importaba, pero no tenía sentido poner a nuevos dirigentes en el Kremlin, porque no harían más que empezar a robar de nuevo. Al menos los que estaban ahora en el poder ya eran ricos, y podían permitirse pensar de vez en cuando en otras cosas.

También le pregunté si ahora se vivía mejor que antes. Me dijo que sí, que las cosas habían mejorado, desde luego para algunas personas eran mejores. Sin duda eran mejores para los jóvenes, añadió, mirando a Katia con una sonrisa.

Guardamos silencio. Entonces el móvil de Katia emitió un sonido. Ella leyó el mensaje y frunció el ceño.

—He de irme —dijo. Se inclinó hacia mí hasta que noté su respiración en la oreja, y me susurró en inglés—: Por favor, Kolia, no le digas a Masha que os he dejado. Tengo que ir a la universidad. —Se levantó y, también en inglés, para que Tatiana Vladimirovna no la entendiera, añadió—: Recuerda, Kolia, que es vieja y a veces comete errores.

Se puso el abrigo y se marchó.

Solo en otra ocasión estuve a solas con Tatiana Vladimirovna, aparte de aquel cuarto de hora en la extraña sala de espera del circo antes de que el notario nos llamara. Ahora veo que aquella segunda vez ya era demasiado tarde, estaba metido hasta el cuello, me había convertido en alguien muy distinto del que era antes. Pero creo, así lo espero, que aquella mañana de enero aún no se había producido ese cambio. Estoy seguro, o una vez más así lo espero, de que las cosas habrían sido diferentes si le hubiera hecho un par de sencillas preguntas, en lugar de permanecer allí sentado en silencio, sonriendo y observando la nieve derretida que se desprendía de nuestras botas y se deslizaba por el *parquet*.

Al final le pregunté por el amigo de Oleg Nikolaevich.

—Me gustaría preguntarte por alguien, Tatiana Vladimirovna. Ya sé que es muy poco probable, pero ¿conoces a un anciano llamado Konstantin Andréievich? Vive en la misma zona que yo.

—Espera un momento —replicó ella. Cerró los ojos y se apretó las sienes con los dedos—, Konstantin Andréievich… No estoy segura. ¿Quién es?

—Un amigo de mi vecino Oleg Nikoláevich. No conseguimos encontrarlo.

—No —dijo—, creo que no. Lo siento.

Volvimos a quedarnos callados.

—Gracias de nuevo por las galletas y el té —dijo Tatiana Vladimirovna para romper el silencio—. Es maravilloso poder disfrutar de una especialidad inglesa.

—Tal vez algún día puedas ir a Inglaterra —le dije—. El palacio de Buckingham, la Torre de Londres…

—Tal vez.

En esos momentos nos llamaron.

—Que pase el siguiente.

Había dos mujeres sentadas ante sendos escritorios en una estrecha habitación. Recuerdo que había una sola ventana, a través de cuyos herrumbrosos barrotes se veía el blanco grisáceo de la calle. Era un hermoso día de mediados de invierno, el cielo tan puro y brillante como el azul del Mediterráneo que vimos tú y yo durante

aquellas vacaciones en Italia. La mujer sentada a la mesa de la derecha parecía joven, una especie de eslabón perdido entre los seres humanos normales y los notarios. La mayor, la jefa (con sobrepeso, gafas, rebeca y un lunar peludo), era tan grosera que, de haber estado en otro país, habrías pensado que se trataba de uno de esos montajes de cámara oculta.

Tomó nuestros pasaportes y se puso a rellenar el formulario del poder notarial. Soltó un gruñido de júbilo al ver que el nombre en mi pasaporte era distinto del que yo había anotado al registrarme en la entrada, y pareció alicaída cuando le expliqué que eso se debía a que en el pasaporte el apellido figuraba en primer lugar. Una vez cumplimentados los documentos, selló como unas treinta veces nuestras dos copias, las empujó sobre la mesa sin alzar la vista y nos dijo que pagáramos cuatrocientos rublos a su ayudante. Tatiana Vladimirovna tomó una copia y yo la otra. Aquello significaba que yo podía tramitar y firmar en su nombre todo el papeleo que comportaba el intercambio del piso. Ahora el plan del intercambio era también mi plan.

Volvimos a coger el metro, para que Tatiana Vladimirovna se fuera a casa y yo, con retraso, al trabajo. Al despedirnos, me dio las gracias y me besó en ambas mejillas. Se alejó caminando bamboleante hacia las escaleras mecánicas.

Por alguna razón se me quedó grabado en la mente —a la manera en que esas cosas se te graban sin que tú lo desees, a veces, tal vez especialmente, cuando no lo deseas—, que dos hombres estaban discutiendo junto a la taquilla del metro. Uno de ellos era un hombretón ruso, el otro un furibundo georgiano con la cabeza rapada y cuerpo casi esférico, y el ruso le decía una y otra vez, alzando mucho la voz: «Dame el cuchillo, Nika, dame el cuchillo».

Aquella noche encontré a Oleg Nikolaevich esperando en el descansillo con expresión afligida. Comprendí que me esperaba porque no llevaba abrigo ni sombrero, y no iba a salir ni volvía de ninguna parte. Permanecía de pie ante su puerta, con el aspecto de

un familiar que aguarda a que el médico le dé malas noticias. Intentó sonreír y me preguntó cómo estaba. Le dije que bien pero muy cansado. Él no se movió.

—Debo pedirte tu ayuda una vez más, Nikolai Ivanovich —me dijo.

Supe que se trataba del viejo.

—Disculpa, Oleg Nikoláevich, pero ¿qué más puedo hacer?

—Por favor, Nikolái Ivánovich. Ve al edificio de mi amigo. Solo a echar un vistazo. Creo que hay alguien en su piso. Estaba en la escalera y les he oído bajar. Por favor.

Le miré a los ojos y él apartó la mirada. Me di cuenta de que le avergonzaba pedirme ayuda. Al rememorarlo ahora creo que en cierto modo, para él, no se trataba tanto de su amigo como de resistirse al cambio, de luchar contra el tiempo. Creo que solo quería mantener su vida tan reconocible como pudiera mientras le fuese posible: su amigo, su gato, sus libros, sus modales. Creo que por eso permanecía en su piso del centro en vez de alquilarlo y vivir de las rentas, como hacían la mayoría de los rusos que disponían de un apartamento como aquel (y cuyos bienes menos tangibles se habían desvanecido en la carnicería económica de los años noventa). Oleg Nikoláevich quería parar el reloj.

—De acuerdo —le dije al cabo—. Dime dónde vive.

Él me dio la dirección, y todavía la recuerdo: Kalíninskaia, número 9, piso 32 (una pequeña bocacalle entre mi edificio y el Bulvar junto a la fachada lateral de la iglesia).

—¿Así que al salir a la derecha, giro en la primera calle a la izquierda y ahí está, junto a la iglesia?

—En Rusia no hay calles, solo direcciones —respondió Oleg Nikoláevich.

Me puse el sombrero y los guantes y bajé las escaleras. Caminé por mi calle hacia el Bulvar y giré en Kalíninskaia. Estaba oscuro, y los únicos seres vivos que vi allá fuera fueron unos gordos cuervos reunidos alrededor de un cubo de basura. El hielo que se había

formado bajo las cañerías de desagüe en las fachadas de los edificios destellaba bajo las farolas.

Cuando llegué a la entrada del bloque de Konstantin Andréievich, hice lo que hace la gente sin techo de Moscú en las fatales noches de invierno: llamar a los timbres de todos los pisos, con la esperanza de que alguien, por descuido o compasión o en estado de embriaguez, les deje entrar para dormir en el portal. Alguien respondió y me mandó a la mierda, pero aun así abrió la puerta, tal vez por accidente, y subí la escalera en espiral alrededor del hueco del ascensor hasta llegar a la tercera planta. Encontré la puerta de Konstantin Andréievich.

Podía oírlo respirar. Toqué el timbre y escuché la voz de un hombre mascullando algo y el chirrido de sus zapatos sobre el inevitable *parquet*. Le oí detenerse a unos veinte centímetros de la puerta, y después el crujir de una chaqueta de cuero cuando se inclinó hacia delante para examinarme a través de la mirilla. A juzgar por su jadeo, era un fumador empedernido. Estaba lo suficientemente cerca para estrecharme la mano, o para rajarme el cuello.

Permanecimos así, uno frente al otro con la puerta entre ambos, durante lo que me pareció una eternidad, pero que probablemente no fueron más de treinta segundos. Entonces emitió un ruido como de arcada y escupió. Era como si quienquiera que fuese se sintiera obligado a fingir que no estaba allí, pero al mismo tiempo quisiera dejar claro que no le importaba gran cosa que alguien como yo supiera que estaba. Me di la vuelta y bajé por la escalera, primero con lentitud y después a toda prisa, dos y tres escalones a la vez, de la manera en que huirías de un oso, confiando en que no se percate de lo asustado que estás.

En la planta baja me encontré a una anciana que sacaba el correo de uno de los maltrechos buzones.

—Disculpe —le dije en ruso—, ¿sabe usted quién está viviendo en el piso treinta y dos… el de Konstantin Andréievich?

—Cuanto menos sepa, más tiempo vivirá —respondió ella sin mirarme.

—Por favor —le dije.

Ella se volvió a mirarme. Tenía unos ojos penetrantes y pelos blancos en la barbilla.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Nicholas Platt. Soy amigo de Konstantin Andréievich.

—Señorrr Platt —dijo—, creo que quien está en el piso es su hijo. Eso es lo que me han dicho.

—¿Le ha visto usted?

—Puede.

—¿Qué aspecto tiene?

—No lo recuerdo.

En la calle el viento Soplaba a través de los cañones formados por las antiguas casas de mercaderes, arrojándome la nieve en la cara y haciendo que mi nariz moqueara y mis ojos lagrimeasen. Me había olvidado de ponerme el gorro, y si me entretenía demasiado podía perder una oreja. Subí las escaleras de mi edificio esparciendo un reguero de nieve de mis botas y llamé al timbre de Oleg Nikoláevich.

—Oleg Nikoláevich —le pregunté cuando abrió la puerta—, ¿Konstantin Andréievich tiene un hijo?

Oleg Nikoláevich negó con la cabeza.

Entonces, como seguíamos allí plantados, como no sabía qué otra cosa decir pero quería decir algo, y como de repente se me ocurrió que no lo sabía, le pregunté cómo se llamaba su gato.

—Se llama George —respondió Oleg Nikoláevich, y se dio la vuelta.

10

—¿Sabes cómo lo hacen? ¿Cómo lo hacen los tipos serios? Primero buscan a un borracho o un vagabundo y le dan quinientos dólares, una foto de la víctima, y le prometen otros quinientos una vez que haya hecho el trabajo. El vagabundo se dice: qué diablos, eso bastará para costearme las anfetaminas y el anticongelante durante un año, así que se carga a la víctima en el umbral de su casa o en un callejón con un cuchillo o un martillo. Si quiere montárselo a lo grande, tal vez use una de esas pistolas de aire comprimido que convierten en auténticas armas en algunos talleres de Lituania.

—¿Por qué Lituania?

—Escucha, la cosa no acaba ahí. Ahora viene la parte más brillante, Nick. Entonces el cliente le paga diez mil dólares a un profesional para que liquide también al vagabundo, limpiamente, ¿sabes?, con silenciador y tiro de gracia en la cabeza, todo un lujo. De ese modo no queda nada que vincule al diente con el blanco original. *Finito*.

Recuerdo que en ese punto Steve Walsh se interrumpió para devorar con los ojos a dos pelirrojas de largas piernas que se perseguían alrededor de una barra de *striptease* por detrás de mi hombro izquierdo, una de ellas disfrazada de coneja (orejas con elástico, velluda cola blanca) y la otra de osa (garras, sujetador de piel de oso, pequeño hocico marrón). Safari Russki, creo que se llamaba el local de *striptease*. Era el favorito de Steve, en algún lugar de la Komsomolsky Prospekt.

—Uau —dijo, y se llevó el vaso a los labios.

Había empezado a contarme su estremecedora historia sobre los asesinatos cuando le pregunté qué había pasado con el reportaje sobre el gran complejo energético en el que estaba trabajando en otoño. Me explicó que lo habían rechazado, porque a los directores del periódico les asustaron las amenazas por difamación. Pero siguió contándome que había estado en Siberia, en uno de esos recónditos distritos rusos que triplican el tamaño de Europa. Por lo visto, la temperatura allí era de treinta y siete grados bajo cero, y a punto había estado de perder los dedos de los pies. Había ido allí porque, aproximadamente un mes atrás, al gobernador de la región se le había subido la sangre a la cabeza: había tomado enérgicas medidas contra la corrupción e irritado a alguien en el Ministerio del Interior, y poco después lo habían encontrado muerto en la *bania* que tenía al fondo de su jardín. Steve me explicó que se trataba de un suicidio, al menos según la fiscalía y los periódicos locales. El gobernador se había disparado en la cabeza… dos veces.

Ambos nos echamos a reír. Al cabo de un tiempo aprendes a reírte.

Así pues, había empezado a contarme cómo funcionaba el mercado ruso de los asesinatos por encargo. Me dijo que el precio había aumentado. Podías tratar de contratar a un rebelde checheno retirado, pero tenías que hacerlo a través de sus amigos en el ejército ruso que le vendían las armas, y eso incrementaba la factura. Por otra parte, Steve aseguraba que, en la actualidad, para encontrar a un asesino competente por menos de diez mil dólares tenías que irte a Yekaterinburg o a Kaluga. La inflación, me dijo. Terrible, comenté.

La osa capturó a la coneja, o viceversa, y se pusieron a devorarse mutuamente. Cuando terminaron, una rubia que solo llevaba unas gafas de aviador y zapatos de tacón alto se colgó por los tobillos de la barra que iba del suelo al techo. Steve tomó un jubiloso trago de vino tinto.

Debo admitir que durante más o menos mi primer año de estancia en Moscú frecuenté con bastante asiduidad los locales de *striptease* como aquel: el Reina de las Nieves, el Pigalle, el Kama Sut-Bar. Era algo que prácticamente formaba parte de mi trabajo.

Antes, cuando vivía en Londres, una o dos veces había ido con otros hombres, nunca solo, a un local de Clerkenwell donde las chicas se sentaban en tus rodillas mientras bailaban, pero en Moscú todo el que tenía una verga y una tarjeta de crédito parecía dedicar por lo menos una noche a la semana a meter rublos bajo cintas de tanga, todos los abogados y banqueros expatriados y la mitad de los hombres rusos que podían permitírselo. Sin embargo, aquel invierno había empezado a parecerme un poco degradante… degradante para mí, no para las chicas. La verdad es que no creo que pensara en las chicas. Además, en una desagradable ocasión el barman me cargó en la cuenta unos cócteles carísimos que no había tomado, y cuando me puse a discutir los gorilas me sacaron a un pequeño patio junto a la cocina y, agarrándome del pelo, me hicieron dar vueltas durante unos segundos hasta que me cayeron las gafas y acepté soltar la pasta. Y por entonces tenía a Masha y ella me bastaba. Nunca había sentido algo tan fuerte por una chica durante tanto tiempo. Normalmente, incluso cuando me gustaban, al cabo de uno o dos meses me fijaba en otras. Pero con Masha la cosa parecía ir a mejor, era más fiera, egoísta en el buen sentido. Tenía la sensación de que los dos éramos reales, auténticos, dos mamíferos en la oscuridad.

Llevaba meses sin pasar una noche en aquella atmósfera vagamente alegre de excitación compartida en un estado de semiembriaguez, pero Steve había querido ir allí, así que fuimos.

—¿Cómo está el amor de tu vida? —me preguntó—. La que conociste en el metro.

—Está bien.

—¿Todavía no se ha ido a vivir contigo?

—No. Casi. Quiero decir que no, todavía no.

—¿Y qué me dices de la *babushka* de Murmansk? ¿Cuándo aparecerá?

—No me jodas, Steve.

Creo que estábamos a comienzos de febrero. La nieve amontonada llegaba hasta la cintura en el patio de la iglesia entre mi edificio y el Bulvar, y alcanzaba incluso más altura en el lado de mi calle donde no la habían recogido. Masha estaba bien, los dos lo

estábamos. En aquel entonces debía de pasar conmigo dos o tres noches a la semana. Yo había empezado a comprar la comida que a ella le gustaba, setas encurtidas, zumo de bayas y una bebida de yogur rusa que nunca ha sido de mi agrado. Contraté a una mujer de la limpieza bielorrusa para que mantuviera el piso más o menos en condiciones. Estábamos llegando a la etapa en que habría sido apropiado que Masha se mudara a mi piso si hubiéramos estado en Londres, una ciudad donde, como tú y yo sabemos bien, el sentido práctico y el mercado inmobiliario empujan a la lujuria hacia el compromiso, mezclan el presente y el futuro, y el romance tiene un balance final de cuentas. Masha podría tomar el metro en la estación de Pushkinskaia para ir a la tienda de teléfonos móviles cerca de la galería Tretiakov en la cuarta parte del tiempo que tardaba en ir desde la Leningradskoe Shosse. Pero ella no lo mencionó y yo no se lo propuse.

—Tiene una hermana —le dije a Steve—. Se llama Katia. Rubia, muy maja. Veinte años. Una especie de chica inocente y adulta al mismo tiempo. Estudia en la MGU. Te gustaría.

—Eso parece.

—Pero no es su hermana, sino su prima.

—Ya —dijo Steve.

Detrás de mí las camareras se reunían en el escenario para la «danza de la jungla» que realizaban cada hora, con minivestidos estampados en leopardo y botas de piel de serpiente hasta los muslos. Estaba perdiendo la atención de mi amigo.

—Fue extraño —le dije—. Fui a ese local uzbeko en Neglinnaya con unos colegas del trabajo. Era víspera de Año Nuevo, fuimos después de haber firmado unos documentos con el Cosaco. Y Katia estaba allí sirviendo mesas. No quiso que le dijese a Masha que la había visto allí.

No le había hablado a Steve de nuestra primera noche juntos, cuando Katia se quedó allí mirándonos. No se lo había contado a nadie. Deseaba hacerlo, como suelen hacer a veces todos los hombres. Pero lo que quería sobre todo era ver mi relación con Masha como algo diferente, algo tal vez incluso puro.

—Cuando te las llevas a casa y las desenvuelves —dijo Steve con aire distraído—, normalmente falta alguna pieza.

Empecé a contarle cómo había conocido a su tía, y lo de Butovo, que Tatiana Vladimirovna quería irse del centro de la ciudad y que yo la estaba ayudando. Había que hacer cola en organismos burocráticos y visitar agencias que solo estaban abiertas un par de horas cada dos martes. Había tenido que presentarme una o dos veces a firmar papeles, pero siempre que podía delegaba los trámites que requerían desplazamiento a Olga la Tártara, de mi oficina: recientemente se había comprado un pisito y parecía estar bien informada de las gestiones que había que realizar. Le di la dirección del domicilio de Tatiana Vladimirovna junto al estanque y del nuevo piso en Butovo, puesto que también teníamos que verificar aquellos documentos: era el piso 23, edificio 46, Kazanskaya. Le prometí a Olga que, si conseguía todos aquellos papeles, la llevaría a tomar cócteles al bar de la terraza del hotel que estaba al lado del teatro Bolshói.

—No es mucho trabajo —le dije a Steve—. No me costará nada. Y es una señora muy agradable. Estuvo en Leningrado durante el asedio.

—Ya —replicó.

Tatiana Vladimirovna era por lo menos cincuenta años demasiado mayor para que desviara su atención de la danza de la jungla.

Contemplamos el espectáculo. Estábamos sentados en un cutre reservado a la izquierda del escenario. Al cabo de unos minutos cesó el ritmo de tambores y las camareras se vistieron de nuevo. Steve aplaudió.

Me preguntó por el Cosaco.

—¿Sabes a quién sirve de pantalla? Me refiero a tu amigo el Cosaco.

—¿A quién crees tú?

—Probablemente al subdirector de la administración presidencial. O al presidente del consejo de seguridad. El grupo de San Petersburgo se está haciendo con el poder y la camarilla del

antiguo ministro de Defensa se está poniendo nerviosa. Están tratando de obtener dinero en efectivo mientras puedan. Supongo que conservarán una parte de la empresa para tener más adelante algún dinero en metálico.

—Es posible —repliqué—. No somos tan ingenuos, Steve. Puede que tengas razón. Pero el proyecto está en marcha y eso es lo único que nos importa. Recibirán la segunda parte del dinero dentro de unas pocas semanas y la última en un par de meses más o menos. Creen que empezarán a bombear el petróleo a través de la terminal a finales del verano. Si empiezan a pagar más tarde de la próxima primavera, recurriremos a las cláusulas punitivas.

—Estoy seguro de que sabéis lo que estáis haciendo, Nick. Por cierto, he preguntado por ahí. Esa empresa de logística que dijiste que colaboraba con Narodneft… Es una sociedad instrumental. Nadie ha oído jamás hablar de ella. Apuesto a que la única clase de logística de la que se ocupa consiste en enviar dinero a Liechtenstein. Si adivinas quiénes están detrás, házmelo saber.

—Tal vez, Steve.

Tres chicas con gorros de piel del Ejército Rojo desfilaron alrededor de las mesas, con réplicas de metralletas (por lo menos creo que eran réplicas) y cananas dispuestas cuidadosamente sobre sus curvas de modo que no cubrieran nada. Tenían mucha silicona y poco vello.

—¿No vas a viajar al Cáucaso? —le pregunté.

Según informaba la televisión, volvía a haber jaleo allá abajo, en una de esas pequeñas y turbulentas regiones musulmanas donde siempre había alguien rebelándose y muriendo.

—Probablemente —respondió Steve—. Pero es difícil colocar el reportaje. La redacción de Londres no está muy interesada hasta que la cifra de muertos tenga tres ceros. Y los rusos intentan que nadie se acerque por allí. Tienes que ir a Chechenia y pagar para cruzar la frontera. Tal vez la semana próxima. Sería una lástima que me lo perdiera.

Un par de turistas desaparecieron en los cubículos que estaban al lado de los lavabos, llevándose consigo a la coneja y la osa. También

yo había hecho eso, o algo parecido: supongo que es otra cosa que debo admitir, ya que intento contártelo todo. Creo que en total pagué tres veces por esos servicios en Moscú. La primera vez fue por accidente, cuando comprendí demasiado tarde lo que se esperaba de mí y había ido demasiado lejos para detenerme, y las otras dos veces porque había roto el tabú y me dije: «Qué diablos». En cierta ocasión, al principio de mi estancia, convencí a una modelo ucraniana para que viniera a casa conmigo a cambio de nada, aunque estaba trabajando. No me odies por ello. En Londres no lo haría jamás. Por lo menos, no me odies todavía.

—¿Has pensado alguna vez en esto, Steve? —le pregunté—. Quiero decir si te ha preocupado… la manera en que vivimos aquí. ¿Y si tu madre pudiera verte?

—Mi madre está muerta.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Steve me miró fijamente con los ojos inyectados en sangre y serio de repente.

—Rusia es como la mefloquina —me dijo—, ese medicamento contra la malaria que puede hacer que tengas sueños salvajes y te arrojes por la ventana. No deberías tomarlo si eres la clase de persona que se angustia o se siente culpable, Nick. No deberías estar en Rusia, porque explotarás.

—Estoy seguro de que me dijiste que Rusia era como el polonio.

—¿Te dije eso?

De nuevo dejó de escucharme. Tenía los ojos fijos en la barra, alrededor de la cual una rubia con sombrero Stetson y zahones de cuero por toda indumentaria apresaba con el lazo a un pequeño rebaño de morenas con bikinis de piel de vaca. Steve hizo una seña a una camarera y dio unos golpecitos a su copa para que le sirviera otra dosis de Merlot moldavo.

11

Tatiana Vladimirovna fue de nuevo a Butovo, creo que con Katia, a mediados de febrero. Las vi a todas poco después, cuando fuimos a esquiar al parque de Kolómenskoe, al otro lado del río Moscova congelado. No creías que supiera esquiar, ¿verdad? Pues estás en lo cierto.

Dejamos a Tatiana Vladimirovna en un pequeño café de suelo embarrado a la entrada del parque, donde nos despidió agitando la mano y pidió té y blinis. Masha y Katia se habían traído sus esquíes, más largos y delgados que los que recordaba haber usado durante la semana de vacaciones en la nieve cuando iba a la universidad (juegos de borrachera, orinar en el fregadero del chalet, esguince en un tobillo). Alquilé mis esquíes en una caseta al otro lado de la entrada, así como unas botas de fieltro que habrían podido ser las que calzaban los rusos que invadieron Finlandia. Para entonces la nieve amontonada contra la vega de la iglesia en mi calle había empezado a parecer ese postre italiano de varias capas que tanto te gusta: blancuzco arriba, cremoso debajo, luego una especie de amarillo sucio, como el fluido vertido por una batería, después una capa con desechos incrustados (botellas rotas, bolsas de patatas fritas y zapatos tirados y disparejos, suspendidos en una granulosa lava blanca), y debajo de todo, en el fondo, una base de siniestro limo negro. Pero en Kolómenskoe la nieve aún era blanca, de una ridícula blancura. Era dura y compacta por debajo de la capa superficial, y muy dolorosa cuando te caías, cosa que me ocurría cada vez que subía o bajaba por una pendiente. Una o dos veces perdí las gafas y

tuve que hurgar en la nieve en polvo con los gruesos guantes para encontrarlas.

Masha y Katia parecían esquiar de una manera natural, con tanta naturalidad como andaban con tacones altos y bailaban. Se reían de mí cuando me caía, pero avanzaban despacio hasta que les daba alcance. Entre los robles del parque había una cabaña de madera que se suponía que había sido construida por Pedro el Grande, y una iglesia antigua, dedicada, como siempre, a alguna legendaria victoria sobre los polacos. La iglesia estaba cerrada y rodeada de andamios para su restauración, pero de las tablas horizontales de estos pendían carámbanos largos y puros como collares de colmillos. Había un hombre con un trineo cubierto de campanillas y tirado por tres caballos blancos, que ofrecía paseos entre los árboles. Masha y Katia llevaban prendas de esquiar, unos delgados pantalones impermeables y chaquetas aerodinámicas. Mi indumentaria era inadecuada, y sentía calor y humedad al mismo tiempo. Pero cuando llegamos a un risco por encima de un lago congelado en medio de un bosque desnudo de hojas, nada de aquello me importó. Era una vista fabulosa.

Cuando regresamos al café, recuerdo que ellas fueron al lavabo, una después de la otra, para ponerse los tejanos y peinarse, mientras yo me descongelaba junto a Tatiana Vladimirovna.

—Bien hecho, Kolia —me dijo esta cuando todos estuvimos sentados—. Pronto serás uno de nosotros. Un verdadero ruso.

—Tal vez —replicó Masha—. No tiene ni idea de esquiar, pero le encanta la *bania*.

Me miró, sonriendo con una comisura de la boca, una sonrisa de triunfo carnal. Me ruboricé.

Tatiana Vladimirovna nos habló de su viaje a Butovo. No parecía que hubieran adelantado mucho los trabajos de acondicionamiento del piso, pero Stepán Mijáilovich le había explicado que habían estado trabajando en la instalación eléctrica, y lo principal, según Tatiana Vladimirovna, era la belleza del entorno en invierno, con los rastros de huellas dejadas por las botas entre los árboles y alrededor del estanque en el bosque frente a su nuevo

edificio.

La mujer siguió contándonos que en su infancia, antes de que se trasladaran a Leningrado, se confeccionaban sus propios esquies con corteza de árbol. Preparaban grandes tarros de encurtidos para el invierno, de col, remolacha y tomate, y en noviembre mataban un cerdo con el que se alimentaban casi hasta el deshielo. Su familia había sido pobre, pero no habían sido conscientes de ello. Reparé en el vello rubio que tenía sobre el labio superior, en el que no me había fijado antes. Tal vez se lo hubiera aclarado.

—Desde la ventana del piso en Butovo se ve una iglesia —comentó—. ¿Sabes qué iglesia es, Kolia?

Yo había visto la iglesia a la que se refería, la de los muros blancos y las cúpulas doradas, pero no sabía a qué santo o zar estaba consagrada.

—Es una iglesia muy especial —siguió diciendo—. La levantaron como un monumento conmemorativo a las personas asesinadas por Stalin. Dicen que fusilaron a veinte mil víctimas cerca de esa iglesia. Tal vez más. Nadie lo sabe con exactitud… No soy religiosa como lo fue mi madre, todo eso lo perdimos en Leningrado, pero creo que es bueno ver esa iglesia desde mi ventana.

No supe qué decirle. Masha y Katia también guardaban silencio. La densa condensación en los cristales de las ventanas del café se veía surcada de pequeños regueros.

Al final, Tatiana Vladimirovna me preguntó:

—Bueno, Kolia, dime. ¿Piensas tener hijos?

No estoy seguro del motivo —algo que ver con que la vida continuaba, o la necesidad de creer en ello—, pero la pregunta parecía seguir con naturalidad al comentario sobre la iglesia conmemorativa de las víctimas de Stalin y las fosas comunes. Procuré no mirar a Masha, pero podía percibir que estaba concentrada en su té, sin volverse hacia mí.

—No lo sé, Tatiana Valdímirovna —respondí—. Me gustaría.

Eso no era cierto. La paternidad de mis conocidos siempre me había producido una mezcla de desprecio y terror animal. Miraba

sin la menor ternura a los bebés, con su gateo y sus intentos de agarrarlo todo, sus movimientos de tortuga, resueltos pero azarosos. No te preocupes, ahora es diferente. Sé que quieres hijos, está decidido.

Aquella tarde solo dije lo que pensaba que a Masha le gustaría escuchar, lo que a la mayoría de las mujeres les gustaría escuchar. Y si en aquel entonces me hubiera dicho que estaba embarazada, quizá hubiera deseado que lo tuviera, tal vez incluso me habría alegrado… no por el bebé, sino porque eso habría significado una apuesta por que lo nuestro durase para siempre. Aunque al mismo tiempo me pregunto si, en lo más hondo, sabía que lo nuestro no podría tener un final feliz, si la inmediatez de nuestra relación era de hecho lo que más me gustaba de ella. Creo que, aunque tratara de no hacerlo, me percataba de que faltaba algo, o de que había algo de más.

—Yo quiero tener hijos —dijo Katia—. Tal vez seis, o siete. Pero solo cuando haya terminado los estudios.

Pensé que era un alma cándida, un libro abierto, un cuento de hadas.

—Y a ti, Masha —dijo Tatiana Vladimirovna en tono afectuoso —, te veo como madre.

—Quiero hijos, sí —replicó Masha, en voz baja y vehemente, sin alzar la vista—, Pero no en Moscú.

—Mashinka —dijo Tatiana Vladimirovna, y con cada una de sus manos asió una mía y otra de Masha—, si pudiera cambiar una sola cosa en mi vida, sería esta. Piotr Arkádievich y yo no tuvimos suerte y él, claro, debía dedicarse a su trabajo, y tuvimos una buena vida juntos, pero al final…

—Basta —dijo Masha en tono tajante, y retiró su mano.

Los ojos de Tatiana Vladimirovna se movieron raudos entre Masha y yo desde debajo de su flequillo gris. Bajo nuestros pies, la nieve que se fundía volvía el suelo resbaladizo.

Pedimos vodka y «arenque con abrigo de piel» (pescado en adobo sepultado bajo una gruesa capa de remolacha y mayonesa). Hablamos de los trámites para el intercambio de los pisos.

Le expliqué que me estaba ocupando de los registros de la

propiedad y que esperaba tener todos los certificados que necesitábamos dentro de un par de semanas.

—Gracias, Nicholas —dijo Tatiana Vladimirovna— Muchísimas gracias.

Entonces abordamos la cuestión del dinero.

Creo que era la primera vez que hablábamos con detalle del tema económico. Masha dijo que, como el nuevo piso de su tía en Butovo valía menos que su viejo apartamento, Stepán Mijáilovich le daría cincuenta mil dólares. (Por aquel entonces los moscovitas hablaban, pensaban y sobornaban en dólares, por lo menos cuando se trataba de sumas importantes, aunque luego hicieran las transacciones legales en rublos).

La verdad es que cincuenta mil dólares era una cantidad insuficiente. Los extranjeros embriagados de petróleo buscaban pisos en el centro como el de Tatiana Vladimirovna, y también eran muy apreciados por los rusos acomodados que querían instalar a sus queridas cerca de sus despachos. En Moscú había botellas de vino que costaban casi tanto como lo que Stepán Mijáilovich ofrecía, y seres humanos que valían mucho menos. Pero a Tatiana Vladimirovna cincuenta mil dólares debía de parecerle una cifra tan asombrosa como las veinte mil personas enterradas unas encima de otras bajo la nieve en Butovo.

Al principio ella se negó, dijo que no sabría qué hacer con tanto dinero. Pero luego admitió que, la verdad, su pensión era insuficiente, todas las pensiones eran insuficientes… aunque, por otro lado, contaba con una pequeña suma que había ahorrado de su salario, y el Estado le había concedido una paga especial como superviviente del asedio de Leningrado, y también un poco más por la contribución de su marido a la causa soviética perdida. Pero, de todos modos, concluyó, sería bonito poder regresar un día a San Petersburgo…

—Acéptalo —le dijo Masha.

—Sí, acéptalo —le dijo Katia.

—Creo que deberías aceptar el dinero, Tatiana Vladimirovna —le dije yo.

Ella nos miró de nuevo a la cara.

—Lo aceptaré —dijo, y dio una palmada—. ¡Tal vez vaya a Nueva York! O a Londres —añadió, guiñándome un ojo.

Nos echamos a reír y bebimos.

—¡Por nosotros! —brindó Tatiana Vladimirovna, y apuró su vodka de un solo trago.

Sonrió, y su fina piel, todavía tensa sobre los altos pómulos rusos, pareció por un momento la piel de aquella muchacha feliz de la foto tomada en Yalta en 1956.

Aquel febrero, unas dos semanas antes de que mi madre viniera a visitarme, atrapé un letal resfriado moscovita. Me presentó a cada uno de sus síntomas por separado, como músicos tocando sus solos antes de juntarse para el gran número final: primero el moqueo, luego la garganta irritada, después el dolor de cabeza y por fin el gran trancazo. Masha me recetó miel, coñac y nada de felaciones. Estuve dos o tres días en cama, mirando sin ganas DVD de series americanas, escuchando a través de la ventana a los obreros que despejaban las calles y los prehistóricos camiones de la basura, y, desde el piso de abajo, los ocasionales y tristes maullidos de George.

Cuando regresé a la oficina de Pavelétskaia, Olga la Tártara se sentó en el borde de mi mesa y repasamos todo el papeleo que habíamos reunido hasta entonces para la tramitación del intercambio de pisos de Tatiana Vladimirovna. Uno de los documentos atestiguaba que la privatización había sido legal. Otro certificaba que el alcalde no tenía en la actualidad ningún plan que conllevara el derribo del edificio. Un tercer documento demostraba que nadie más tenía derecho a vivir allí. En uno de los papeles el nombre del marido de Tatiana Vladimirovna figuraba junto al suyo, pero alguien lo había tachado y escrito encima «fallecido» en letras mayúsculas.

Teníamos el certificado técnico con las dimensiones de las habitaciones, el plano del piso y los detalles del alcantarillado y el suministro eléctrico. Todos los documentos estaban cuajados de

sellos, como manchas en una obra de arte moderna. Todo aquel papeleo, pensé, y aún no eras realmente propietario de tu piso. A decir verdad, en Rusia nunca poseías nada. El zar o el presidente o quienquiera que tuviese el mando podía quitártelo, o quitarte de en medio, cuando le viniera en gana.

—¿Qué más necesitamos? —le pregunté a Olga.

—Ahora solo hace falta el documento de transferencia del registro de propiedades inmobiliarias. Y la anciana debe someterse a una revisión médica para demostrar que no es alcohólica ni está loca.

Olga me explicó que esto último era necesario porque a veces los rusos vendían sus pisos, pero al cabo de unos meses alegaban que en el momento de la transacción habían estado bebidos o colocados o temporalmente trastornados, y gracias a esta circunstancia la venta se anulaba y recuperaban su piso. O bien se presentaba un sobrino del que no se sabía nada hacía mucho tiempo y reclamaba la propiedad. Ante un tribunal ruso podías demostrar cualquier cosa por la tarifa apropiada, añadió Olga, pero un certificado de una clínica dificultaría las cosas a quien lo intentase.

Le dije que era un ángel.

—No soy ningún ángel —replicó ella, pero sonaba más triste que coqueta.

—¿Y qué me dices del piso de Butovo?

—También hemos hecho algunos avances con respecto al otro piso. El edificio ha sido construido legalmente en territorio municipal de Moscú. No hay nadie más registrado part vivir en el piso de la señora, el veintitrés. Está conectado al sistema de alcantarillado municipal y a la red eléctrica. El propietario es una empresa llamada MosStroInvest.

Le dije que tenía entendido que el dueño del piso era Stepán Mijáilovich.

—Tal vez esa compañía, MosStroInvest, sea suya —sugirió Olga.

Sostuvo los documentos por encima de mi cabeza a modo de cebo.

—Bueno, ¿cuándo vamos a tomar esos cócteles?

Pensé en algo que Paolo me había dicho poco después de mi llegada a Moscú. Me dijo que tenía que darme una mala noticia sobre el ejercicio de la abogacía en Rusia, pero también una buena noticia. La mala noticia era que había una infinidad de leyes inútiles, incomprensibles y contradictorias. La buena noticia era que no se esperaba de ti que las obedecieras. Estaba seguro de que habría alguna manera de sortear los posibles contratiempos que planteara MosStroInvest.

—Pronto —le, dije, cogiendo los papeles por encima de mi cabeza.

Recuerdo que Serguéi Borisovich, el cara de patata, había regresado de sus vacaciones de invierno en Tailandia, y nos había hecho ver a todos una presentación de sus fotos en PowerPoint. Nos sentíamos unos virtuosos, al menos en lo que respectaba a los negocios: se había dado el visto bueno al segundo plazo del préstamo del Cosaco y, según Viacheslav Alexándrovich, el perito, al ritmo que avanzaban las obras de ingeniería pronto estaría en condiciones de recibir el resto del dinero. El Cosaco nos había enviado una caja de cangrejos vivos (de las aguas que rodeaban la nueva terminal, nos dijo). Al mirar por la ventana de mi despacho en la torre, vi a un grupo de trabajadores con monos naranja que retiraban la nieve de los tejados en los edificios que circundaban la plaza, reptando por las pendientes e inclinándose peligrosamente para llegar a los canalones.

La calefacción central había caldeado en exceso mi dormitorio. Había abierto la ventana para que entrara aire fresco y corrido aquellas extrañas cortinas abullonadas. Masha estaba encima de mí, con los puños apretados sobre mi pecho, mirando más allá de mi cabeza hacia la pared, respirando y concentrándose como una corredora de medio fondo.

No la había visto desde hacía más de una semana. Había estado enfermo, y pensé que tal vez ella hubiera estado fuera unos días —en su móvil saltaba directamente el buzón de voz—, aunque ella lo

negó cuando se lo pregunté. De repente recordé lo que me había dicho Olga y quise averiguarlo.

—¿Qué es MosStroInvest, Masha?

—¿Cómo?

—¿Qué es MosStroInvest?

—¿Qué? —Dejó de balancearse y arquearse, pero todavía jadeaba—, No lo sé.

—Es la empresa propietaria del piso de Butovo —le dije—. El de Tatiana Vladimirovna.

Masha se apartó de mí. Se quedó tumbada a mi lado boca arriba, mirando conmigo las líneas jeroglíficas del techo. Ninguna parte de nuestros cuerpos se tocaba.

—MosStroInvest… Creo que es la empresa de Stepán Mijáilovich. O de… ¿cómo se dice…?, el marido de una hermana de Stepán Mijáilovich.

—El cuñado.

—Eso es, una empresa de su cuñado. Sí, creo que así se Dama la empresa. Sí, MosStroInvest.

—Será mejor que nos aseguremos, porque de lo contrario Tatiana Vladimirovna podría encontrarse con problemas.

En aquel entonces había muchos problemas con los promotores inmobiliarios rusos. A veces vendían todos los pisos de un edificio, desaparecían antes de que estuviera terminado y los compradores hacían acampadas de protesta y se inmolaban ante la sede del gobierno en la Casa Blanca, cerca del hotel Ukraina.

Masha se quedó pensativa, con el rostro vuelto hacia el otro lado, hundido en la almohada. Tenía el cuello enrojecido. Mis dedos habían dejado marcas rojas en su costado.

—No habrá ningún problema. —Se volvió para quedar frente a mí, tomó una de mis manos entre las suyas, una arriba y otra abajo, y me miró a los ojos. Los suyos eran de un verde salvático. Su piel parecía joven, pero la carne era dura, tensa y musculosa como la de una bailarina o una luchadora—. Escucha, Kolia —me dijo, con más frialdad que ternura—, solo te pedimos que preparases la documentación para que Tatiana Vladimirovna vendiera su piso. De

los papeles de Butovo se ocupará Stepán Mijáilovich. No es necesario que te preocupes. Ya tenemos todos esos documentos. Solo tienes que decirle a Tatiana Vladimirovna que todos los papeles están en orden. Debes decirle eso, Kolia.

Guardé silencio. Ella me tocó.

—Acércate —le dije.

Eso fue todo, pero ambos sabíamos qué significaba. Había decidido creerla. Me había puesto de su parte.

—Vale —dijo ella, y se acercó.

Masha es una persona especial. Eso debo decírtelo. Toda aquella concentración, aquel control de sí misma… Estoy seguro de que habría sido una gran cirujana. O tal vez, en otro siglo, una monja fabulosa. O una actriz… habría sido una gran actriz. Era, en efecto, una gran actriz.

La siguiente vez que crucé el Bulvar para ir a Chistie Prudy había patinadores en el estanque congelado. Cuando llegué al piso de Tatiana Vladimirovna salía un hombre, un hombre al que no reconocí. Cuarentón, lustroso, con un lujoso abrigo de ante. Banquero, pensé al momento. Llevaba un anillo de sello en un dedo meñique y parecía como si recientemente le hubieran hecho un caro corte de pelo. Olía a dinero. Katia coqueteaba con él mientras trataba de marcharse, sonriendo, contorciéndose y marcando los pechos. El hombre me dio las buenas noches en ruso, se subió el cuello del abrigo y se alejó. No me parecía la clase de hombre que podría tener un motivo para visitar a Tatiana Vladimirovna.

—¿Quién era? —pregunté mientras me quitaba las botas.

—No lo sé —respondió Katia, y se echó a reír.

En ese momento Masha llegó deslizándose en calcetines por el *parquet* y nos tomó a los dos de la mano.

—¡Chicos, venid a comer unos blinis! —exclamó.

Los rusos celebraban la Maslenitsa, un festival semipagano que tiene lugar en febrero, relacionado con la Cuaresma y supuestamente con el final del invierno, durante el cual repican las

campanas de las iglesias y se comen tortitas. Los tres entramos en la cocina y comimos blinis con crema agria y caviar rojo. Las ventanas estaban selladas con cinta adhesiva para mantener el frío a raya, y supuse que era un viejo hábito siberiano del que Tatiana no había podido desprenderse. Brindamos.

—Tengo casi todos los documentos de este piso —le dije a Tatiana Vladimirovna.

—Te estoy enormemente agradecida —replicó, y me besó en ambas mejillas.

—Y Kolia también está preparando los papeles para tu nuevo piso en Butovo —añadió Masha, dirigiéndose a ella pero mirándome.

—Estupendo —dijo Tatiana Vladimirovna.

Sonreí y opté por no decir nada.

12

—Quiero que conozcas a mi madre, Masha.

—¿Qué?

—Mi madre vendrá a Rusia la próxima semana. El jueves iré a San Petersburgo para recibirla y el sábado la traeré a Moscú. Estará aquí hasta el martes. Quiero que la conozcas, Masha.

—¿Por qué?

No sé por qué. Con el tiempo, también quise que tú la conocieras (aunque sé que nunca has acabado de comprender por qué razón su trivialidad me irrita tanto, lo cual supongo que es lo que sucede a menudo con los padres de los demás). Pero no era así en el caso de Masha. Apenas me preguntaba por mi familia, y no creo que nunca imaginara una situación en la que ella y mis padres desempeñaran juntos un papel destacado. Supongo que en parte deseaba presumir de ella, mostrarle a mi madre lo plena que era mi vida en Rusia sin ella y sin todos los demás. Tal vez en parte trataba de tranquilizarla, ofreciéndole a Masha como testigo de mi satisfacción y, en consecuencia, de su moderado éxito como madre. O tal vez deseara y esperase que Masha vistiera, dijera o bebiese lo que no debía, que se revelara colérica e insultante como yo no tenía valor de hacerlo. Incluso es posible que de alguna manera tratara de contaminar a mi madre con todo aquello, aquella mancha que, tenía la oscura certeza, se aproximaba. En cuanto a Masha, creo que intentaba decirle: mira, no tengo secretos, de aquí es de donde vengo, entra, y al mismo tiempo: no te preocupes, ya no soy este, he cruzado a otra parte, mira qué lejos he llegado.

—Solo durante una hora, Masha —le dije—. Por favor. No será nada.

—De acuerdo, Kolia —contestó—. Conoceré a tu madre.

—Gracias. Te debo una, Masha.

—Vale.

Dudo de que realmente quisiera venir. Creo que debió de experimentar un espasmo tardío de ansiedad materna, o por lo menos la sensación de que debía sentir esa ansiedad. Puede que la causa fuese el aluvión de malas noticias que empezaban a llegar de Rusia: el atentado con bomba en el metro, las misteriosas explosiones en oleoductos y el caso del helicóptero en el que viajaba el ex ministro de Finanzas. Deseaba que un Nick y una Rosemary paralelos, adultos, pudieran haber hablado de ello con sinceridad, decirse que se querían mutuamente a su manera, pero convinieran que aquello sería demasiado, cinco días, ciento veinte horas, con muy poco que decirse y, al mismo tiempo, demasiado si se atrevían o se tomaban la molestia de hacerlo. Pero no lo hicieron, y a comienzos de marzo ella vino: mi madre vino a visitarme.

La esperé en el aeropuerto de San Petersburgo. Siempre, resulta entrañable, ¿no crees?, el momento en que ves a esa muchedumbre de felices desconocidos que salen caminando por la puerta de llegadas tras haber volado por los aires y aterrizado vivos… y al mismo tiempo hay algo de envidiable y doloroso en la manera en que abrazan a sus familiares, a veces; llorando, y luego se cogen de los brazos y se vuelven para proseguir con unas vidas de las que no sabes nada. Por fin apareció mi madre entre los demás turistas británicos. Nos besamos con torpeza, como políticos en una cumbre, y busqué a un taxista que nos llevara a la ciudad. Cuando hablé con él por el camino, me contó que era un coronel del ejército retirado y que, si me interesaba, tenía una bonita línea de prendas militares de saldo.

Había reservado habitaciones en el extremo más degradado de la Nevski Prospekt, en uno de esos hoteles soviéticos del tamaño de

ciudades, con un millar de habitaciones, bolera, casino, un café vació en cada planta y un burdel en el sótano. Cuando llegamos las prostitutas de la casa charlaban sentadas alrededor de las mesas del vestíbulo. El recepcionista me hizo pagar las dos noches por adelantado, una precaución juiciosa teniendo en cuenta el estado de las habitaciones (cables eléctricos colgando de los techos como alambres de telégrafo, y los baños sin lavamanos y con una moqueta marrón sospechosamente húmeda). Mi madre dijo que estaba cansada, por lo que cenamos en el hotel. Me hizo preguntar si el salmón del menú era fresco, y la camarera respondió que «solo había sido congelado una vez». En medio del restaurante había una pequeña cuadrilla de mafiosos de tercera, y un grupo de chicas tambaleantes a las que los hombres levantaban sin cesar de sus sillas para bailar con ellas entre las mesas, hostigando a los camareros para que pusieran la música más alta.

Cuando nos fuimos a dormir, alguien llamó repetidas veces por teléfono para preguntarme si estaba aburrido y si quería que me presentara a una mujer muy guapa. Hacia las tres de la madrugada descolgué el aparato y me dormí hasta el lechoso amanecer de San Petersburgo… esa luz del norte que te hace sentir como un sonámbulo después de haberte levantado, o que ya estás despierto cuando en realidad todavía estás soñando.

Nos pasamos un día y medio contemplando los Rembrandts y los dorados del Hermitage, caminando a paso vivo a lo largo de los canales congelados («No me imaginaba que liaría semejante frío», comentó tontamente mi madre), asomándonos a los amarillentos y malévolos patios de San Petersburgo, con sus gatos temblorosos y sus montones de basura congelada. Nos adentramos diligentemente en las iglesias, tollas ellas asediadas por mendigos (borrachos, soldados tullidos, borrachos simulando ser soldados, auténticos reclutas adolescentes que supuse que pedían por las calles para comprar el alcohol de sus oficiales) y llenas de iconos, incienso, mujeres cariacontecidas con pañuelos en la cabeza y una bruma de prejuicio antiguo. Además de la vieja droga adictiva, el *crack* para el alma que parece suministrar la iglesia rusa: la idea de que la vida en

ese duro lugar puede ser hermosa.

Le hablé de mi trabajo, de Paolo y un poco del Cosaco, pero su atención se dispersó cuando intenté explicarle lo de Narodneft y la financiación del proyecto. Me contó que estaba preocupada por mi padre, no por su salud, o no solo por eso. Empezó a hablar de sus infancias, la suya y la de mi padre. Dijo que mi abuelo paterno había dejado la armada al acabar la guerra, pero que en cierto modo su mente siempre había estado en otra parte, y ella creía que eso podría explicar la distancia entre nuestro padre, mis hermanos y yo. No dijo más, y no la presioné. Así fue nuestra relación durante aquel fin de semana: iniciábamos conversaciones que podrían llevarnos a confidencias o desembocar en una mayor intimidad, pero las desviábamos a tiempo. Me habló largo y tendido de unas gélidas vacaciones que pasó en Gales con sus padres en los años cincuenta, y de que su padre, que era ferroviario y al que no llegué a conocer, las llevó a hacer un pícnic bajo una granizada. Mientras me hablaba caía la nieve. Sus gafas redondas de búho se empañaban continuamente. Llevaba unas botas penosas.

Rio abajo, el Palacio de Invierno brillaba como una alucinación rosácea contra la puesta de sol incipiente. El Jinete de Bronce tenía caspa. En un quiosco le compré a Tatiana Vladimirovna una de esas cursis bolas de cristal donde la nieve caía sobre una catedral de San Isaac en miniatura. Resultaba algo extraño, pero creo que la echaba de menos.

—Es un regalo —le expliqué—. Es para una mujer a la que conozco.

—Comprendo —dijo mi madre.

Me miró de soslayo mientras avanzábamos por la acera helada junto a un canal de aguas inmóviles. Me di cuenta de que quería insinuar algo con su mirada, intentar que compartiéramos un momento de adultos. Pero no lo logró, se puso nerviosa y apartó la vista.

—No —le dije—, es para una mujer llamada Tatiana Vladimirovna, una conocida que vivió en San Petersburgo.

—Ah.

—Es la tía de Masha.

—Masha… ¿es la chica que te llamó en Navidad?

—Sí.

—Ah. Bien.

Volvimos a la Nevski Prospekt. La temperatura era de diez grados bajo cero. He observado que, de algún modo, el invierno siempre resulta más crudo en marzo, porque ya ves el final y estás desesperado por que llegue, como soldados que se sienten más asustados cuando saben que la guerra está a punto de terminar.

—Está muy bien que conozcas a su familia, Nicholas.

Creo que esa era su manera de preguntarme si la relación iba en serio.

—De momento solo conozco a su hermana —dije—. Quiero decir, su prima. Y a su tía, que vive muy cerca de mí en Moscú. El otro día nos hizo tortitas.

—Qué bien —dijo—. Encantador. Tortitas.

Creo que tal vez estaba celosa de ella. Sí, creo que Rosemary estaba celosa de Tatiana Vladimirovna. Supongo que tenía motivos para estarlo. Había pasado más tiempo con la anciana en los últimos meses que con mi madre en los últimos cuatro años, lo cual significaba que solo una de ellas había visto aquello en lo que me había convertido. Gracias a Dios, no llegué a presentarlas.

Tomamos el tren de la tarde a Moscú, que tardaba cinco horas en llegar. En el exterior de la estación de San Petersburgo había una mujer con impermeable, acunando en sus brazos a un perrito que parecía aturdido por el frío. En el tejado del edificio situado enfrente había un letrero en grandes caracteres: «Leningrado, ciudad heroica». A bordo del tren los dos contemplamos en silencio los tremedales congelados y los árboles, unos en pie y otros recientemente caídos en claros fríos y arenosos. Dentro del vagón flotaba un aroma a coñac del Daguestán, y se oían los intermitentes y variados tonos de llamada de los teléfonos móviles. Pasó una camarera con un carrito. Cuando intenté pedirle una cerveza y un

vaso de agua con gas, me dijo: «Debes de estar de broma», y se quedó mirándome fijamente a los ojos hasta que pedí un coñac. En la estación de Moscú, parecía como si hubiesen barrido a la mitad de los detritos humanos del imperio perdido para depositarlos alrededor de la estatua de Lenin, en el vestíbulo principal.

Tomamos un taxi para ir a mi piso.

—Muy acogedor —dijo mi madre, mirando el interior desde la puerta como temerosa de entrar, no fuese a haber un fumadero de opio o una mazmorra de sadomasoquismo en la sala de estar.

Ya sabes cómo es ella cuando viene de visita: se esfuerza por parecer relajada, pero juzga lo que ve y lo ordena todo a su gusto, cuando no estás mirando, tratando discretamente de hacer que mi casa se parezca más al hogar familiar. Haciéndome sentir que jamás podré escapar de ello. Al cabo de una hora fuimos a reunirnos con Masha en el café Lermontov, un restaurante demasiado caro decorado como si fuese un palacio boyardo, cerca de mi casa y del Bulvar en dirección a la plaza Pushkin.

Al rememorarlo, creo que aquella noche Masha estaba avergonzada. Creo que era capaz de sentir vergüenza. De alguna manera la presencia de mi madre resultaba excesiva, no formaba parte de nuestro acuerdo. No es que fuese descortés, sino más bien tímida y monosilábica como nunca se había mostrado hasta entonces. Llevaba unos tejanos negros con las perneras por dentro de las botas, suéter negro y poco maquillaje. Parecía como si luego fuese a robar un banco o a cambiar los decorados en un teatro. Su atuendo parecía decir: «En realidad no estoy aquí».

—Nicholas me ha dicho que trabajas en una tienda —le dijo mi madre ante el típico plato de borsch para turistas.

—Sí —respondió Masha—. Trabajo en una tienda de móviles. También vendemos planes de llamadas.

—Parece interesante.

Pausa. Sorbo. Miradas a un grupo de queridas de la más alta gama sentadas a una mesa en el rincón.

—Kolia me ha dicho que eres maestra —consiguió decir finalmente Masha.

—Sí, impartí clases en una escuela primaria —respondió mi madre—, pero ahora estoy retirada. Mi marido también era maestro.

Nos sirvieron *dumplings* en abundancia, y pirozhkí (esas empanadillas rusas rellenas de carne y setas), y el vodka era insuficiente.

—Mañana iremos al Kremlin —anuncié.

—Sí —dijo Masha—. El Kremlin y la plaza Roja son muy bonitos.

—Sí, estoy muy emocionada por verlos —dijo mi madre.

Postre no, gracias.

—Nicholas me ha dicho que no eres de Moscú.

—No —replicó Masha—. Soy de una ciudad llamada Murmansk. Está muy lejos de Moscú.

—Qué bien que tu familia esté aquí.

—¿Mi familia?

—Tatiana Vladimirovna —tercié.

—Sí —dijo Masha— Sí. Tenemos una tía. Sí, es una gran suerte.

Masha apartó la vista de nosotros, miró a través de la ventana y luego las arañas dieciochescas de imitación.

—Espero que algún día te veamos por Inglaterra —dijo mi madre, algo que debió de sentirse en la obligación de decir, aunque tal vez se dirigiera a mí.

Masha sonrió. El encuentro estaba siendo una tortura, hasta que por fin terminó.

Al día siguiente llevé a mi madre al Kremlim para que viera las iglesias emperifolladas, la enorme campana agrietada que nunca repicaba y el potente cañón demasiado grande para dispararlo. Dos soldados que estaban en la entrada intentaron cobrarnos una tarifa «especial». Luego fuimos al mercado de Izmailovo, para que ella pudiera elegir algunos recuerdos entre el caos de iconos, colmillos de cachalote, cascos de astronauta, pisapapeles en forma de bustos de

Stalin, máscaras antigás, samovares, algodón uzbeko, granadas de mano nazis, muñecas rusas que representaban a Britney Spears y Osama bin Laden, alfombras, osos danzarines maltratados y las gordas, tristes y ateridas señoras que cantaban «Kalinka malinka» para los turistas. Compró un gorro de piel para mi padre y para ella eligió un pequeño joyero con un bosque ruso pintado. Me tomé el lunes libre y fuimos al cementerio Novodévichi, donde Jrushchov y otros mandamases están enterrados en recargadas tumbas. Unos niños descendían sin entusiasmo en trineos improvisados por la pendiente que bajaba desde los muros del convento adyacente hasta el estanque congelado que se encontraba al pie, mientras el último sol invernal hacía destellar las cúpulas plateadas. Camino de casa, fuimos a ver la estación de metro de Maiakóvskaia, con sus brillantes mosaicos de zepelines, paracaidistas y aviones de caza en el techo, y a su alrededor las pequeñas y discretas insignias de la hoz y el martillo que nadie se ha decidido todavía a retirar.

Por la noche asistimos a un concierto de música clásica en el conservatorio de Bolshaia Nikitskaia. Se celebraba en la sala principal, donde unos retratos bastante malos de compositores se alineaban en las paredes. Al principio se montó una pequeña escena porque dos ancianas ocupaban nuestros asientos, y solo pude lograr que se movieran con la ayuda de un furibundo acomodador. No recuerdo el programa del concierto, pero sí que miré a mi madre durante el intermedio y vi que tenía las manos juntas sobre el regazo, haciendo girar los pulgares uno alrededor del otro, y de repente me pareció verla como si todavía fuese una niña durante unas frías vacaciones en Gales: tuve la sensación de ver a la persona que fue antes de ser mi madre, y me di cuenta de lo poco que la conocía.

Paseamos de regreso a casa subiendo por Bolshaia Nikitskaia hasta llegar al edificio que pertenece a una de las mendaces agencias rusas de noticias, con sus grandes ventanas que parecen acuarios, y luego a lo largo del Bulvar. La mitad de la acera de mi calle había sido acordonada con cinta de plástico extendida entre postes metálicos, como el escenario de un crimen, para proteger a los

peatones de los letales carámbanos que pendían de los canalones. El montículo de nieve bajo el que estaba el Zhiguli anaranjado tenía la forma de un iglú derrumbado o un túmulo funerario, la superficie horadada por escombros y erizada por botellas medio hundidas y ramas que pugnaban por asomar.

Oleg Nikoláevich estaba en el descansillo de su piso, sosteniendo en la mano una bolsa que olía a excremento de gato, y sus labios trazaban una sonrisa de derrota, como la de un aristócrata montado en una carreta. A decir verdad, por entonces solía evitarlo para que no me hablara de su amigo desaparecido ni ver la decepción reflejada en sus ojos. Generalmente tomaba el ascensor para no pasar por donde él aguardaba, y estoy seguro de que se daba cuenta.

—Hola, Oleg Nikoláevich —le saludé—. Te presento a mi madre, Rosemary.

—Es un placer conocerla, señora —dijo Oleg Nikoláevich en ruso. Le tomó la mano y creí que se la iba a besar, pero se lo pensó mejor. Entonces, en su inglés rudimentario, añadió—: ¿Qué le parece nuestra Rusia?

—Me gusta mucho —respondió ella, alzando la voz como hacen algunos ingleses cuando hablan con extranjeros, como si todos ellos fuesen un poco sordos—. Es un país hermoso.

Permanecimos allí, sofocados por la incontrolable calefacción central, en un benévolo silencio. Recuerdo que me fijé en que Oleg Nikoláevich tenía los ojos muy enrojecidos, como si hubiera estado llorando.

—¿No hay noticias de Konstantin Andréievich?

—Nada en absoluto —respondió Oleg Nikolaevich.

—¿Cómo está George?

—George siempre está triste en marzo.

—¿Y cómo estás tú, Oleg Nikoláevich?

—En el reino de la esperanza nunca es invierno —respondió.

Me despedí deseándole buenas noches, mi madre hizo lo mismo, y nos disponíamos a subir a nuestro piso cuando Oleg Nikoláevich dejó la bolsa de basura en el suelo y cogió a mi madre por la manga del abrigo.

—Señora Platt —le dijo en una curiosa especie de susurro teatral —, cuide de su hijo. Cuide de él.

Una vez en el piso, mi madre fue al baño. Sentado en la cocina, oí el ruido del agua de los grifos y de la cisterna, del cepillado de dientes, de las abluciones automáticas y sencillas de una resignada persona de sesenta y tantos años.

Le había cedido mi cama, mientras que yo usaba el futón en la habitación de invitados. La oí entrar en mi habitación, salir y dirigirse a la cocina. Llevaba un camisón que le llegaba a los tobillos y que en otro tiempo debió de ser lila o malva, pero que se había desvaído hasta adoptar un tono grisáceo. Abrió el frigorífico para coger agua y, cuando regresaba a la cama, se detuvo y me miró.

—¿Qué ha querido decir con eso, Nicholas? Tu vecino.

—No lo sé, mamá. Está preocupado porque ha perdido a un amigo. Creo que bebe.

Le dije eso aun cuando no creía que fuese cierto. No tenía motivo alguno para pensar que Oleg Nikoláevich no estuviese sobrio cada vez que nos veíamos.

Se quedó allí en silencio, pero podía percibir que estaba intentando, con todas sus fuerzas, comprender la situación.

—Nicholas, ¿estás seguro de esa chica, Masha?

—¿Por qué?

—Es que me ha parecido… fría. Tal vez demasiado fría para ti, Nicky.

—Sí, estoy seguro —repliqué.

—¿Eres feliz, Nicholas?

Era la pregunta más importante que me había hecho en unos veinte años. Pensé en ello y respondí sinceramente.

—Sí —dije—. Soy feliz.

Le debía un favor a Masha, y ella me lo pidió.

Debía de ser hacía mediados de marzo. En la muñeca derecha

de mi abombado chaquetón de muñeco Michelin, con la que durante meses me había enjugado la nariz mientras avanzaba penosamente por las gélidas calles, había una costra como de semen seco. Haría cosa de una semana que no veía a Masha, desde la cena con mi madre. Creo que tal vez se había ausentado una vez más de Moscú, aunque tampoco en esa ocasión lo dijo. Hacía aún más tiempo que no veía a Katia. Los tres nos encontramos en un restaurante cercano a Tvérskaia, enfrente de la franja de acera con calefacción delante de la alcaldía. La temperatura era todavía bajo cero, pero Masha ya llevaba su chaquetón de entretiempo de piel de gato. Katia se retrasaba.

—¿Te cayó bien mi madre? —le pregunté a Masha.

—Fue un encuentro muy interesante para mí. Está… ¿cómo decís en inglés…? Asustada. Es una persona asustada. Puede que como tú.

Se había recogido el cabello detrás de la cabeza, y en sus ojos se reflejaba el brillo de los focos del techo. Me miró y yo aparté la mirada. Vino una camarera y pedimos vodka y chuletas.

—¿Cómo está tu madre, Masha? —pregunté.

—Está bien, pero muy cansada. Los años le pesan.

—Me gustaría conocerla —dije.

—Quizá algún cha.

—¿Cómo te va el trabajo?

—Finjo trabajar y ellos fingen pagarme.

Llegó Katia. Solo tenía seis meses más que cuando la conocí, pero seis largos meses se notan en una chica de su edad. Le habían crecido las caderas, los labios y las posibilidades. Habían sido seis largos meses para todos nosotros… o largos y cortos al mismo tiempo, como siempre sucede con los inviernos rusos, que parecen interminables y que se prolongarán eternamente, hasta que llegue el cálido momento en que da la sensación de que nunca han tenido lugar.

Katia se quitó el chaquetón y se sentó. Bajo su camiseta, tuve un atisbo de un nuevo y provocativo tatuaje sobre el hueso de la cadera.

—¿Qué tal la universidad? —le pregunté.

—Muy bien, excelente. Soy la número dos de la clase. Pronto habrá exámenes.

Nos contó de forma extensa y airada cómo esa noche dos hombre habían subido al tranvía en el que ella viajaba y le habían sacado diez rublos a cada uno de los pasajeros haciéndose pasar por revisores. Como casi ninguno de los pasajeros tenía billete, todos pagaron a pesar de que sabían que los hombres eran unos timadores.

—Terrible —dijo Masha.

—Sí, terrible —convine, como si aquel fuese el incidente más espantoso que pudiera pasar por nuestra imaginación.

Aquella noche tenían dos cosas que decirme. Una de ellas, la primera, y ahora comprendo que su objetivo consistía en suavizar lo que seguiría, era que hacia fines de mayo o principios de junio planeaban viajar a Odessa para pasar allí un largo fin de semana, y querían saber si me gustaría acompañarlas.

—¿Te acuerdas? —me preguntó Katia—. De las fotos.

Las fotos que me enseñaron durante nuestra primera noche, en el restaurante flotante azerí, a comienzos del invierno. ¿Lo recordaba?

—Sí —respondí—. Lo recuerdo.

Dijeron que tenían un tío lejano que vivía cerca de la playa y podríamos alojarnos en su casa. Nadaríamos e iríamos a discotecas. Sería un fin de semana «de categoría», según Katia. Masha dijo que sería perfecto. Respondí que me encantaría ir a Odessa con ellas.

De la otra cosa que querían hablarme era del dinero.

—Stepán Mijáilovich está teniendo dificultades con el dinero, el que ha de darle a Tatiana Vladimirovna —me explicó Masha—. La causa son ciertos problemas en su empresa. Dice que la finalización del edificio es lenta porque tiene que pagar a sus hombres de Tayikistán. Si pagara a la policía para que detuviera a los tayikos sería más barato, pero entonces tendría que buscar nuevos trabajadores. Puede darle a Tatiana Vladimirovna veinticinco mil, pero tiene problemas para pagarle los veintinco mil restantes. Tatiana Vladimirovna, claro, no le pide todo el dinero, y Stepán Mijáilovich puede decir sencillamente que solo le pagará la mitad,

solo veinticinco mil. Eso sería lo más fácil. Pero nos parece que lo más apropiado por su parte sería que pidiera prestado el dinero y se lo diera a ella.

—¿Por qué Stepán Mijáilovich no le da el dinero más adelante, cuando esté libre de deudas?

—Eso también sería posible —respondió Masha—, pero, francamente, creo que después del intercambio de pisos Stepán Mijáilovich pensará que es mejor quedarse con el dinero que dárselo a esa *babushka*. Ahora bien, si le debiera el dinero a alguien importante, entonces seguramente pagaría. Por ejemplo, si le debiera el dinero a un extranjero, tal vez a un abogado.

Tardé un momento en comprender.

—¿Cuándo? —dije al fin—, ¿Cuándo lo necesitarán?

—Tienen que acordar el día de la venta. Creo que podría ser dentro de dos o tres meses. Quizá poco después de haber vuelto de Odessa.

Yo nunca había comprado una casa en Londres. El piso que compartí durante un tiempo con la novia que tenía entonces era de alquiler (creo que te señalé el edificio en una ocasión, cuando íbamos de camino a una fiesta que daba aquella mujer de tu antigua agencia, cuyo nombre no recuerdo ahora).

Tuve mis dudas cuando los precios de las viviendas estaban al alza, y entonces decidí esperar a que bajaran. Tenía una considerable cantidad de dinero depositada en mi cuenta bancaria, esperando a que decidiera qué hacer con ella, qué iba a hacer con mi futuro. Me ganaba bien la vida, más de lo que mis padres ganaron jamás entre los dos: tal vez no mucho según los nuevos parámetros rusos, pero lo suficiente para que pudiera desprenderme de veinticinco mil dólares durante unos meses. De hecho, ya había prestado un poco de dinero a algunos rusos en una o dos ocasiones —a una secretaria del trabajo, a una chica siberiana que conocí en una fiesta y quería comprarse una moto— y siempre me lo habían devuelto. Pensaba que sabía calar a la gente. En el caso de Katia y Masha, me dije que, al margen de lo que estuviera ocurriendo, los tres estábamos del mismo lado. Aunque creo que al mismo tiempo me complacía

aportar el dinero, incluso me aliviaba… porque me hacía sentirme útil, pero todavía más porque creo que siempre había sabido que debía de haber un precio que pagar, y había resultado ser solo dinero, por lo menos para mí. En cuanto a ellas, creo que me lo pidieron solo porque podían hacerlo, como si fuese una especie de deber moral.

Masha me dijo que necesitaban veinticinco mil dólares para Tatiana Vladimirovna. Pero también eran veinticinco mil dólares por aquella cena con mi madre y, en particular, por el fin de semana que pasaríamos en la playa de Odessa, tal vez alojándonos en la misma habitación donde Masha se había fotografiado a sí misma en el espejo, casi desnuda, una imagen que todavía puedo ver si cierro los ojos, como un creyente exiliado puede ver un icono venerado.

—De acuerdo —dije al fin—. Decidle a Stepán Mijáilovich que estoy dispuesto a prestarle el dinero. Decidle que insisto en ello.

—De acuerdo —dijo Masha.

—De acuerdo —dijo Katia, y llenó los vasos.

—¡Por nosotros! —exclamó Masha, y entrechocamos los vasos.

El vodka le humedeció los labios al deslizarse en su interior, e hizo que a mí me ardiera la garganta y sintiera en la piel un sudor frío de aprensión, estremecida por el recelo.

—No estoy asustado —dije.

Aquella noche, al volver a casa, vi un reguero de sangre a lo largo de las paredes interiores del edificio, que subía por la escalera más o menos a la altura de mi cintura. La sangre se deslizaba hacia abajo ante una de las puertas del segundo piso, como si la persona apoyada en la pared y de la que manaba la sangre se hubiera desplomado allí. En el suelo había un pequeño charco de sangre, y al lado un par de viejos zapatos negros, colocados pulcramente en paralelo con los cordones atados.

Por la mañana, cuando bajé, habían limpiado la sangre, pero los zapatos seguían allí. Alguien me dijo más tarde que era uno de los alcohólicos que vivían en el último piso. Se había caído. Me

aseguraron que no había nada de que preocuparse.

13

A finales de marzo la parduzca nieve de Moscú empezó a fundirse, y luego intentó congelarse de nuevo, cuando la temperatura descendió durante uno o dos días, convirtiéndose en una especie de desagradable supuración (*sliakot*, la llaman los rusos) de la que casi esperas que surja un peludo brazo prehistórico y te arrastre hacia abajo. La acera y el bordillo en el lado de mi calle donde se amontonaba la nieve reaparecían lentamente, los glaciales montones cedían su territorio centímetro a centímetro. Un solo faro embarrado emergía de aquel bajo el que estaba enterrado el Zhiguli, haciendo un guiño como un turbio ojo inyectado en sangre.

Estábamos a finales de marzo, o tal vez comienzos de abril. Fuimos a casa de Tatiana Vladimirovna para que firmara los documentos del contrato preliminar que yo había preparado utilizando el poder notarial que ella me había otorgado: su piso junto al estanque a cambio del nuevo en Butovo, más cincuenta mil dólares, a entregar a principios de junio. Caminé por el Bulvar hacia su domicilio bajo el aguanieve de la tarde. Recuerdo que en el paso subterráneo de la plaza Pushkin había un anciano que tocaba el acordeón con un garito que parecía como drogado en el regazo, pero tenía prisa y no le di nada.

Era temprano. Tal vez fuese hacia allí tan pronto a propósito, porque quería llegar antes que Katia y Masha sin saber realmente por qué. Era la segunda vez que estaba a solas con Tatiana Vladimirovna, después de aquellos pocos minutos en la sala de espera de la notaría, cuando Katia recibió una oferta mejor y nos

dejó solos. Fue aquella tarde, antes de que las chicas se presentaran, cuando descubrí que Tatiana no era ni había sido jamás su tía, no una tía en inglés, ni en ruso, ni en ninguna otra lengua. Aquella fue mi última oportunidad.

Me descalcé. Ella ya había empezado a empaquetar sus cosas. En el pasillo, a lo largo del *parquet* había rimeros de cajas de cartón sin atar y llenas de papeles y cachivaches (el brazo de un candelabro sobresalía de una de ellas, como el brazo de un cadáver fuera del ataúd), además de un par de esas enormes bolsas de tela estampada que ves arrastrar a los inmigrantes en los aeropuertos. Pero aún no parecía haber tocado nada del salón. Las fotos de la época estalinista, en las que era una ágil joven al lado de su marido ya fallecido, las mohosas enciclopedias y el viejo teléfono seguían allí como piezas de museo que ilustraran la manera de vivir de la gente en otro tiempo, junto con mi lata de té inglés en forma de autobús. Los animales fantasmagóricos me miraban desde el otro lado del estanque a través de la brumosa tarde. Tatiana Vladimirovna me ofreció té y mermelada.

Le di la cursi bola de cristal con la catedral bajo la nieve que le había comprado en San Petersburgo. Ella sonrió como una criatura, me besó y puso el objeto sobre la mesa entre el teléfono y la fotografía de su marido.

Me preguntó si me había gustado San Petersburgo. La verdad era que me había parecido estresante y vagamente fantasmal, pero le dije una mentira piadosa: sí, me había gustado, era hermosa, la ciudad más hermosa del mundo. Ya no recuerdo si fui yo quien la indujo o si salió de ella mientras conversábamos, saltando con naturalidad de mi visita a su pasado, pero aquel día hablamos del asedio.

Me dijo que cuando ahora pensaba en Leningrado siempre la veía fría y nevada (miró mi regalo y sonrió), aunque sabía que parte del tiempo que pasó allí fue veraniego, cálido y luminoso. Por aquel entonces, claro está, San Isaac no era una catedral. Los comunistas la habían convertido en un museo del ateísmo o en una piscina, no lo recordaba con precisión, debía de estar perdiendo la memoria.

—Lo pusieron todo patas arriba —me contó—. Al principio escuchábamos la radio y nos decían que éramos héroes y que Leningrado era una ciudad heroica, y nos sentíamos como héroes. Pero luego las personas se volvieron como animales, ¿comprendes? Y todos los demás animales eran comida. Teníamos un perro, era solo un cachorro, y se lo ocultamos a los demás, pero acabó muriendo de todos modos y al final nos lo comimos. ¡Habría sido mejor que nos lo hubiéramos comido cuando estaba gordo!

Se echó a reír, una breve e impetuosa risa al estilo ruso.

—Los más ricos eran los que tenían más libros —dijo—. Los quemaron, ¿comprendes?

—Sí —respondí, aunque por supuesto no era cierto.

—Los libros eran para quemarlos. Los perros eran para comer. Los caballos eran para comer, a veces cuando aún estaban vivos. Se caían en la calle y la gente corría hacia ellos con cuchillos. Con las botas y los zapatos hacían sopa.

Hizo una pausa y tragó saliva, procurando mantener la sonrisa.

—Yo estaba en un sótano… Recuerdo que, después de la guerra, en el campamento para niños, me dieron un helado. Me dijeron que era afortunada.

—¿Te gustaría volver de veras a San Petersburgo?

—Tal vez. —Cerró los ojos durante unos cinco segundos y los abrió de nuevo—. No.

Le pregunté si la familia de Masha y Katia había estado en Leningrado con ella durante el asedio.

—No lo sé —respondió—. En Leningrado había mucha gente. Al principio más, claro.

—¿No vivíais juntos?

—¿Cómo?

—Pensaba que quizá habríais vivido juntos.

—¿Por qué razón tendríamos que haber vivido juntos?

—Porque erais familia.

—¿Familia? No, no somos familia.

Sí, me quedé sorprendido, aunque tal vez no del todo. Pero en aquel momento preferí ocultarlo. Preferí rechazar mi última

oportunidad.

—Lo siento, Tatiana Vladimirovna —le dije—. Estaba confundido. Creía que eras su tía.

—¿Su tía? No —replicó ella, sacudiendo la cabeza pero sonriente—. Ahora no tengo ninguna familia. No tengo a nadie.

—Apartó la mirada y se meció ligeramente en su asiento.

—¿De qué las conoces entonces? —le pregunté tan serenamente como pude. No quería alarmarla pero sí conocer los hechos—. ¿Cómo conociste a Katia y Masha?

—Fue muy extraño —respondió ella, removiendo el trasero en el sofá como si se acomodara para contar un relato largo y apasionante —. Las conocí en el metro.

Volveré a Tatiana Vladimirovna, te lo prometo, pero quiero adelantarme de nuevo, solo unas pocas horas. Quiero contarte lo que sucedió más tarde ese mismo día. Creo que eso te ayudará a comprender mi manera de actuar, suponiendo que desees comprenderlo. Esto me ayuda: al volver la vista atrás, las dos reuniones parecen formar parte del mismo acontecimiento, una pequeña revelación extendida a lo largo de una tarde y una noche.

Después de dejar a Tatiana Vladimirovna fui con Paolo a reunirme con Viacheslav Alexándrovich, el perito, y con el Cosaco. Creo que era domingo, pero necesitábamos verlos urgentemente. Al día siguiente los bancos iban a entregar la última y más sustanciosa parte del préstamo: doscientos cincuenta millones de dólares, millón más o menos. El Cosaco nos invitó a un edificio de oficinas en el malecón, cerca de la antigua embajada británica y situado al otro lado del río frente a los muros de color carnoso del Kremlin. Más adelante descubrimos que no era su oficina. Dudo de que entonces el Cosaco tuviese siquiera una oficina. No tenía más que un Hummer, su descaro y su *krisha*.

En un ascensor con las paredes forradas de espejos subimos a la tercera o cuarta planta y entramos en una imponente sala de conferencias con ventanas que daban al río. Caía la tarde y estaba

oscuro, pero allá abajo se podía ver el hielo sobre el río combándose y agrietándose, grandes placas que se rozaban y empujaban unas a otras sacudidas con indiferencia por las aguas, una enorme serpiente desprendiéndose de su piel. Los edificios amarillos y grises a lo largo del malecón desaparecían en el sucio cielo, y las luces de las ventanas superiores brillaban en la oscuridad como ovnis que volaran bajo.

Había vodka (además de pan negro y encurtidos para salvar las apariencias).

El Cosaco se encaminó al aparador.

—¿Algo para beber? —preguntó.

—Solo uno —respondió Paolo.

—Bueno —dije yo.

—No, gracias —dijo Viacheslav Alexándrovich.

Paolo le conocía de la ocasión anterior que trabajó para nosotros, pero yo le había visto una sola vez, a comienzos del invierno, cuando le contratamos para el encargo de la terminal petrolífera. Era un hombre bajo y pálido, de cabello espeso, gruesas gafas de estilo soviético y una expresión preocupada en los ojos. Supongo que podrías decir que parecía una versión corta, comprimida o achaparrada de mí. Su traje olía a tabaco y a Brézhnev. Recuerdo que tenía trocitos de algodón embutidos en las orejas, una precaución que toman algunos rusos supersticiosos si salen al exterior cuando están resfriados.

La botella de vodka tenía forma de Kalashnikov. El Cosaco la tomó por la culata y llenó cuatro chupitos largos. Cuando me ofreció el mío observé que los gemelos de su camisa eran billetes de dólar en miniatura.

—Algo para beber —le dijo a Viacheslav Alexándrovich, no en tono interrogante sino imperativo, mientras le tendía el vaso que el otro no había querido—. ¡Por nosotros! —exclamó y, tras apurar el vaso de un solo trago, se secó la boca con la manga de un fúnebre color negro.

Paolo y yo entrechocamos los vasos y bebimos. Era un vodka de primera calidad, suave, casi sin sabor, que no producía sensación de ardor después de ingerirlo. Viacheslav Alexándrovich tomó un sorbo

y sonrió fríamente.

—Apúralo —le dijo el Cosaco, sin sonreír.

Viacheslav Alexándrovich aspiró hondo, como un submarinista que se dispone a sumergirse, y se bebió el licor. Después ahogó un jadeo y sus ojos de topo parpadearon y se humedecieron detrás de las gafas.

El Cosaco se echó a reír y le dio una fuerte palmada en la espalda. Los dos tenían más o menos la misma altura, pero el físico del Cosaco era el de un fornido levantador de pesos, mientras que el de Viacheslav Alexándrovich era panzudo y de hombros caídos, uno de esos cuerpos descompensados que de algún modo parecen gordos y delgados al mismo tiempo. Salió disparado hacia delante, luego se recompuso e intentó sonreír de nuevo.

—Bien hecho —dijo el Cosaco—. Bueno, sentémonos.

Debíamos certificar los documentos que los bancos necesitaban antes de extender el último cheque o pulsar la tecla para hacer la transferencia. Todos teníamos copias plastificadas de las cartas de garantía firmadas por el gobernador regional del Ártico. Teníamos las promesas efectuadas por Narodneft de que entregarían grandes cantidades de petróleo. Los bancos contaban con su póliza de riesgo político y nuestro tranquilizador contrato de la extensión de un libro. Pero necesitábamos el último informe de Viacheslav Alexándrovich sobre el progreso de los trabajos.

Yo tomaba notas. Todos los demás fumaban, Viacheslav Alexándrovich inhalando de forma apresurada pero pareciendo cada vez menos relajado con cada calada. Nos dijo que se había completado la conversión del superpetrolero y que los remolcadores estaban a punto de trasladarlo al lugar de la carga. Habían hundido las doce anclas que lo mantendrían fijo, el fondo marino había sido acondicionado. Se levantó para darnos las explicaciones de una presentación proyectada en una pantalla sobre la pared. Incluía dibujos a escala y fotografías de implacables barrenas que horadaban el terreno lodoso. Vimos un tramo de tubería semienterrada en el hielo, como un cadáver del que se hubieran deshecho sin muchos miramientos, y una imagen borrosa que supuestamente era del

fondo del océano Ártico. En un momento determinado la presentación se atascó, y vi el sudor en el cuello y la nariz de Viacheslav Alexándrovich mientras aporreaba el ordenador para que se reanudara.

En conclusión, dijo que estaba convencido de que el equipo se hallaba en disposición de iniciar muy pronto exportaciones de petróleo fiables. Al finalizar se quedó mirando la mesa y fumó como si su vida dependiera de ello.

—¡Buenas noticias! —exclamó el Cosaco.

Paolo y yo intercambiamos impresiones. Es cierto que aquella noche yo no estaba muy centrado, pero de todos modos se trataba más que nada de una formalidad. Era demasiado tarde para aconsejar a los bancos que se echaran atrás, aunque quisiéramos hacerlo. Y no queríamos hacerlo: el informe de Viacheslav Alexándrovich parecía muy concienzudo y Narodneft seguía estando en posición correcta para realizar la jugada. No conferenciamos durante mucho rato. Paolo opinaba que los bancos debían entregar los fondos, y yo estuve de acuerdo. Así se lo hicimos saber al Cosaco.

—Muy bien —dijo, retorciéndose el flequillo.

Pero el motivo principal por el que recuerdo aquella noche (el motivo que se ha fundido con la charla que había mantenido antes con Tatiana Vladimirovna, el motivo del que quiero hablarte) no es la reunión en sí, ni la tortura expertamente despreocupada que el Cosaco infligió a Viacheslav Alexándrovich delante de mí, sino lo que hicimos después. Fue la única ocasión en que vi a Paolo enfadado de veras, incluso más que con lo que ocurrió después, y la única ocasión en que discutimos, porque él era un hombre cuya finalidad en la vida había consistido en transformar discusiones en acuerdos, encontrar formulaciones verbales aceptables, maquillar realidades desagradables.

Dimos por concluida la reunión. Los palacios iluminados del Kremlin brillaban al otro lado del río en la noche que había caído repentinamente. El Cosaco nos invitó a cenar para celebrar el acuerdo. «Y después de la cena, ¿quién sabe?», añadió. El brillo de

sus ojos sugería violación, saqueo y planes para blanquear dinero.

Viacheslav Alexándrovich se excusó y se marchó. Paolo, el Cosaco y yo caminamos por la calle hasta el Hummer de ventanillas tintadas del segundo. Paolo se subió el cuello de su abrigo italiano. Recuerdo que el Cosaco llevaba uno de esos gorros hechos con la piel de algún animal en peligro de extinción con los que se cubren los rusos y que les dejan las orejas descubiertas, solo para demostrar lo machotes que son. En el interior del vehículo había un televisor de plasma, una nevera y un chófer con una cicatriz violácea en una mejilla. El conductor bajó la ventanilla, dejando que entrara el aire cortante de finales del invierno, y con la otra mano buscó debajo del asiento del copiloto y sacó una sirena policial que fijó al techo del vehículo. Pulsó un botón y partimos en la oscuridad a lo largo del río con la luz azul destellante: pasamos ante un hotel que ofrecía un *brunch* dominical de doscientos dólares y llegamos hasta la Casa del Malecón, el edificio lleno de mal karma donde los sicarios de Stalin vivieron en los años treinta, hasta que dejaron de hacerlo, y que ahora tenía en lo alto un gigantesco cartel rotatorio de la firma Mercedes. En Kropótkinskaia, a lo largo del muro exterior de la catedral, había una cola de ancianas que con voces quejumbrosas cantaban himnos bajo la luz amarillenta de las farolas, esperando para ver al icono repatriado (ya fuera un mechón de cabello sagrado o un fragmento de santa rótula) expuesto en el interior. Parecían irreales, como extras en un plato de cine, en aquella ciudad de neón lascivo y frenesí pecaminoso. Cuando nos parábamos en los semáforos, el Cosaco soltaba juramentos y pateaba el respaldo del asiento del conductor.

En Ostozhenka nos detuvimos ante un restaurante *élitni* que era también un club de alterne. Creo que se llamaba Absenta. El conductor apagó la sirena. En la acera cubierta de aguanieve había una hilera de temblorosas candidatas a fulana de oligarca, confiando en que les sonriera el *feis-kontrol* supremo del local. La multitud se apartó para que el Cosaco pasara, de la misma manera que lo había hecho el tráfico ante su destellante luz azul. Llevaba uno de esos bolsitos de cuero para hombres, lo bastante grande para contener

una pequeña semiautomática, que causaban furor entre las clases aguerridas y adineradas de Moscú: un accesorio tan amanerado que de alguna manera resultaba amenazador, como si el portador retara a alguien a que intentara arrebatárselo. Sacó algo del bolso, lo agitó ante los gorilas y entró en la tierra prometida. Le seguimos y entregamos los abrigos a la bonita encargada del guardarropa.

—¿Qué era eso? —le pregunté al Cosaco.

—¿Qué? —replicó mientras llamaba a un camarero moviendo un dedo con un gesto tan imperativo como desganado.

La atmósfera estaba cargada de humo, de música tecno rusa y del aroma de mujeres de lujo.

—¿Qué les has enseñado a los gorilas?

Abrió su bolso y sacó una tarjeta que tenía grabada un águila bicéfala en un ángulo y en la otra una foto de carnet. En ella ponía que trabajaba para la secretaría de asuntos económicos del Kremlin. Hizo girar la tarjeta de contrabando entre los dedos.

—Prohibido —dijo— solo significa caro.

Pedimos unos cócteles, y cuando nos los sirvieron el Cosaco se levantó para brindar una vez, y luego otra y otra más: «Por nuestra amistad… por nuestra colaboración… que vuestras familias prosperen… que la paz reine siempre en nuestros países… para que vengáis a visitarnos al norte». Un brindis ruso es un sueño líquido de una vida diferente.

—Me gustaría preguntarte una cosa —le dije.

—Lo que quieras —replicó el Cosaco, abriendo los brazos con una inocente expresión en la mirada.

—¿Conoces una empresa llamada MosStroInvest?

Sentía curiosidad.

—¿MosStroInvest? MosStroInvest… No, creo que no. Tal vez, sí, tal vez. ¿Por qué?

—Tengo un amigo que les ha comprado algo. Un piso. Me gustaría saber si son de fiar.

—Comprendo —dijo el Cosaco—. Me informaré, ¿de acuerdo? Preguntaré a mis amigos en el sector de la construcción y te lo haré saber. Seguramente la semana que viene. ¿De acuerdo?

—Te lo agradezco.

—Bueno, amigo mío, hay algo que quería preguntarte. Sobre esas chicas.

Me apuntó con un dedo.

—¿Qué chicas? —inquirió Paolo.

—¿Te lo has hecho con una o con las dos? —me preguntó el Cosaco—, ¿O tal vez con las dos juntas?

—Son hermanas —repliqué.

—Eso lo hace aún más interesante —observó el Cosaco.

Creo que los agentes secretos rusos estaban adiestrados para aplicar esa táctica: averiguar información sobre ti y elegir alguna parte insustancial de ella que luego usaban al interrogarte, de modo que te preguntaras cómo lo habían sabido, qué más podían saber, a quién podrían decírselo, haciendo que aumentara tu angustia.

—¿Son buenas chicas, Nicholas?

—Eso creo, sí.

—Ten cuidado —me dijo—, A veces, en nuestra Rusia, la gente puede ser menos amable de lo que parece. ¿Me entiendes?

Sonó el teléfono del Cosaco (su tono era «The Final Countdown»). Respondió, murmuró algo y luego hizo un último brindis, el preferido de los moscovitas palurdos: «¡Qué nuestras pollas estén duras y que tengamos dinero!». Le dio su tarjeta de crédito al camarero, nos besó a los dos en ambas mejillas, le dijo «ciao» a Paolo y se marchó.

No volví a verle ni a hablar nunca más con él, salvo un par de veces, meses más tarde, en que apareció en las noticias dela tele (durante la última guerra del Cáucaso, después de que le hubieran nombrado viceministro de Defensa) y me pareció verle sonriendo en segundo plano mientras el presidente se dirigía a la airada nación rusa.

—Bárbaro —dije entre dientes, o tal vez soltara algo menos fino.

Ya fuese porque creía que me equivocaba, o porque secretamente sentía que tenía razón, o porque su mujer le estuviera acosando para que le comprase un BMW último modelo o le costeara un estiramiento facial, o por alguna otra razón que no alcanzaba a

imaginar, Paolo se enfureció.

—¿Crees que eres tan diferente de él, Nicholas? —Mostró los dientes y, a la luz malva del restaurante, pareció haber envejecido de repente. Su gramática pareció titubeante—. ¿Crees que en Londres hacen las cosas de una manera muy distinta, señor Caballero Inglés? Sí, son más sutiles, *ecco*, más simpáticos, más limpios —e hizo el gesto de lavarse las huesudas manos—, pero es lo mismo. En Italia también. En todas partes es lo mismo. Fuertes y débiles, poderosos y sin poder, dinero, dinero, dinero. No es que Rusia sea así. Es la vida. Mi vida, Nicholas, y también la tuya.

Tal vez yo estuviera pensando en lo que antes no le había dicho a Tatiana Vladimirovna. Puede que en parte tuviera necesidad de fingir —aquella noche más que nunca— que era mejor de lo que en realidad era. Mejor de lo que soy. Le dije que, a mi modo de ver, se equivocaba. Le dije que no éramos iguales. Nosotros teníamos reglas, teníamos límites. Le dije que yo no era como aquel hombre.

—¿No? —replicó Paolo—. Entonces dime una cosa, señor Caballero Inglés. Ese Cosaco es lo que nos permite obtener nuestra prima, ¿entiendes? No hay Cosaco, no hay prima. ¿Estás seguro de que sois diferentes? ¿Estás seguro? Tú y yo somos las pulgas en el culo del Cosaco.

Eso no fue todo. Paolo tenía una gota de sangre parduzca en el blanco amarillento de un ojo. Al cabo de un rato no pude seguir discutiendo. Aparté la vista y miré por la ventana hacia la ridícula cúpula de la catedral. Unos adolescentes filmaban y se besaban entre el aguanieve alrededor de la estatua de algún revolucionario olvidado.

Esa fue la lección, en realidad la misma lección, que aprendí de Tatiana Vladimirovna: que no éramos diferentes. Yo no era diferente. Tal vez fuese peor.

Levanté mi copa de cóctel casi vacío y exclamé:

—¡Por pintar a un cerdo con pintalabios!

—De acuerdo —dijo Paolo—. ¡Por el pintalabios del cerdo!

Entrechocamos las copas.

Tatiana Vladimirovna me había dicho que se conocieron en el metro, al igual que Masha y yo. Me contó que había ido al mercado de Dorogomilosvskaya en busca de carpas (recuerdo que mencionó que las llevaba vivas a casa y las mantenía en la bañera) y las chicas la habían ayudado a llevar las bolsas en la estación de Kíevskaia. Las imaginé flanqueándola en el corredor entre los andenes, bajo los engañosos mosaicos que representan la amistad ruso-ucraniana. Me dijo que sucedió en junio, y me las figuré a las dos con vestidos veraniegos y unas sonrisas francas, encantadoras y enérgicas, y a Tatiana Vladimirovna sudando, con una blusa de verano de manga corta y una falda demasiado gruesa.

Me dijo que, a pesar de que había transcurrido tan poco tiempo desde que se conocieron, habían llegado a sentirse realmente como una familia. Pero no, ella no era su tía. Yo estaba sentado frente ella, retorciéndome las manos sin decir nada. Mis manos me parecían las de otra persona. Supongo que habían pensado que una tía sería algo más plausible, menos comprometedor, y que si tenían cuidado podrían evitar que saliera a relucir.

—No te preocupes —me dijo Tatiana Vladimirovna, sonriendo —. No tiene importancia.

Al volver la vista atrás, me pregunto si tal vez lo que trataba de decirme era: «No te preocupes por nada de todo eso».

Me veía arrastrado hacia los cuarenta. Me había visto arrastrado hacia Moscú, y hacia Masha, y hacia aquella situación. Pasar por alto la mentira y vivir con ello tan solo sería otro bandazo en la corriente. Para ser sincero, ni siquiera resultaría tan difícil. Es probable que la verdad —la verdad sobre mí, quiero decir, y sobre hasta dónde podía llegar— estuviera allí todo el tiempo, muy cerca, esperando a que la encontrara.

Cambié de tema. Me tomé el té. Le dije que me alegraba mucho de que el invierno casi hubiera terminado. Le dije que estábamos pensando en viajar a Odessa. Cuando las chicas llegaron, ninguno de los dos dijo una sola palabra de lo que Tatiana Vladimirovna me había revelado. Era evidente que también ella prefería olvidarlo. Nos sirvió tarta y chocolate. Firmó los documentos que había que firmar.

Más tarde retiré veinticinco mil dólares del banco, y Masha y yo nos reunimos con Stepán Mijáilovich en un club de *jazz* desierto cerca del Conservatorio, con penumbrosas habitaciones privadas, para entregarle el dinero (él, teatralmente renunció a contarlo). Le dije a Olga la Tártara que no era necesario que reuniese los documentos del piso de Butovo, que ya los teníamos. Tal como le había prometido, la llevé a la lujosa terraza del hotel al lado del Bolshói.

14

Según mi experiencia, podías calibrar aproximadamente el grado de depravación de una ciudad eslava por el tiempo que transcurría desde tu llegada hasta que alguien te ofrecía mujeres. En Odessa ni siquiera tuve que esperar a salir del aeropuerto. Cuando nos dirigíamos a su vehículo desde la terminal de llegadas soviéticas, el taxista me preguntó si quería conocer chicas. El hecho de que ya me acompañaran dos no pareció disuadirle.

Creo que era el primer fin de semana de junio. Poco antes de que partiéramos de Moscú nevó de nuevo, la puñetera nieve de finales de mayo con la que Dios hace saber a los rusos que aún no ha terminado con ellos. Pero en el interior del prehistórico avión la temperatura era como la de una *bania*. En algún lugar muy cerca de mi oído, el agudo gemido de un motor fue haciéndose cada vez más estrepitoso hasta que pareció inevitable que, al final, acabáramos estrellándonos. Estaba sentado junto al pasillo, y mi vecino del otro lado era un hombre de negocios húngaro, gordo y loco, que durante la primera media hora de vuelo me miró fijamente y me maldijo en cuatro o cinco idiomas, como si buscara pelea. Luego se tranquilizó, se enjugó la frente y se quejó de los cambios ocurridos en Ucrania desde la ascensión al poder del nuevo presidente (tal vez lo hayas visto en las noticias: el hombre con la cara desfigurada porque los rusos habían intentado envenenarlo). Según aquel húngaro, Ucrania ya no era lo bastante corrupta. «Hace seis meses —dijo en tono quejumbroso—, sabía quién, cómo, cuánto costaba todo. Ahora es imposible hacer nada». La atmósfera en el avión olía a coñac y

sudor. Una azafata se había colocado junto a la puerta del lavabo de la parte de atrás, dispuesta a apagar la alarma antihumo a cambio de una pequeña compensación. Cuando aterrizamos, dos rusos borrachos se pusieron a bailar una jiga en el pasillo, mientras los pasajeros a su alrededor aplaudían.

El calor del mar Negro a comienzos del verano me acarició la piel cuando bajábamos por la escalerilla y cruzábamos el suelo agrietado de la pista. No hacía verdadero calor, todavía no, pero aquella temperatura era paradisíaca. Experimenté la vieja e infantil sensación de estar fuera de lugar, una sensación que recordaba de los dos o tres viajes familiares a la Costa Brava: el destello de una travesura perdonada, la de meterme en un lugar que no era el mío, la de salirme de algún modo con la mía.

Y así era. Me encontraba en Odessa: técnicamente en Ucrania, aunque para los rusos todavía un fantástico nirvana de libertinaje y evasión. Masha y Katia caminaban por delante de mí con minivestidos y sandalias de tacón alto que se habían calzado cuando aún estábamos en el aire. Tiraban de unos *trolleys* Louis Vuitton de imitación, lucían gafas de sol cinematográficas, sonreían de buen grado y, casi con toda seguridad, no llevaban bragas. Masha abrió una sombrilla de un rojo vivo que se movía en sincronía con su trasero.

Parecía como si estuvieran celebrando algo. Casi lo habían conseguido. O casi lo habíamos conseguido. Cuando viajamos a Odessa solo quedaban por hacer un par de visitas a bancos antes de que todo hubiera acabado.

Al guardia fronterizo ucraniano le costaba descifrar mi exótico pasaporte. Una anciana que estaba en la cola detrás de mí me dio unos golpecitos en el hombro y me preguntó resignadamente: «¿Tiene que pagarle, joven?». Por fin el guardia me selló el pasaporte y pasé por la aduana para reunirme con las chicas. Las encontré en el vestíbulo de llegadas, negociando con el taxista (incisivos de oro, chaqueta de cuero para todo el año, zapatos relucientes y lo bastante puntiagudos para poder usarlos como ganzúas).

Nos encaminábamos al aparcamiento cuando me preguntó:

—¿Quiere conocer chicas?

Me reí como un extranjero nervioso. Katia también se echó a reír.

—¿Quieres? —me preguntó Masha, en un tono que no reconocí, irónico pero un tanto irritado, burlón e inapelable—, ¿Quieres conocer chicas, Kolia?

Unas cinco semanas antes del viaje a Odessa, hacia finales de abril, habían apagado la calefacción central en Moscú. Me encontraba en casa con Masha —ella llevaba mi bata y miraba un *reality show* en la tele mientras yo jugueteaba con mi nueva BlackBerry— cuando oímos el revelador chasquido de los conductos de la calefacción, breve pero inequívoco: el pistoletazo de salida del verano, del intenso aprovechamiento de la vida y la lujuria comprimidas en unos pocos meses cálidos. Había empezado el gran deshielo, la nieve y el hielo caían de los tejados como lluvia a baja altura. Los extranjeros nos sonreíamos unos a otros en los restaurantes, como mudos y aliviados supervivientes de una catástrofe. Se habían terminado las idas y venidas entre edificios recalentados y calles gélidas, el interminable ponerte y quitarte la ropa de abrigo, la maratón del invierno ruso que ningún ser humano cuerdo soportaría voluntariamente. Parecía un milagro.

Masha y yo también atravesábamos un periodo cálido y suave. Ahora me percato de que no era real, y tal vez incluso pude percibirlo entonces. Pero en cierto sentido fue el periodo más auténtico, el más sincero. Todavía la amaba, aunque por entonces también podría haberse considerado una adicción. Creo que necesito decirte estas cosas. Si te duelen, lo lamento.

Conversamos. Ella me habló de los inviernos de su infancia, de la guerra entre gángsters que asoló su ciudad a comienzos de los años noventa, los matones del alcalde en un bando, los esbirros del gobernador en el otro. Masha recordaba que, cuando mataron a uno de los gángsters, sus amigos levantaron en el cementerio una estatua a tamaño natural del muerto con las llaves del coche en la mano. La

gente los llamaba «monumentos a las víctimas del capitalismo temprano». Me contó que cuando era adolescente anhelaba ir a Moscú o, si no podía ser, a San Petersburgo, y si tampoco podía ir allí, a Volgogrado o Samara o Nizhni Novgorod, algún lugar civilizado, me dijo, cualquier lugar donde hubiera trabajo y buenas discotecas, cualquier otro lugar. También yo le hice confidencias, cosas que jamás le he contado a nadie, salvo tal vez a ti. No exactamente secretos, pues entonces apenas tenía, sino más bien sentimientos y temores, acerca de mi trabajo, mi futuro, la sensación de que acabaría solo.

Incluso tuvimos otra conversación, aunque fue más bien una especie de guión o de juego, sobre cómo ella vendría algún día a vivir conmigo a Inglaterra. Sin embargo, había comenzado a tener mis dudas de que yo mismo pudiera establecerme de nuevo en mi país, había empezado a sentirme como uno de esos colonos sin remedio de los que oyes hablar, que tras permanecer demasiado tiempo en África no pueden sobrevivir cuando regresan a Inglaterra. Yo no lograba evocar en mi mente cómo sería la vida en Londres, sin nieve, dachas y taxistas armenios borrachos. Había perdido la idea que tenía de mí mismo. Sufría el síndrome del expatriado de larga duración, que a mi modo de ver no es más que una versión extrema de ese desamarre que parece causar vértigo a ciertas personas a comienzos de la mediana edad. También Masha, a su manera, había soltado amarras, pero parecía saber adonde iba.

En dos o tres ocasiones fui a buscarla a la tienda al final de la jornada, y paseamos por el malecón o tomamos una copa en el *pub* irlandés de Pyatnitskaya. Cierta vez fuimos a ver los iconos de la galería Tretiakov, que recorrimos con los pies enfundados en esas absurdas zapatillas de plástico que siempre has de ponerte en los museos rusos y con las que me sentía azorado hasta que me percataba de que todo el mundo las llevaba. Masha conocía los nombres de todos los santos y cuál era la desdichada ciudad que Iván el Terrible o quien fuera estaba saqueando en los cuadros. Pero ella no tenía verdadero interés y yo solo lo fingía. Se mostraba tierna, al menos de vez en cuando, quedándose abrazada a mí

después de hacer el amor, y en una o dos ocasiones se puso una de mis camisas mal planchadas para traerme el café a la cama por la mañana.

Gracias a Olga teníamos casi todos los documentos del viejo piso de Tatiana Vladimirovna. Poco antes del día de la Victoria, Masha, Tatiana Vladimirovna y yo fuimos a una clínica psiquiátrica para recoger el ultimo papel: un certificado oficial de que la anciana había estado en su sano juicio cuando aceptó el trato (Masha me dijo que Katia no nos había acompañado porque estaba estudiando para los exámenes). Una *babushka*, una gacela fuerte y hermosa y un extranjero con gafas: una combinación sospechosa, imagino, para cualquiera que se fijara en nosotros.

Cada sistema de transporte subterráneo tiene sus normas oficiales y extraoficiales. En las escaleras mecánicas del metro de Londres debes colocarte a la derecha, cuando llega el tren tienes que dejar salir a los pasajeros antes de entrar, nunca debes hablar con desconocidos ni tampoco besarte en los vagones antes del desayuno. En Moscú, cuando el tren sale de la estación anterior a la de tu parada, tienes que levantarte y plantarte inmóvil ante las puertas, formado con los demás pasajeros que se disponen a bajar como soldados a la espera de entrar en batalla o como cristianos en un circo romano. Y al llegar a la parada forcejeas para salir al andén mientras implacables abuelas se abren paso a codazos para subir al vagón.

El día que fuimos a buscar el certificado, nos levantamos en Krasnoselskaya y bajamos en Sokolniki. En el exterior había pequeñas placas de hielo al abrigo de los bordillos, amoldándose a sus deteriorados adoquines, y unos montoncillos de un gris negruzco aferrados a las bases de las farolas. Parecía como si hubieran regado la acera con salsa de carne congelada. Pero las jóvenes habían vuelto a ponerse sus faldas cortas, y las calles olían a cerveza y revolución.

La clínica que habíamos elegido estaba agazapada en un laberinto de destartalados bloques de pisos de la era soviética.

Gruesos conductos de la calefacción al descubierto serpenteaban alrededor y entre los edificios, como la fachada del Centre Pompidou de París, pero con menos colorido y con relleno de amianto. Entramos, pasamos por delante de las enfermeras que fumaban en el vestíbulo y subimos dos tramos de escalera hasta el departamento de psicología. Había un leve olor a gas y un nítido sonido de goteo. Vimos a dos pacientes con batas de hospital, uno de ellos tocado con un ancho sombrero de paja. El psicólogo tenía un título enmarcado en la pared, llevaba gafas a lo John Lennon y barba de tres días. Sobre su mesa había un montón de papeles esparcidos, un viejo teléfono rojo y dos tazas de plástico, una de ellas de costado. Tenía manchas de sangre en la bata blanca.

—¿Bebe la mujer?

—No —respondí.

—No —añadió Masha.

—Aún no estoy muerta, doctor —dijo Tatiana Vladimirovna—. Puedo responder yo misma a sus preguntas.

—Aunque beba aún es posible obtener el certificado —dijo el médico—. Solo será un poco más caro. Entrelazó las manos sobre la mesa y sonrió.

—No bebo —replicó tajante Tatiana Vladimirovna.

—¿Drogas? —preguntó el médico, esperanzado.

Ella se echó a reír.

—¿Quién es usted? —me preguntó el psicólogo, de repente un quisquilloso observador de las convenciones.

—Soy abogado —respondí.

—¿Abogado? Comprendo.

El psicólogo rebuscó entre sus papeles y procedió a examinarla mediante el test de cordura mental.

—¿Cómo se llama? —le preguntó a Tatiana Vladimirovna, inclinándose sobre la mesa.

—Iósif Vissarionovich Stalin —dijo ella. Mantuvo el rostro impasible (o tal vez fuera la cara que ponía durante los interrogatorios en el pasado) el tiempo suficiente para que el psicólogo se animara, pensando que podría tener un pretexto para

aumentar su tarifa. Entonces la anciana añadió—: Es broma.

Le dijo su nombre verdadero, su fecha de nacimiento, el nombre del presidente con pinta de comadreja y una o dos respuestas que hasta los lunáticos más auténticos habrían podido dar. Pagamos cuatrocientos rublos más otros trescientos por la labor de secretaría, según dijo el psicólogo. Cogimos el certificado de salud mental de Tatiana Vladimirovna y nos marchamos.

Después de aquel día, solo la vi en otra ocasión antes de que viajáramos a Odessa. Esta vez estoy seguro de la fecha. Fue el 9 de mayo, el día de la Victoria.

Las invité a las tres a mi casa, Masha, Katia y Tatiana Vladimirovna. Veríamos en la televisión el desfile de tanques y misiles en la plaza Roja, y luego pasearíamos por el Bulvar hasta la plaza Pushkin para contemplar los fuegos artificiales conmemorativos sobre el Kremlin.

Hacía una tarde muy agradable. Masha y yo preparamos Minis, salmón ahumado y todo lo demás. Su comportamiento me hizo sentir que éramos como esas otras parejas que te invitan a cenar y te muestran lo felices y lo calladamente eficaces que pueden ser juntos, lo tranquilos que pueden estar aunque discutan. Después del desfile, escuchamos por la radio canciones patrióticas, y Tatiana Vladimirovna nos enseñó unos bailes de los tiempos de la guerra, un vals, creo que era, y otro que no recuerdo. Primero bailó conmigo, mientras Maílla aplaudía y Katia se reía, y luego enseñó a cada una de las chicas por turno. A continuación apartamos a un lado de la sala la mesita baja de IKEA y bailamos juntos, yo emparejado casi siempre con Masha, que llevaba un vestido veraniego verde claro, y Tatiana con Katia. La anciana sudaba, sonreía y hacía girar a Katia como si fuese una adolescente, y una o dos veces lanzó un agudo y extraño grito campesino, un ruido que parecía salir del fondo de su garganta y estar profundamente enraizado en su memoria o en sus genes.

Finalmente se dobló por la cintura, jadeante, y los tres nos

dejamos caer en el sofá.

—Bravo, chicos —nos dijo—. Bravo. Y gracias.

Siempre me había parecido que la obsesión de los rusos con la guerra era un tanto enfermiza, pero aquella tarde observé que la vivacidad de Tatiana Vladimirovna no tenía nada que ver con Stalin, el frente oriental ni nada por el estilo, sino con los amores perdidos y la juventud, y el desafío, y el haber ido a Yalta en 1956.

Después del baile, Masha sacó los documentos.

—Quería informarte de esto, Tatiana Vladimirovna —le dijo—. Kolia ha reunido todos los papeles de tu nuevo hogar en Butovo. La declaración de propiedad, el certificado técnico, todo lo necesario para demostrar que la venta será legal y sin ningún problema. Aquí tienes. —Desplegó un fajo de papeles como una duquesa de San Petersburgo abriría un abanico—. Y también tenemos todos los documentos de tu piso, que Stepán Mijáilovich tendrá que ver.

Sostuvo en alto el *dossier* que Olga la Tártara había preparado y que yo le había entregado antes.

—Enséñaselos tú, Kolia —dijo Katia, sonriente.

—Sí, por favor, Nikolái —intervino Tatiana Vladimirovna— Estoy segura de que todo está en orden, pero me gustaría que tú me lo explicaras. Entonces me quedaré totalmente tranquila.

—Aquí tienes, Kolia —me dijo Masha, y me pasó el abanico de papeles y el *dossier*.

Todavía tiene que inventarse el documento que no puedas comprar en Rusia. En Pavelétskaia, en el paso inferior que conduce desde el metro a la estúpida torre donde yo trabajaba, puedes comprar títulos universitarios, permisos de residencia y certificados de que eres un neurocirujano cualificado. A veces las falsificaciones son auténticas, en el sentido de que las han realizado funcionarios corruptos de las universidades, de la alcaldía o de la administración del Kremlim (hay un activo mercado de restos de papel en blanco de los años noventa, con las marcas y filigranas de la época, en el que es posible redactar contratos antedatados). Algunos son fraudes palmarios. No sé de dónde sacaría Masha los documentos para el piso de Butovo que vi por primera vez aquella tarde. Eran bastante

convincentes, con todas las insignias correctas y una serie de sellos plausibles. Tal vez había algo peculiar en las firmas, y a veces se veía la sombra de una fotocopiadora en uno o dos ángulos del papel color hueso, pero nada demasiado evidente o alarmante.

Puse los papeles sobre la mesa de la cocina y me senté con Tatiana Vladimirovna para examinarlos. Primero revisamos los documentos del piso antiguo. Luego le mostré el que relacionaba los servicios y equipamientos del edificio de Butovo, el que demostraba que nadie más estaba registrado para vivir en el piso que iba a ser suyo y el que identificaba a Stepán Mijáilovich como su legítimo propietario actual.

Estábamos pasando una tarde agradable y habría sido una lástima estropearla. íbamos a viajar a Odessa y habría sido una lástima estropear también eso. Habría sido muy difícil echarse atrás desde el punto al que ya habíamos llegado. Pero la realidad era peor y más simple que cualquiera de aquellas explicaciones. Debo decirte que no sentía prácticamente nada aquel día de la Victoria mientras le mostraba a Tatiana Vladimirovna los documentos. Parecía algo inevitable, casi natural. Soy consciente de cómo debe de sonar esto, pero es lo único que puedo decir.

—Excelente —dijo ella, después de que hubiéramos revisado los papeles— Eres un ángel, Nikolái.

—Sí —dijo Masha—. Kolia es nuestro ángel.

Deslizó una mano por mi pelo, muy suavemente, una sola vez.

—No tiene importancia —repliqué.

—Vamos —dijo Katia, al tiempo que se ponía en pie y se estiraba—. Pronto empezarán los fuegos artificiales.

Cuando salimos de casa aquella noche nos encontramos con Oleg Nikoláevich. Tomamos el ascensor y no pasamos por delante de su puerta, pero él entró por el portal del edificio cuando yo me disponía a abrir. Vestía su traje negro y camisa blanca, como si fuese un músico de *jazz* o un director de pompas fúnebres, y llevaba un maletín que, no me cabía duda, estaba vacío. Masha y Katia se

hallaban a mis espaldas, y Tatiana Vladimirovna detrás de ellas.

—Hola, Oleg Nikoláevich —le saludé—. Permíteme que te presente a mis amigas, Masha y Katia.

—Sí, sí —replicó, como si las reconociera—. Tus amigas.

—¡Feliz día de la Victoria! —exclamó Katia, y soltó una risita.

Eran como recelosos miembros de civilizaciones diferentes que, casualmente, hablaban el mismo idioma.

—Sí —dijo Oleg Nikoláevich—. Y también para vosotras, chicas.

—Bueno, tenemos que irnos —dijo Masha—, Disculpe, por favor.

Oleg Nikoláevich se pegó contra la pared para dejar pasar a las muchachas. Ellas le rozaron al hacerlo y salieron a la calle.

—Mis mejores deseos —dijo Oleg en voz baja.

Tatiana Vladimirovna seguía en el portal, a mi lado. No se me ocurría cómo explicar quién era, así que me limité a decir su nombre.

—Es un placer conocerla —dijo Oleg Nikoláevich.

—El gusto es mío —respondió ella.

Observé el recelo en ambos pares de ojos, noté que cada uno de ellos evaluaba al otro para establecer sus orígenes, educación, la cantidad de sangre que podrían haberse lavado las manos de sus familias… la clase de épicos cálculos instantáneos que hacen los viejos rusos, un poco a la manera en que los ingleses sopesan los zapatos, el acento y el corte de pelo del prójimo. Entonces sus miradas se suavizaron, sus hombros se relajaron, bajaron la guardia.

—Y también la felicito, Tatiana Vladimirovna —le dijo Oleg Nikoláevich.

—Sesenta años —replicó ella—, ¿Son sesenta?

—Más o menos —dijo él.

Supongo que Tatiana tendría seis o siete años más que él, pero ambos habían pasado por todo aquello: la guerra, Stalin, toda la pesadilla rusa. Los dos eran lo bastante mayores para haber creído en algo, aunque aquello en lo que habían creído hubiera resultado ser un fiasco. La mayoría de los más jóvenes no tenían nada en lo

que creer aunque hubieran querido. Ni en el comunismo ni en Dios. Incluso el recuerdo de Dios había sido olvidado.

—Fuimos a Kazan —dijo de improviso Oleg Nikoláevich—. En el Volga. Mi padre era técnico en un laboratorio de física. Estuvimos dos años fuera de Moscú.

—Leningrado —dijo Tatiana Vladimirovna, solo el nombre de la ciudad, nada más.

Oleg Nikoláevich asintió.

Íbamos a cruzar la puerta cuando me detuvo.

—Un minuto, Nikolái Ivánovich. Solo un minuto, por favor.

Tatiana Vladimirovna salió a la oscuridad casi cálida para reunirse con las chicas mientras mi vecino y yo permanecíamos en el umbral. Las mujeres estaban a unos metros de distancia. Supongo que podrían haber oído nuestra conversación si hubieran aguzado el oído y si lo hubiesen querido.

—Están instalando un *jacuzzi* —me dijo Oleg Nikoláevich.

—¿Dónde?

—En el piso de Konstantin Andréievich. Alguien se ha mudado allí.

Llevaba largo tiempo sin pensar en el amigo de Oleg Nikoláevich, y si he de ser sincero no es que me importase mucho.

—¿Quién?

—No lo sé. Me lo ha dicho una vecina a la que conozco. Ella lo ha visto.

—¿Qué?

—El *jacuzzi*.

Esperó una réplica, pero yo no tenía nada que decir acerca del *jacuzzi* ni de su amigo. Creo que probablemente solo necesitaba contárselo a alguien. Estoy seguro de que sabía que era demasiado tarde para seguir esperando que le ayudara. Del mismo modo que era demasiado tarde para que su opinión influyera en mi relación con las chicas.

Para poner fin al silencio, le dije que a comienzos de junio iba a pasar unos días en Odessa.

Oleg Nikolaevich me miró a los ojos, y entonces miró un

momento hacia Masha y Katia enfundadas en sus vestidos con tirantes. Cuando habló, pareció dirigirse a algún punto a la altura de mi clavícula.

—Invita a cenar a un cerdo y pondrá las patas sobre la mesa —dijo.

Contemplamos los fuegos artificiales desde la plaza Pushkin, Tatiana Vladimirovna entre Masha y yo, nuestros brazos entrelazados con los suyos. Creo que a la mujer le gustaba estar con gente enamorada, aunque muy poco de aquel amor estuviera dirigido a ella. Katia tenía un paquete de bengalas y las repartió entre nosotros para que las agitáramos. Cuando empezó el espectáculo, miramos el cielo por encima del Kremlin y soltamos exclamaciones y hurras.

—Pasadlo bien, chicos —nos dijo Tatiana Vladimirovna al darnos las buenas noches, y nos lanzó besos a todos y me hizo un guiño.

Me tomé otro día libre en el trabajo y volamos a Odessa un viernes por la mañana. Al final lo de la casa en la playa se quedó en nada, si es que había llegado a existir, y nos alojamos en un hotel. Pagué, naturalmente, y a cambio tuve que representar todo el número del pez gordo, registrándome con las dos y bajando por la mañana a desayunar juntos. El hotel se encontraba en una encantadora avenida de escaso tráfico, llena de árboles en flor y estatuas de odessanos muertos, en lo alto de la majestuosa y antigua escalinata que conduce a la orilla del mar. Tenía una magnífica escalera de madera, un restaurante que en otro tiempo debió de ser como estar en el Ritz y una hermosa vista del sol de principios del verano flotando sobre el mar untuoso. Todo vuelve a mi memoria mientras te lo voy contando.

Tomamos una habitación y media: un gran dormitorio con un anexo para los niños, provisto de una pequeña cama y un baño compartido. Katia salió de inmediato a dar un paseo y a flirtear. Lo admito, le pedí a Masha que se quitara el vestido, abriera la puerta

del armario y se pusiera delante del espejo, como aparecía en la foto que me mostraron al principio de nuestra relación. Solo que ahora yo estaba sentado detrás de ella, contemplando su espalda ante mí, y su parte delantera y yo junto a ella reflejados en el espejo. Nuestros ojos se encontraron en algún lugar de la puerta, nuestras imágenes muy cercanas en el espejo pero nuestros yoes reales alejándose, ya a mucha distancia.

Permanecimos así, yo sentado y ella de pie, nuestros ojos los únicos que hablaban, hasta que Masha, en el mismo tono violento que le había oído en el aeropuerto, dijo:

—¿Es suficiente, Kolia?

En Odessa se mostró atenta, meticulosa, y satisfizo diligentemente las necesidades que me había dado a conocer. Pero era como si no estuviese realmente allí, o tal vez como si yo ya no estuviese allí, en el interior de su cabeza, y tal vez por eso podía permitirse ser generosa conmigo.

Nos vestimos. En lo alto de la escalinata que descendía desde la umbrosa avenida hasta el mar, descubrimos un cocodrilo enano, un búho de ralo plumaje y un mono nervioso, esperando a que los fotografiaran con turistas impresionables. Hacía calor al sol, pero a la sombra casi tenías frío. Los cafés de Odessa estaban abriendo para la temporada veraniega, desplegando sus parasoles y bajando sus toldos como animales que se desperezasen después de la hibernación. Norteamericanos cohibidos charlaban torpemente sobre los menús con las novias que se habían echado por internet y a las que habían ido a conocer en persona. Dos chicas deambulaban con botas de plástico hasta las rodillas y liguero, repartiendo publicidad de un club de *striptease*. Tal vez me había equivocado al pensar que la religión de aquellos eslavos ostentosamente pecadores se estaba muriendo. Tal vez para ser tan inmoral necesitabas cierto fondo religioso: unos dioses decrépitos acechando en el fondo de tu mente, unos dioses a los que estás decidido a desafiar.

A media tarde tomamos un taxi para ir a la playa.

—¿Qué tal los exámenes? —le pregunté a Katia.

—¿Qué exámenes?

—Tus exámenes en la Universidad Estatal de Moscú.

—Sí, los exámenes —respondió—. Me han ido de maravilla.

Estábamos sentados en un pequeño café de la playa con mobiliario de bambú. Adolescentes flacos se lanzaban al agua fría desde desvencijados toboganes y desde el extremo de un desvencijado embarcadero. Desde cierta distancia la arena me recordaba a la de una playa volcánica que vi una vez en Tenerife (hace mucho tiempo, antes de conocerte, antes de Rusia). Vista más de cerca parecía ceniza de tabaco. Katia llevaba un vestido que se transparentaba, con un bikini rojo debajo. Masha hacía girar su parasol. No podía verle los ojos detrás de las gafas de sol.

—¿Qué asignaturas has estudiado, Katia?

—Empresa… economía… y muchas más. —Sonrió—, Soy muy buena estudiante.

—La primera de la clase —dijo Marsha, y se rieron.

Yo también me reí.

El sendero de hormigón que se extendía detrás de la playa olía a orines, pero no era un olor demasiado desagradable. Un anciano estaba a cargo de una pera de boxeo, y una triste anciana se ofreció a pesarnos en una serie de anticuadas básculas. Varios perros dormitaban. Ahora no parecía haber casi nada que ocultar. No eran hermanas. Tatiana Vladimirovna no era su tía. Katia trabajaba de camarera en el restaurante uzbeko. Todo salía a la luz.

Nos sentamos en la playa (Masha y Katia lo hicieron sobre bolsas de plástico para proteger sus ropas). Convinimos en que por la noche iríamos a uno de los clubes nocturnos de la playa ante los que habíamos pasado. Compramos tres helados a una mujer en la que creí ver cierto parecido con Tatiana Vladimirovna y los lamimos en silencio.

En el hotel, cuando nos preparábamos para salir de nuevo, descubrí la existencia de Seriozha.

Masha entró en el baño y cerró la puerta. Abrió los grifos. Katia se había dormido. La vi tendida boca abajo a través de la puerta de su

habitación, con los brazos colgando a los lados, como un cadáver. Más o menos al cabo de un cuarto de hora di unos golpecitos en la puerta del baño y le pregunté a Masha si todo iba bien, y ella respondió «Da» al cabo de una larga pausa, arrastrando la palabra en un tono a medio camino entre un orgasmo y un estertor agónico. Encendí el televisor: una competición de halterofilia, anuncios de pornografía blanda de líneas de chat italianas, una batalla campal de hombres con trajes ceñidos tratando de estrangularse mutuamente en lo que creo que era el Parlamento ucraniano, y una extraña ceremonia militar, con banda de música y varios camellos, retransmitida en directo desde Turkmenistán. Lo apagué. Desde alguna parte de detrás del hotel me llegaron unos sonidos que, en mi escasa experiencia, tomé por dos disparos de pistola. Entonces vi el monedero ribeteado de rosa de Masha encima de la mesilla de noche, lo cogí y eché un vistazo a su contenido.

Tenía los dos pasaportes, el internacional más el interno que los rusos deben llevar siempre consigo. Así pude asegurarme de que su nombre era auténtico. Luego caí en la cuenta de que podría haber buscado y anotado su dirección. Tal vez debería haberlo hecho, pero tenía prisa, estaba aturullado y no lo hice. Tenía un carnet de miembro de un gimnasio y otro de un club nocturno en el distrito de Taganka del que nunca había oído hablar. Tenía una tarjeta de descuento en una tienda de complementos de la Novi Arbat, tres sellos en una tarjeta de «una gratis por cada seis consumiciones» de una cafetería en la plaza Pushkin, un pase del metro, unos dos mil rublos y cincuenta dólares. Encontré un trozo de papel con su número de teléfono anotado, algo que hacen todos los moscovitas precavidos, de modo que, si alguien le robaba el monedero, el ladrón pudiera pedirle a su abuela que, un par de días después, le vendiera a Masha sus documentos de identidad. Había una fotografía.

El niño de la foto parecía demasiado inocente. Era una foto en blanco y negro tamaño carnet, pero distinguí un copete rubio a lo Tintín, el pelo rizado asomando bajo un gorro de invierno anudado bajo la barbilla. No podía estar seguro de ello (nunca he podido entender las fases mensuales de los bebés ni las monerías y logros

que tanto entusiasman a los padres), pero supuse que en la foto tendría un año de edad. Solo se le veía la mitad superior, pero parecía llevar un traje de marinero en miniatura. Miraba a medias a la cámara, a medias a la mujer en cuyo regazo estaba sentado. Era Masha.

Le di la vuelta a la foto. Alguien había escrito en el dorso «Con Seriozha», y una fecha. Era de unos cinco o seis meses antes de conocer a Masha. Calculé que, mientras estábamos en Odessa, el niño debía de tener ya unos dos años. Volví a guardar la foto en el monedero y lo dejé donde lo había encontrado.

Aquella noche las dos llevaban mallas enteras, las de Masha azul oscuro y las de Katia creo que violeta, y demasiado maquillaje. Fuimos a cenar a un *self-service* ucraniano. Me serví un plato de empanadillas, pero apenas las probé, y me limité a permanecer sentado, preguntándome: «¿Quién es Seriozha? ¿Quién es Seriozha? ¿Quién es Seriozha?». Las chicas hablaron de adonde irían de vacaciones si pudieran permitírselo (las Maldivas, las Seychelles, Harrods). Tomamos una piña colada en un bar flotante y luego subimos a un taxi para ir a un club nocturno de la playa. Creo que se llamaba Ramsés. O Faraón.

Era el primer fin de semana de la temporada, a primera hora de la noche, tal vez las diez y media, y hacía fresco. El local solo estaba medio lleno. Había un escenario inundado en vapor de hielo seco, una pista de baile desierta y a su alrededor mesas escalonadas en los lados de tres pirámides egipcias de plástico. Nos sentamos y esperamos a que ocurriera algo, sin molestarnos en intentar hablar porque la música tecno habría ahogado nuestras palabras. Lentamente, y luego de repente, como suele ocurrir en las fiestas y los clubes nocturnos, el local se llenó. Masha y Katia salieron a bailar. Yo fui a la barra y me quedé allí, mirando a mi alrededor y bebiendo.

Aparte de una docena o así de gángsters de película con intimidantes chaquetas negras, cortes de pelo de condenados en el

corredor de la muerte y cuellos gruesos como troncos de árbol, yo era el cliente de más edad, unos quince años más que la mayoría. Las odessanas de largas piernas me miraban, con mis tejanos y mi camisa festiva, como si fuese un exhibicionista o un mendigo. Había un espectáculo de *striptease*: un extraño *ballet* con un macizo tío inmóvil y dos mujeres decepcionantemente entradas en años y con las tetas caídas. Los asiduos, irónicos, aplaudían y jaleaban.

Cuando las bailarinas de striptease recogieron su ropa y se escabulleron, subí las gradas de una pirámide para localizar a las chicas en medio de la pista. Ahora no tengo del todo clara aquella noche, pero en el recuerdo nebuloso que conservo me abrí paso hasta donde estaban en una esquina del escenario, pidiendo disculpas inaudibles a los dueños de los pies que iba pisando, con las gafas empañadas y un martilleo en los oídos. Recuerdo que estaban con otra chica y un muchacho, pero al verme llegar los desconocidos se retiraron a la jungla de cuerpos y miembros.

Me detuve delante de Masha, le sujeté la cabeza con las manos para mantenerla quieta, y le grité tan fuerte como pude:

—¿Quién es Seriozha?

—¿Qué?

Su rostro dejó de bailar, pero el cuerpo intentó seguir haciéndolo.

—¿Quién es Seriozha, Masha?

—Ahora no, Kolia.

—¿Seriozha es tu hijo, Masha?

—Esta noche no, Kolia.

—¿Está con tu madre? ¿Estuvo tu madre realmente enferma cuando eras una muchacha? ¿Tienes madre, Masha?

—Esta noche no. Esta noche es para ti, Kolia. Bailemos, Kolia.

Su cuerpo empezó a moverse de nuevo. Aún tenía su cabeza entre las manos, pero ella extendió un brazo alrededor de mí en busca de Katia, y entonces noté los brazos de Katia empujándome por los hombros y sus dedos enlazándose con los míos en la nuca de Masha, y sentí la respiración de Katia en el cuello y sus firmes pechos presionándome la espalda.

La piña colada me había privado de la mitad de mi sobriedad, y la comprensión de todo aquello me arrebató la otra mitad. Permití que Katia retirase mis manos, dejé de gritarle a Masha. Me puse a bailar con mi torpeza habitual. Debíamos de parecer una vulgar fantasía masculina.

Pero lo bueno de Odessa, incluso más que en Moscú, es que bajo la luz apropiada, con la lubricación adecuada, de alguna manera puedes hacer que las cosas parezcan mejor de lo que son en realidad. Puedes hacer que las cosas sean como quieres que sean. Allí la gente vive así, y también tú puedes hacerlo. Y eso es lo que hice, durante aquella larga última noche. El vapor del hielo seco se despejó, y vi el brillo del mar Negro más allá del escenario del club, y las crestas de las olas que venían a nuestro encuentro a la luz de la luna. Me pareció que podía bailar, bailar como los cuerpos que se contorsionaban sobre las mesas, y los cuerpos que subían a las tarimas para dejar que el mundo viera lo jóvenes y bellos que eran en el joven verano. Me pareció que los gángsters no eran peligrosos, y que tal vez Masha me besara en serio cuando lo hizo. La pirámide parecía una pirámide, la fantasía olía a felicidad y la noche me producía una sensación de libertad.

No llevaríamos más de una hora acostados cuando la luz empezó a surcar sobre el agua, a través de los árboles y entre las cortinas de nuestra habitación de hotel. Busqué señales, indicios y marcas de estrías en las caderas y el vientre de la dormida Masha, pero no encontré nada.

15

Era pleno verano cuando regresamos de Odessa. La primavera de Moscú es breve, parece pasar casi de la noche a la mañana, o mientras estás viendo una película: al despertarte, o al salir parpadeando del cine a la cálida atmósfera exterior, descubres que ha estado ahí y se ha ido. Noté el sabor de las hormonas y la energía. Algo debía suceder con esa energía, alguien tenía que hacer algo con ella.

Pocos días después de nuestro regreso, uno o dos antes de la fecha que habíamos fijado para firmar el contrato de los pisos, Masha y yo visitamos de nuevo a Tatiana Vladimirovna. Nos recibió en la puerta, pero no quiso que estuviéramos entre cuatro paredes cuando hacía un tiempo tan agradable, así que los tres fuimos a pasear por el sendero que rodeaba el estanque ahora descongelado. Le dimos otro regalito que le habíamos comprado, un imán para la nevera con la ópera de Odessa y al lado la orgullosa cabeza de una zarina. Ella se acercó la chapa a los ojos y luego se la guardó en el bolsillo interior de su liviano chaquetón de primavera azul marino. Dijo que algún día le gustaría volver al mar Negro.

—Claro que volverás —le aseguré.

—Tal vez —replicó ella.

Acto seguido, Masha le contó que había un problema con los pisos. De hecho, eran dos los problemas. El primero, que según ella yo había detectado, era que si Tatiana Vladimirovna intercambiaba su piso por el nuevo, tal como habían convenido, podría tener que pagar cientos de miles de rublos en impuestos sobre bienes. Masha

explicó que las autoridades calcularían lo que creían que valía el nuevo piso, y añadirían a esa cifra los cincuenta mil dólares para determinar el valor nominal de su antiguo hogar. El total estaría por encima del umbral en el que es obligatorio pagar el impuesto sobre bienes. Así pues, Tatiana Vladimirovna podría perder los cincuenta mil y tal vez tener que pagar incluso más.

—¿Es eso correcto, Nikolái? —me preguntó Tatiana Vladimirovna.

No sé por qué confiaba tanto en mí. Masha me miraba fijamente a los ojos, sin hacerme ningún guiño, ni alentarme, ni asentir taimadamente. Sabía lo que por entonces yo estaba dispuesto a decir y hacer.

—Es cierto —respondí, en mi tono de abogado más convincente, aunque era la primera vez que oía hablar de aquello.

Más tarde lo comprobé: no era cierto, pero lo parecía.

Masha explicó que había una solución. Podían redactarse dos contratos por separado, uno para la venta del piso de Tatiana Vladimirovna junto al estanque, solo por los cincuenta mil dólares, y otro para la adquisición de la nueva vivienda en Butovo. En el segundo contrato establecerían un precio que pareciera justo por la compra de Butovo, una cifra lo bastante alta para que las autoridades no pensaran que la venta era un engaño. Pero la cifra no tendría importancia porque en realidad Tatiana Vladimirovna no tendría que pagarla.

—Dos contratos —dijo la mujer— Comprendo. ¿Cuánto tiempo pasará hasta que firmemos el segundo contrato, el de mi nuevo hogar?

—Será pronto —replicó Masha—. Muy pronto.

Tatiana Vladimirovna se detuvo y se quedó un momento contemplando sus zapatos. Entonces se encogió de hombros.

—De acuerdo —dijo.

Masha explicó que el segundo problema era que Stepán Mijáilovich había llamado para decir que el piso de Butovo estaba casi listo, pero no del todo. Había prometido que lo estaría en una o dos semanas, tres como máximo. Pero Masha recomendaba a

Tatiana que de todos modos siguiera adelante con la venta de su propiedad: debía firmar los papeles y recibir el dinero. Le dijo que ya habíamos convenido una cita en el banco donde contarían el metálico, y que tendríamos que pagar por ello ahora incluso si posponíamos la operación. (En aquel entonces, las ventas de propiedades, como todas las grandes transacciones en Rusia —comprar a jueces, sobornar a inspectores—, siempre se hacían exclusivamente en metálico).

—¿Tenemos que pagar por eso?

—Sí, Tatiana Vladimirovna —respondí.

Sin embargo, siguió diciendo Masha, Tatiana Vladimirovna tendría que seguir viviendo en su casa al lado del estanque hasta que la de Butovo estuviera a punto. Solo quedaba la cocina por terminar, dijo, Stepán Mijáilovich estaba instalando las encimeras y el lavavajillas, y entonces estaría todo listo. Lo único que Tatiana Vladimirovna tendría que hacer era darse de baja de su viejo piso, es decir, comunicar a las autoridades que ya no vivía allí. No viviría en ninguna parte. Masha dijo esto sin apresuramiento ni vacilación, sin evidenciar nerviosismo ni emoción alguna. Era asombrosa.

—¡Lavavajillas! —exclamó Tatiana Vladimirovna, y se echó a reír.

Entonces hizo una pausa, una larga pausa durante la que me preocupó que diera su consentimiento, pero —lo admito— me preocupó todavía más que no lo diera. Recuerdo que miré el suelo y pensé que la sequedad del sendero alrededor del estanque parecía un milagro. Los árboles volvían a tener vida, sus hojas de un verde casi puro, y nos llegaban los ruidos desde la carpa del restaurante en la otra orilla. Los animales fantásticos que reptaban y saltaban sobre la pared del edificio frente al de Tatiana Vladimirovna resplandecían como si los hubieran acicalado para el verano. Finalmente, Tatiana Vladimirovna dijo:

—De acuerdo. Nos reuniremos en el banco.

Y los tres seguimos paseando.

En mi calle, el Zhiguli enterrado había emergido de su capullo de nieve. Tenía una grieta en el parabrisas, pero parecía más limpio de lo que había estado antes de que desapareciera, como si el invierno hubiera lavado y restregado sus manchas. Cuando pasé ante el edificio donde vivía, o había vivido, el amigo de Oleg Nikoláevich, vi que unos operarios tayikos empujaban carretillas de arena, haces de madera contrachapada y cubos de pintura escaleras arriba. El café de la esquina del Bulvar había abierto sus postigos para que penetrara el aire acariciante. Los álamos que algún genial planificador soviético hiciera plantar por toda la ciudad estaban excitados y lanzaban sus blancas y peludas semillas: una benigna plaga de junio que los moscovitas llaman «nieve de verano», que se te adhiere al pelo y a veces a la garganta, y se acumula a lo largo de los bordillos formando montones a los que prenden fuego los adolescentes borrachos.

El banco que utilizamos para firmar el contrato definitivo y contar el dinero estaba cerca del piso de Tatiana Vladimirovna, en la zona de Moscú conocida como Kitai Gorod, la Ciudad China. Recuerdo que al lado había un salón de juegos y enfrente una tienda de DVD de saldo. Era tarde. Era un día laborable, creo que lunes, y en la oficina estábamos muy atareados con un nuevo préstamo. El dinero seguía llegando a raudales en Moscú, incluso después de lo que el Kremlin le había hecho a aquel magnate del petróleo con ínfulas, su desdichado abogado y sus furiosos accionistas minoritarios. Cuando llegué, los cuatro formaban un pequeño grupo sobre la acera a la entrada del banco: Masha y Katia con unos trajes pantalón que no les había visto antes (ceñidos en las caderas), Stepán Mijáilovich con su cola de rata y una chaqueta que parecía de *tweed*, y Tatiana Vladimirovna con una falda larga plisada y una blusa marrón. Entramos, pasamos ante una hilera de taciturnos cajeros detrás de sus ventanillas fortificadas, cruzamos una puerta con código de seguridad y accedimos a una especie de sala de juntas, con ventanas muy cerca del techo, como las de una cárcel, y una jarra de agua tibia sobre la mesa.

Nos estaban esperando dos empleados del banco: uno para

refrendar los documentos que era preciso enviar al registro de la propiedad estatal, y el otro para contar el dinero, que Stepán Mijáilovich había traído en un raído portafolio de piel. (Nunca he sabido de dónde procedían los otros veinticinco mil dólares). En un extremo de la sala había una puerta y, al otro lado, una de esas vegas correderas de seguridad que hay en las fachadas de las tiendas cuando las cierran por la noche. La abrieron y bajamos en fila india por una escalera de caracol metálica —los empleados del banco, Stepán Mijáilovich, Tatiana Vladimirovna y yo como su representante legal—, en silencio salvo por el sonido de las pisadas y algunos jadeos de la anciana. Esta iba delante de mí, y cuando alguien cerró la vega a nuestras espaldas, haciéndola chirriar a lo largo del umbral y echando el cerrojo, vi que volvía ligeramente la cabeza, como si sufriera un espasmo soviético automático.

La habitación del fondo era una implacable cámara sin ventanas ni ventilación, con una pequeña mesa de madera en el centro, como aquellas a las que en los viejos tiempos tú y yo nos sentábamos para examinarnos, sobre la cual colgaba una lámpara solitaria. Las paredes estaban forradas de cajas de seguridad. La empleada del banco encargada de contar el dinero (rellenita, de mediana edad, creo que armenia, agradable de una manera más bien cansina) se sentó en la única silla. Stepán Mijáilovich sacó del maletín el dinero, cincuenta mil dólares en billetes de mil rublos, y se lo entregó para que lo examinara. Los demás permanecimos de pie a su alrededor mientras ella extendía fajos de billetes en abanico bajo una lámpara fluorescente. Los miró a través de un ocular como los que usan los comerciantes de diamantes, y después introdujo los fajos de billetes en una ruidosa máquina de contar. Dividió los billetes en tres rimeros, los sujetó con gomas elásticas y los metió en una caja de seguridad gris oscuro. Rellenó un impreso y finalmente introdujo la caja de seguridad en uno de los huecos de la pared.

Subimos la escalera respirando fatigosamente. Tatiana Vladimirovna se sentó a la mesa con Stepán Mijáilovich. Yo me apoyé en la pared, entre Masha y Katia. Tatiana Vladimirovna firmó el nuevo acuerdo de venta que yo le había pedido a Olga la Tártara

que nos redactara apresuradamente: solo su piso por nuestros cincuenta mil dólares. Ella firmó enseguida, sin examinar el documento, y se volvió hacia nosotros sonriente. Los empleados del banco nos explicaron que enviarían una copia del documento al registro de la propiedad. Cuando, dentro de una o dos semanas, según sus cálculos, el registro devolviera el certificado declarando a Stepán Mijáilovich nuevo propietario, este recibiría el duplicado de las llaves en poder del banco, y Tatiana Vladimirovna podría venir para retirar el dinero.

—¡Felicidades! —exclamó Masha.

—¡Oí, Tatiana Vladimirovna! —dijo Katia, y se inclinó hacia delante para abrazar por detrás a la mujer sentada a la mesa.

—¡Felicidades! —dije.

—Gracias —dijo Stepán Mijáilovich.

—¡Lavavajillas! —exclamó Tatiana Vladimirovna, y se echó a reír.

Por aquellas fechas Viacheslav Alexándrovich desapareció de nuevo. El préstamo había sido desembolsado en su totalidad, pero el perito debía confirmar que se cumplían todas las condiciones y los plazos de entrega, en particular que la terminal entregaría las primeras remesas de petróleo aquel verano, y por lo tanto que la empresa del proyecto estaría en condiciones de efectuar los pagos en las fechas pactadas. Pero su teléfono estaba desconectado, y había dejado un mensaje de respuesta automática en su correo electrónico en el que decía que lo lamentaba muchísimo y que hicieran el favor de perdonarle, pero transcurriría algún tiempo antes de que pudiera responder. Y, de repente, tampoco había manera de comunicarse con el Cosaco. Serguéi Borisovich fue al edificio frente al Kremlin donde habíamos tenido nuestra última reunión con él. Resultó que pertenecía a una empresa de comercio petrolero propiedad de un obeso asesino uzbeko. Le dijeron a Serguéi Borisovich que nunca habían oído hablar del Cosaco y le hicieron salir del edificio. Cuando nos pusimos en contacto con Narodneft nos recordaron,

por escrito, que no tenían responsabilidad legal sobre ningún proyecto emprendido por la agrupación empresarial. Paolo dijo que aún no había motivos para preocupar a los bancos, pero podía ver que estaba estresado: tenía ojeras y había empezado a soltar juramentos en italiano. Una y otra vez se refería al Cosaco como «el amigo de Nicholas». La gente le evitaba en la oficina, y observaban nerviosos los números rojos sobre la puerta del ascensor, esperando ansiosos llegar a su planta, si se encontraban con él dentro de la cabina.

El día que llegó el certificado no pude ausentarme del trabajo, por lo que no estuve presente para ver cómo Tatiana Vladimirovna se marchaba con su andar tambaleante, como la imaginaba, y con cincuenta mil dólares en rublos dentro de una bolsa de la compra de plástico, cómo volvía al piso donde había vivido cuarenta años y donde esperaba seguir unas pocas semanas más. Sin embargo, había tenido que abandonarlo definitivamente unos diez días después, hacia mediados de junio, cuando los días son más largos y el invierno parece un sueño. Eso no habían podido arreglarlo. El banco se encargaba del dinero y los empleados solo le darían el dinero a ella. Así que ella debía de tenerlo, al menos de entrada.

Pero antes de dejar a Tatiana Vladimirovna aquel día en que se contaron los billetes de la cámara del banco, la anciana nos invitó a su casa por última vez. El edificio se encontraba a poca distancia del banco. Las cajas estaban colocadas ordenadamente en el pasillo. El mobiliario parecía desnudo y avergonzado. Las láminas y el título ya no colgaban de las paredes. En el fregadero de la cocina había un ramo de flores, que según dijo Tatiana le habían regalado sus colegas del museo, junto con una radio nueva, cuando se jubiló al final de la semana anterior.

También ella me hizo un regalo. Me dijo que tenía demasiados objetos, no sabía si habría espacio para todos ellos en Butovo y ¿de qué le servirían? Quería que tuviera un recuerdo de nuestra amistad. Se trataba de la foto en la que estaba dentro de la rueda gimnástica, tomada cuando aún tenía por delante cuatro décadas de mentiras y penurias comunistas, antes de una década de esperanza, más

mentiras y penurias, y de que finalmente llegáramos Masha, Katia y yo. Intenté no aceptar la foto, pero ella insistió. Creo que la viste cierta vez en un cajón y me preguntaste quién era, y yo te dije algo sobre los recuerdos de aquella época pero no te di una verdadera respuesta. De todo cuanto poseo —que no es mucho, lo admito, para un hombre de mi edad y mi cuenta bancaria—, esa foto en blanco y negro de Tatiana Vladimirovna durante su juventud es lo que más me satisfaría perder, la posesión de la que más me gustaría librarme, pero de alguna manera no puedo.

16

Como ya he dicho, fue el olor.

El centro del Bulvar volvía a estar florido, con vistosas hileras de pensamientos y tulipanes. De acuerdo con una cláusula secreta de la Constitución rusa, la mitad de las mujeres por debajo de cuarenta años habían empezado a vestirse como prostitutas. Al mirar hacia el río y el hotel Ukraina, el calor y los gases de combustión creaban un neblinoso efecto de espejismo sobre los casinos de la Novi Arbat. Era a mediados de junio, y Konstantin Andréievich empezaba a oler.

Recuerdo que iba al encuentro de Steve Walsh en el restaurante americano cerca de la plaza Maiakóvskaia cuando salí al anochecer de mi piso, bajé la escalera y, en el descansillo de Oleg Nikolaevich, encontré a George sentado en el felpudo ante la puerta. Era un gato viejo y artrítico, de orejas rosadas y ojos también de un desconcertante color rosa, gordo como si estuviera preñado pero con la cola delgada, huesuda. Miraba fijamente la pared como si sufriera estrés postraumático. Me incliné por encima de él y llamé al timbre de Oleg Nikoláevich, más de una vez, pero no hubo respuesta. Los ojos rosados y vacíos de George se encontraron con los míos. Lo dejé allí, seguí escaleras abajo hasta el portal y salí a la deliciosa atmósfera del anochecer.

Primero vi a Oleg Nikoláevich. Estaba de espaldas a mí, pero supe que aquel hombre que permanecía allí de pie, con un traje arrugado y la cabeza gacha como si rezara o llorase, era él. Había otras personas que se movían y hablaban a su alrededor, pero Oleg

estaba totalmente inmóvil y aislado, y nadie se dirigía a él.

Desde la dirección por la que yo venía, la multitud me impedía ver, pero noté el olor de inmediato, el olor a fruta podrida que había delatado a Konstantin Andréievich. A unos diez metros de distancia, vi el pie.

Era un solo pie, que sobresalía del maletero del Zhiguli anaranjado y colgaba sobre la sucia placa de la matrícula. Recuerdo que el pie aún estaba calzado. Por encima del zapato de veía una franja de calcetín y, por encima de este, un atisbo de piel verdosa.

Gracias a Dios, de rodilla hacia arriba estaba oculto en el interior del maletero, pero de alguna manera supe enseguida que era Konstantin Andréievich, el amigo desaparecido de Oleg Nikoláevich. Me acerqué a este y me quedé a su lado, vi los ralos remolinos de cabello blanco en lo alto de su cabeza inclinada y contemplé el suelo con él durante tres minutos o un siglo, él y yo, separados y juntos. Oleg Nikoláevich no había alzado la vista ni mirado de soslayo, pero sabía que yo estaba allí.

—Espantoso —dije finalmente—. Horrible.

Él me miró, abrió la boca, tragó saliva y bajó de nuevo los ojos.

Había cinco o seis policías alrededor del coche. Dos o tres de ellos hablaban por el móvil. Llevaban esas curiosas camisas azules (tensas sobre el vientre y con elástico alrededor de la cintura, la pistola golpeando contra el muslo) que la policía moscovita luce en verano. Parecían invitados en una tranquila barbacoa rusa. Al otro lado del coche, sentado en el capó y fumando, estaba el detective adolescente al que fui a ver unos meses atrás y al que me negué a sobornar cuando trataba de ayudar a Oleg Nikoláevich, aunque sin esforzarme demasiado, en la búsqueda de su amigo desaparecido.

—Hola —le dije.

—Hola, inglés —contestó.

Parecía contento de verme. Llevaba tejanos negros, chaqueta de lino y una camiseta oscura con la imagen de una jarra de Guinness en la pechera.

—¿Sabes quién lo hizo? —le pregunté.

Él se echó a reír. Su acné había empeorado.

—Todavía no. Quizá mañana.

—¿Por qué dejaron el cuerpo aquí?

—No lo sé —respondió el detective—. Es probable que lo estuvieran trasladando y les alarmara la presencia de alguien. O tal vez decidieron que era demasiado peligroso conducir por ahí con el viejo en el maletero. Tal vez pensaran regresar más tarde a por él pero algo se lo impidiera. Parece ser que el muerto lleva aquí bastante tiempo. Quizá desde el año pasado.

Recordé lo que Steve Walsh me había explicado sobre el método de asesinato del sicario aficionado / sicario profesional. Le pregunté al detective si, en el caso de Konstantin Andréievich, podría tratarse de eso. Él reflexionó durante unos instantes.

—Podría ser algo así —respondió—. Ha sido un trabajo chapucero. Con un martillo, creo, o quizá un ladrillo. ¿Quieres verlo?

—No, gracias.

Me alejé un poco, hasta la vega del cementerio de la iglesia. Una hierba amarillenta trataba de sobrevivir en el barro. Llamé a Steve.

—Está muerto —le dije.

—¿Vas a retrasarte? Creía que luego iríamos a la Casa de los Jabalíes de Alfie.

El local de Alfie era un antro cerca del zoo donde muchachas rusas que fingían ser putas y putas que fingían no serlo bailaban encima de las mesas mientras expatriados de mediana edad se las comían con los ojos. Aquel sitio siempre me había gustado.

—Konstantin Andréievich, el amigo de mi vecino —le dije—. Ha muerto.

Le hablé del pie y el martillo (o ladrillo).

—Te dije que estaba muerto —replicó Steve, y entonces añadió —: Probablemente ha sido por su piso.

—¿Qué?

—Su piso. ¿Es propietario de una vivienda?

—Sí, lo era.

—Pues ahí tienes —dijo Steve—. Eso es lo que ha ocurrido, créeme. Siempre es por el piso, excepto cuando se trata de bebida o

adulterio. Alguien se lo ha cargado por su piso.

En el tono de nostalgia que siempre adoptan los veteranos de Moscú para hablar de aquella preciada década de latrocinio y lujuria, Steve me explicó que los delitos contra la propiedad habían sido incluso más brutales en los años noventa. Finalizada la era comunista, el gobierno de Moscú cedió por una cantidad irrisoria la mayor parte de los pisos de la ciudad a quienquiera que estuviese viviendo en ellos. Los chanchullos empezaron de inmediato. A veces los estafadores se casaban con las propietarias, y luego traían a sus primos o hermanos de Rostov o de donde fuese para que se libraran de la dueña y así poder heredar. O bien torturaban a las pobres desgraciadas para que firmaran la cesión y luego las disolvían en ácido o las arrojaban al río Moscova.

—Pero ahora Rusia se ha civilizado —dijo Steve—, y han encontrado una manera más limpia de hacer las cosas. Encuentran a un viejo solitario, se lo cargan y hacen que un juez corrupto certifique que son los herederos legales del muerto. De ese modo, la vivienda pasa a ser suya.

—¿No necesitan un cuerpo? —le pregunté—. Para demostrar que realmente está muerto. ¿Encontrar el cadáver no sería un requisito previo?

—Por Dios, Nick, creía que eras tú el abogado. No, el cuerpo no es necesario. En Rusia, cuando llevas cinco años desaparecido, estás muerto. *Finito*. Pero, y esta es la mejor parte del asunto, un tribunal complaciente puede declarar muerta a una persona seis meses después de su desaparición. El solicitante solo tiene que demostrar que el desaparecido fue visto por última vez en una situación peligrosa, cosa que no es difícil. Podría ser pescando en un agujero en el hielo. O nadando en el río cuando estaba borracho. O cogiendo en el bosque las setas que no debía. Al cabo de seis meses se le declara fallecido y el piso cambia de manos. ¿Cuándo desapareció Konstantin Comosellavich?

—No sé, no lo recuerdo. Debió de ser más o menos en octubre.

—El tiempo suficiente. Y suficiente también para que hayan vendido el piso.

Creo que hasta aquel momento había logrado convencerme, cuando me daba por pensar en el alcance real de todo aquello, de que en el caso de Masha, Katia y Tatiana Vladimirovna las cosas no eran tan terribles: puede que no estuvieran bien, puede que incluso estuvieran mal, pero nunca llegarían hasta ese extremo. No podía suceder algo así. Debería haber escuchado. Podría haberme imaginado algo así. Tal vez lo hice, y seguí actuando como si nada. Pero cuando Konstantin Andréievich sobresalió del maletero del Zhiguli y Steve me hizo un breve informe del fraude en la propiedad de los pisos, ya no pude seguir fingiendo que no comprendía la situación.

—Para comprar al juez —dije—, los estafadores necesitarían dinero, ¿no? Necesitarían amigos. ¿Y si no los tienes? Me refiero a los delincuentes. ¿Y si son criminales de poca monta, forasteros en la ciudad, tan solo un par de jovenzuelos?

—Hay otros métodos —dijo Steve—. Necesitas a un incauto, preferiblemente sin familiares. Supongo que has de tener un poco de paciencia e ingenio, pero aun así puedes hacerlo. Hay muchas maneras. Es el crimen perfecto en Moscú. La privatización más los precios astronómicos de la propiedad inmobiliaria más la falta de escrúpulos igual a asesinato. En cualquier caso, ¿qué te hace pensar que son de poca monta?

—No lo sé —le dije, echándome atrás—. No lo sé. —Al cabo de un instante, añadí—: Estaba en un coche, Steve. En mi calle. Bajo la nieve. Quiero decir, el coche estaba bajo la nieve. Parece ser que ha estado ahí todo el invierno. Estaba enterrado en la nieve.

—Una campanilla de invierno —dijo Steve—. Tu amigo es una campanilla de invierno.

Me dijo que así es como los llaman: así es como llaman a los cuerpos que salen a la luz con el deshielo. Sobre todo borrachos, gente sin hogar que arroja la toalla y se tumba en la nieve y, de vez en cuando, un desaparecido al que han asesinado. Campanillas de invierno.

—Como te dije, Nicky —añadió Steve—, cuando llegue el fin del mundo, llegará de Rusia. Bueno, ¿te vienes al local de Alfie?

Colgué y volví al lugar donde estaba Oleg Nikoláevich. Se había erguido, pero seguía allí inmóvil.

—Lo siento, Oleg Nikoláevich —le dije—. Lo siento muchísimo.

—Dios está en el cielo —replicó Oleg Nikoláevich—, y el zar está muy lejos.

Podría decir que fue mi conciencia la que me impulsó a hacerlo. Me gustaría decirte que fue mi conciencia. Tal vez incluso lo fuese, la conciencia unida a la curiosidad, y también algo más, algo más desagradable, una especie de temor reverencial a aquello en lo que había participado y que era un pariente lejano del orgullo. También me gustaría poder decir que lo hice de inmediato, que fue la misma noche, la noche del día en que se descubrió el pie sobresaliendo del maletero. Pero la verdad es que no fue aquella noche, ni siquiera al día siguiente. Aunque fue pronto, estoy seguro de ello, dentro de esa semana, quizá al cabo de solo una semana, cuando fui a ver a Tatiana Vladimirovna, aun cuando no estaba seguro de encontrarla.

No había hablado con Masha ni con Katia desde el día en que fuimos al banco para la entrega del dinero y la firma de la documentación. Eso fue algo que no me había esperado: la brusquedad del final. Telefoneé a Masha una y otra vez, pero no obtenía más que la señal rusa de fuera de servicio (tres notas agudas que empezaban con un tono lo bastante alto para romper cristal o enloquecer a los perros, y luego subían aún más) y un desmoralizador mensaje de la red, diciendo que el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Lo intenté de nuevo cuando empecé a pensar en la anciana. Al final fui a casa de Tatiana Vladimirovna y llamé al timbre de abajo.

Llamé durante uno, tal vez dos minutos, a la sombra del patio, en un sábado deliciosamente cálido. Al final una mujer japonesa abrió la puerta desde dentro, le sonreí, entré en el portal y subí las escaleras. Llamé a la puerta de Tatiana, primero con suavidad, como si en el interior pudiera haber un bebé, o como si no deseara que

quienquiera que estuviese dentro me abriera. Entonces di unos golpes cada vez más fuertes y rápidos, como si fuese un agente del KGB en una noche movidita. Pero no apareció nadie, excepto una mujer rubia con bata y rulos que bajó la mitad del tramo de escaleras superior, se agarró a la barandilla y me miró con fijeza hasta que me marché.

Me detuve en el sendero alrededor del estanque. Por entonces estaba seco y polvoriento, un polvo de color hueso que alzaba la brisa, se arremolinaba alrededor de mis pantalones y sabía a tiza. Me encaminé hasta el metro y crucé las puertas de vaivén de vidrio, las pesadas puertas que, al soltarlas, golpean a los pasajeros como lo hace su historia. Yo había dejado de mantenerlas abiertas para quien viniera detrás de mí, como antes acostumbraba a hacer, y las soltaba sin mirar, rechazando esa oportunidad gratuita de mostrar cierta misericordia en aquella ciudad de gladiadores.

Fui en metro hasta Butovo, pues teóricamente había pasado suficiente tiempo para que Tatiana Vladimirovna se hubiera trasladado allí. Esta vez el taxista al que paré a la salida de la estación era un uzbeko de actitud ligeramente agraviada, que me explicó que pronto, en cualquier momento, los musulmanes se alzarían contra los rusos y todos los demás en la guerra definitiva. Cuando doblamos la esquina en el límite de la ciudad, vi que el otro lado de la carretera se había convertido en una jungla, donde los árboles y arbustos verdeaban con el apremio del verano ruso. Grupos de gente se internaban en el bosque entre las viejas casas de madera, llevando bebés y botellas. Nos detuvimos ante el edificio de Kazanskaya: el de Tatiana Vladimirovna, o el de Stepán Mijáilovich, o el de MosStroInvest, o el de nadie.

Pulsé el botón del intercomunicador correspondiente al piso donde estuvimos el invierno pasado. No hubo respuesta. Pulsé todos los números a la vez y en combinaciones al azar. Esta vez el truco no surtió efecto. Al cabo de un rato reparé en que los cables que surgían del intercomunicador, uno verde, otro rojo y un tercero azul, pendían desconectados por debajo del aparato. Golpeé con los puños la puerta metálica. Crucé la calzada y examiné la fachada del

edificio.

El sol estaba detrás del bloque y tuve que entrecerrar los ojos. No se veía luz en ninguno de los pisos. Contemplé durante largo rato la ventana de la esquina detrás del balcón de la séptima planta, que supuestamente pertenecía a Tatiana Vladimirovna. No parecía que allí hubiera nadie. Creí distinguir los armarios de cocina en la pared del fondo, pero eso era todo. En el balcón no había nada. Entonces miré más arriba y vi que las ventanas del piso superior aún no estaban colocadas. En el ático, uno de esos gordos cuervos de Moscú estaba posado en el alféizar del hueco que algún día sería una ventana.

Empecé a caminar de vuelta a la estación de metro. Decidí, pensando que no me costaría nada, preguntar a alguien acerca del edificio. Sabía que jamás volvería a poner los pies en Butovo. Crucé la extensión de hierba demasiado crecida alrededor de la dacha más cercana y me detuve ante la puerta. Al principio no vi el gigantesco perro de pelaje canela dormido junto a un montón de leña. Llamé. Un hombre más bien mayor abrió la puerta. Tanto podría tener setenta y cinco años como cincuenta, era difícil saberlo. Llevaba un chaquetón de invierno, pero ni zapatos ni calcetines.

Me disculpé por molestarle y le pregunté si podía decirme algo sobre el edificio nuevo al otro lado de la carretera.

—No —respondió.

—¿Nada?

Se me quedó mirando durante unos segundos, supongo que tratando de determinar qué clase de timador era. Tenía los ojos inyectados en sangre, una pálida barba de tres días y mellas entre los dientes.

—Creo que se les terminó el dinero —me dijo.

—¿A quiénes se les terminó el dinero?

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. A los jefes. Dicen que van a derribarlo.

—¿Quién lo dice?

—La gente.

—¿Significa eso que nadie vive ahí?

—Nadie —respondió—. Bueno, no lo sé. Cuanto menos sabes, mejor duermes.

Su boca de dientes irregulares esbozó una sonrisa confortadora mientras cerraba la puerta.

Solo tenía una vaga idea de dónde vivían Masha y Katia, pero fui a todos los demás lugares que se me pasaron por la mente, o a casi todos ellos. Si me hubieras preguntado en aquellos momentos, probablemente te habría respondido que seguía buscando a Tatiana Vladimirovna, pero que esa era solo una parte de la motivación, y no la principal, a decir verdad. También estaba mi dinero, los veinticinco mil dólares, pero tampoco se trataba de eso.

Primero fui a la tienda de móviles junto a la galería Tretiakov. Era un día caluroso, y la tienda estaba llena de clientes sudorosos que se abanicaban con los folletos de ofertas especiales. La primera chica con la que hablé me informó de que Masha había dejado el trabajo y de que ella estaba muy atareada. El gerente me dijo que no, no tenían ninguna dirección ni número de teléfono para contactar con Masha, y me pidió que me marchara. Fui al restaurante de Neglinnaya donde encontré a Katia trabajando de camarera la víspera de Año Nuevo. Me dijeron, bromeando, que tenían muchas Katias y podía elegir entre ellas, pero la que yo buscaba ya no estaba.

Después del viaje a Odessa, estaba bastante seguro de que Katia jamás había puesto los pies en la Universidad Estatal de Moscú. Pero de todos modos fui allí, a la maníaca torre estalinista en las Colinas de los Gorriones. Recuerdo que en la explanada que hay delante de la universidad, desde donde se abarca una vista panorámica de la ciudad sobre el río y el Kremlin, estaban haciendo un reportaje fotográfico a una pareja de recién casados. La novia llevaba un vestido de color merengue con tirantes, mucho menos recatado de lo que espero que sea el tuyo, si es que después de que te haya contado esto lo nuestro sigue adelante. Sus amigas vestían con tal colorido que parecían pavos reales, y el novio y los demás hombres llevaban adustos trajes de gángster. Parecían

conmovedoramente condenados. Oí a los invitados gritar «Gorka, Gorka» («Amargo, amargo»), el ritual para que la pareja se abrazara y, al besarse, borraran toda la amargura e iniciaran su dulce y nueva vida. Las estatuas en la fachada de la universidad, de heroicos intelectuales sosteniendo libros, posando sus manos sobre globos terráqueos y mirando al futuro con expresión idiota, me recordaron las del andén en la estación de Ploshchad Revoliutsii donde vi por primera vez a Masha. El guardia de seguridad que estaba en la entrada principal no me permitió acceder al recinto ajardinado de acceso, aunque no estoy seguro de qué habría hecho allí si me hubiera franqueado el paso. Permanecí en el exterior, preguntando a bonitas chicas con minifalda y muchachos con tejanos baratos si conocían a Katia, hasta que me sentí ridículo y humillantemente viejo. Cuando me marchaba, un patinador estuvo a punto de chocar conmigo. La estrella en lo alto de la aguja principal titilaba bajo el sol ardiente.

Telefoneé a MosStroInvest. Tardaron un rato en responder (creo que por entonces la empresa estaba a punto de entrar en bancarrota), pero al final lo hicieron. Me dijeron que nunca habían oído hablar de Stepán Mijáilovich ni de Tatiana Vladimirovna. Supuse que Stepán Mijáilovich debía de tener un amigo en la empresa o entre los contratistas, alguien que pudiera haberle prestado las llaves del piso de Butovo. Quizá, la idea de todo aquello empezara con eso, con el cebo. Debían de haber contado con otro amigo, tal vez dos, para preparar los documentos falsos. Eso habría sido casi todo lo necesario, aparte de mi intervención para reunir los papeles auténticos del piso de Tatiana Vladimirovna y hacer que la mujer estuviera tranquila y contenta. Debieron de pensar que entregar a la anciana cincuenta mil dólares haría que todo el asunto pareciera legal y auténtico.

El único lugar al que supongo que podría haber ido y no fui era la dacha, la que dijeron que pertenecía al viejo que trabajaba en los ferrocarriles: la de la *bania* del tamaño de un armario y el mágico dormitorio bajo los aleros, el lugar donde descubrí que Masha y Katia no eran hermanas. De alguna manera me parecía demasiado

sagrado, un recuerdo que deseaba congelar en el hielo del invierno y no empañarlo con el sudor y la decepción del verano. Era superior a mis fuerzas. Tal vez pienses que podría haber ido a la policía, que debería haber ido a la policía. Estoy seguro de que piensas eso. Pero ¿qué les habría dicho? ¿Qué había sucedido? Una mujer había vendido un piso. Unas chicas habían desaparecido. No había pasado nada. Y en cualquier caso, fuera lo que fuese lo que se había hecho, yo también había sido partícipe.

En cierta ocasión, durante aquellos pocos días en los que me dediqué a buscar, por un momento creí ver a Tatiana Vladimirovna, o tal vez quise o me obligué a creer que la había visto. Estaba hacia el final de Tvérskaia, cerca de la plaza Roja. Me dirigía al encuentro de Paolo para comer juntos en la terraza del café junto al Conservatorio. Creí reconocer su forma achaparrada, su paso implacable, lento pero decidido como el avance de un ejército, y su peinado de tazón tercamente anticuado, a unos quince metros por delante de mí, en la acera. Me paré en seco, solo un instante, y entonces eché a correr. Pero la acera estaba atestada y había una multitud de turistas alrededor de un tenderete donde vendían camisetas con la efigie de Lenin y muñecos de Stalin. Era como uno de esos sueños en los que corres y corres, pero de algún modo no pareces avanzar. Cuando llegué a la esquina donde se alza el edificio de la Central de Telégrafos, la perdí de vista. Miré por el borde del pretil en lo alto de los escalones que conducían al paso inferior. Doblé por Tvérskaia y llegué hasta la tienda de Levi's. La anciana había desaparecido.

Es posible que fuese ella, no digo que no lo fuera. Podría haber sido ella. Lo más probable es que en estos momentos deambule por las calles de Moscú o San Petersburgo, con cincuenta mil dólares en una bolsa de plástico y aquella sonrisa infantil en el rostro. Tal vez no pasaran de ahí. Al fin y al cabo, tenían su piso y ella jamás podría recuperarlo. Gracias a Olga, toda la documentación estaba en regla. No había nada que la vieja Tatiana Vladimirovna pudiera hacer ni nadie a quien quejarse. Excepto a mí, quizá. De haber querido, habría sabido dónde encontrarme.

Pero nunca vino a verme, y dudo de que ellos hubieran querido verla allí plantada en la acera armando jaleo, o gastándose el dinero extra que podrían haber recuperado. «No hay persona, no hay problema», dice un antiguo proverbio ruso, y sospecho que habrán arreglado las cosas para que no haya ningún problema. No habría sido difícil, incluso sin la nieve. Jamás lo sabré con certeza, pero eso es lo que pienso.

Ni siquiera estoy seguro de que Tatiana Vladimirovna hubiera tenido la intención de mudarse a Butovo. Tal vez no creyese de veras que iría a buscar setas al bosque, se bañaría en el estanque, usaría el lavavajillas y contemplaría las cúpulas de la iglesia desde el balcón de su nueva vivienda. No estoy seguro de qué era lo que esperaba, pero he empezado a pensar que desde el comienzo todos sabían más que yo, que Tatiana Vladimirovna sabía tanto como Masha y Katia: Me lo habían ocultado como a un niño se le oculta un turbio secreto, hasta que no puedes seguir haciéndolo. A veces pienso que, de una manera retorcida, desde el principio todo podría haber sido una conspiración contra mí.

O tal vez no. Tal vez (o seguramente, si he de ser lo más sincero posible) fuese mi conspiración contra mí mismo. La verdad es que había cruzado una línea en alguna parte, en algún momento, en un restaurante, en el asiento trasero de un taxi, debajo o encima de Masha o en el ascensor del edificio de la plaza Pavelétskaia. De alguna manera me había convertido en la clase de persona que se presta a algo así, fuera lo que fuese, consciente de que no era algo bueno pero sin que me importara, manteniendo las formas y sonriendo mientras consiguiera lo que necesitaba. La clase de persona que no había sabido que pudiera ser hasta que fui a Rusia. Pero podía serlo, y lo era.

Eso es lo que supe cuando llegó el deshielo de mi último invierno ruso. La lección no era sobre Rusia. Nunca lo es, no creo que lo sea, cuando una relación termina. No aprendes nada acerca de tu amante. Aprendes acerca de ti mismo.

Yo era el hombre al otro lado de la puerta. Mi campanilla de invierno era yo.

17

Al final, apremiados por los banqueros y nuestros superiores de Londres, Paolo y yo viajamos al norte para inspeccionar personalmente las instalaciones petrolíferas del Cosaco. Volamos desde la terminal doméstica del aeropuerto de Sheremetievo, que parecía un matadero, en un avión que daba la impresión de mantenerse entero a base de cinta adhesiva y esperanza. A vista de pájaro, el paisaje ártico era hermoso: los bosques de pinos seguían espolvoreados de hielo que se resistía a desaparecer, los arroyos corrían espumeantes entre los árboles y el mar era oscuro y sereno.

El aeropuerto más cercano a la terminal petrolífera era el de Murmansk, la ciudad donde Masha y Katia dijeron haber crecido. No me había fijado en la relación hasta que hicimos el viaje. Ahora, al rememorarlo, parece apropiado e hiriente al mismo tiempo que terminara yendo allí. Cuando llegué me sentí emocionado, aunque ya fuera demasiado tarde y las cosas se hubieran torcido. Me emocionaba ver los parques en los que ellas podrían haberse sentado, las aceras por las que podrían haber caminado, los paisajes que habrían enmarcado su infancia. Mi abuelo, claro, también había estado allí, cuando el infierno se había desencadenado sobre la tierra. Pero no creo que pensara mucho en él. En las afueras de la ciudad había un gran monumento conmemorativo de la guerra, pero no lo visité. No tenía tiempo.

La recepcionista del hotel nos dijo que la dirección de la empresa de proyectos del Cosaco correspondía a una antigua urbanización de viviendas subvencionadas de la era soviética.

Añadió que se encontraba cerca de la noria que giraba muy lentamente en una colina por encima de los muelles. Llamamos al número de la oficina, pero nadie respondió.

El segundo día Paolo y yo fuimos al lugar de la costa donde, según Viacheslav Alexándrovich, pronto se bombearía el petróleo a través de un oleoducto hasta el superpetrolero. La carretera finalizaba a unos pocos centenares de metros de la orilla. Bajamos del taxi y caminamos por un sendero lleno de baches. Hacía calor y había mosquitos. Nos echamos las chaquetas sobre los hombros y empezamos a maldecir. En una franja lisa junto al mar había un hoyo cuadrado del tamaño de una pista de *squash*, enfangado pero seco, como el que un secuestrador de una película de suspense utilizaría para mantener cautiva a una mujer. Pero no había tuberías, ni superpetrolero, ni petróleo. No había nada.

Paolo encendió un cigarrillo y se lo fumó de una sola calada. Estuvimos allí unos diez minutos, asimilando las dimensiones de nuestra gran cagada, o así es como yo lo veía. Entonces regresamos al hotel para emborracharnos.

Nos sentamos en el bar de la planta superior, atendido por un barman daguestano y una madame coreana. Bebimos mucho y durante largo tiempo. Allí, en verano, había luz diurna incluso de noche, y a las tres de la madrugada veíamos por la ventana las grúas de los muelles, sus siluetas recortadas como insectos paralizados contra las nubes de un rosa sensiblero a cuyo alrededor volaban las gaviotas. Nos aseguramos mutuamente de que no éramos los culpables. Habíamos tramitado correctamente toda la documentación. Tal vez le habíamos dado al Cosaco un poco más de confianza de la que se merecía. Tal vez mi mente no había estado muy centrada en ocasiones. Pero no éramos ingenieros ni investigadores privados, tan solo abogados. Básicamente, convinimos, habíamos tenido la mala suerte de estar en medio cuando el Kremlin cambió las reglas: cuando alguien decidió que dirigir empresas y desviar sus beneficios un mes tras otro era un trabajo demasiado duro, y que sería más fácil limitarse a desplumar a los bancos.

De todos modos, éramos conscientes de que cargaríamos para siempre con las consecuencias de aquel fallo. No me ofrecerían participar en la firma como socio, probablemente despedirían a Paolo, no habría prima para ninguno de los dos y casi con toda seguridad se acabaría mi estancia en Moscú. Aquella situación en la que no había límites llegaría a su fin.

—Jodidas islas Vírgenes Británicas —dijo Paolo. Podía vislumbrar una estatua de Lenin cubierta de excrementos de pájaro en la plaza de debajo del hotel—. Jodido Cosaco. Jodida Rusia.

Sus pupilas se habían reducido a dos feroces puntos negros. Más adelante me pregunté si Paolo… me pregunté si, tal vez, habría estado mezclado en el asunto. Pensé en sus encuentros con el Cosaco, en las ocasiones en que parecía tan enfadado y en aquella reunión en Narodneft la víspera de Año Nuevo, cuando aprobamos el préstamo, e intenté recordar cualquier momento o detalle revelador al que no hubiera prestado suficiente atención. Pero no pude encontrar nada tangible.

Brindamos por nosotros, por Moscú y por el presidente con pinta de comadreja. Para consolarse, Paolo se llevó a su habitación a una de las rellenitas sodas de la madame coreana. Yo me acosté y contemplé a través de la ventana el lechoso cielo ártico. Tenía ganas de llorar, pero no lo hice.

Al cabo de unas horas (no estoy seguro de la hora, aún estaba bebido, deprimido y, al mismo tiempo, extrañamente estimulado, el estímulo de no tener nada más que perder), me levanté, salí y caminé en dirección a las grúas y los muelles. Crucé la vía del tren por una pasarela peatonal llena de grafitis y llegué a un muelle de carga. Oí música, y vi un café abierto un poco más allá junto al agua.

El local tenía el suelo embaldosado, una barra y un único ser humano, un hombre gordo con delantal y las manos cubiertas de tatuajes.

—Buenos días —le dije.

—Usted dirá.

—Un café, por favor.

El hombre vertió una cucharadita de Nescafé en una taza y

señaló un recipiente de agua caliente en el extremo de la barra. Añadí el agua y tome asiento. La atmósfera del café olía a petróleo. Un viejo frigorífico producía una vibración amenazadora.

Recordé lo que Masha me dijo acerca de su padre.

—¿Es esta la base de rompehielos nucleares? —le pregunté al dueño del local.

—No.

—¿Dónde están los rompehielos?

—Al otro lado de la bahía. Hay una instalación militar independiente. Es secreta.

Me contó que allí también había submarinos. Era el lugar adonde remolcaron el que se hundió unos años atrás, para sacar los cadáveres hinchados de aquellos pobres muchachos. Me di cuenta de que el hombre tenía ganas de hablar, pero necesitaba fingir que no era así.

—¿Es ahí dónde amarra el *Petrogrado*?

—¿Cuál?

—El *Petrograd*. Es un rompehielos.

—No. No hay ningún *Petrograd*.

—Sí que lo hay. Estoy seguro de que sí. Bueno, creo que sí… ¿O puede que antes lo hubiera pero ahora esté fuera de servicio?

—No —dijo el gordo—. No hay ningún Petrograd. Trabajé en esa base durante veinticinco años. Era mecánico. No hay ningún Petrograd.

Me temblaban las manos, y rodeé con ellas la taza de café sobre la mesa. Recordé otra cosa que Masha me había contado acerca de su infancia en Murmansk.

—Dígame. La noria… la gran noria. —Hice un gesto por encima del hombro en dirección a la colina donde se alzaba—. ¿Era muy cara en los años ochenta? Quiero decir, demasiado cara para que algunos niños montaran en ella.

—En los ochenta no estaba ahí —respondió el gordo—. La instalaron en 1990. Fue lo último que la Unión Soviética hizo por nosotros. Lo recuerdo porque aquel año me casé. Después de firmar en el registro civil, fuimos a montarnos en la noria nueva. —Miró el

suelo un instante, tal vez con cariño, tal vez entristecido, era difícil saberlo—. Costaba veinte kopeks —añadió—. Pero en los años ochenta no estaba ahí.

Narodneft negó toda responsabilidad en el fraude del Cosaco. Señalaron que ellos solo habían prometido bombear el petróleo y pagar las cuotas una vez que la terminal estuviera construida. Se pospuso su cotización en bolsa. Los diversos ministerios a los que habíamos presentado recursos nos dijeron que nos jodiéramos, solo que en términos aún menos finos. No volvimos a tener noticias del perito Viacheslav Alexándrovich. Debían de haberle comprado, probablemente aquella primera vez que desapareció, y después se presentó ante nosotros con su falso informe. Tal vez con amenazas, tal vez con dinero, tal vez con mujeres, seguramente con las tres cosas. No puedo culparle. Desde la perspectiva de nuestra empresa, el único consuelo era que el descalabro que habíamos sufrido en el Ártico quedó eclipsado por la avalancha de noticias incluso peores llegadas de Rusia: las grandes expropiaciones que tenían lugar en Moscú, los tanques en el Cáucaso, el miedo y las inquinas que estallaron en el Kremlin y parecieron extenderse por la plaza Roja y por todo el formidable y desastrado continente ruso. El *Wall Street Journal* y el *Financial Times* nos dedicaron una honrosa mención en un artículo de Steve Walsh sobre los banqueros incautos en el Salvaje Este.

Poco después empezaron a surgir nuevas desavenencias entre rusos y norteamericanos, el Kremlin pospuso las elecciones y la mayoría de los extranjeros empezaron su éxodo hacia los aeropuertos. Pero creo que Paolo se habría quedado si la empresa no le hubiera dado el finiquito para tratar de apaciguar a los banqueros. Me enteré de que se había trasladado a Río.

En cuanto a mí, en vez de despedirme, me enviaron de vuelta a Londres para trabajar, como sabes, en auditoría de compras de la división empresarial en la sede central del bufete para que me sentara en los sótanos de las empresas que se vendían o compraban,

revisar archivos y nunca, bajo ninguna circunstancia, hablar con los clientes, un poco como volver a ser agente de tráfico después de haber sido detective. De vuelta a mi insípida vida de ahora. A las viejas amistades de la universidad conservadas por deber y con las que me siento incómodo, el trabajo que me está matando. Y a ti.

Creo que podría haber abandonado el bufete y seguido en Moscú, tal vez tratado de conseguir un empleo con algún emergente magnate del acero o el aluminio, siempre que Masha hubiera seguido conmigo. Sé que en realidad no me amaba, pero no era necesario que lo hiciera. Creo que me habría conformado con verla un par de veces a la semana, con llevarla a su casa un par de veces a la semana, sabiendo que en cualquier otra parte no sería mejor de lo que era, anclado en Moscú por la pesada inercia de la inminente mediana edad. No creo que me hubiera preocupado demasiado por saber cuánto de lo que me había dicho era cierto, ni siquiera por lo que había hecho. Podría haber vivido sin Tatiana Vladimirovna. Podría habérmelas arreglado para olvidarla. Por eso creo que, a fin de cuentas, Masha era mejor que yo. Tenía a Seriozha, así que contaba con una excusa mejor. Y por lo menos actuaba como si hubiera hecho algo malo. No sé quién estaría al mando, pero confío en que ella hubiera sacado una buena tajada.

Un par de días antes de dejar Rusia, fui de nuevo al viejo piso de Tatiana Vladimirovna. Fue la última vez, y, si he de ser sincero, creo que lo hice más por nostalgia que por algún impulso más moral o noble. Pulsé al azar los botones del interfono hasta que alguien me abrió la puerta. Subí las escaleras hasta el piso. Desde mi visita anterior, habían acolchado la puerta con cuero granate e instalado en la parte superior izquierda una inquietante cámara de seguridad, que me siguió mientras me aproximaba al umbral como si estuviera a punto de liquidarme con un láser. Llamé al timbre, oí unas pisadas, noté el ojo que me examinaba a través de la mirilla, y luego oí cómo giraban tres o cuatro cerrojos y corrían un pestillo.

El hombre llevaba un kimono de seda y una mascarilla verde, y al principio no le reconocí.

—Perdone… —le dije, y me interrumpí mientras trataba de

situarlo.

Creía haberle visto antes, pero no recordaba dónde. Pensé que tal vez le conocía por motivos de trabajo, o de alguna fiesta, quizá de aquella vez que asistí al cóctel en la embajada británica para celebrar el aniversario de la reina.

—¿Sí?

—Perdone…

Observé que el hastío y cierta inquietud competían en su frente mientras estábamos allí, los dos esperando a que yo terminara la frase. Entonces lo recordé: era el ruso con un elegante abrigo que salía de casa de Tatiana Vladimirovna cuando fui a visitarla unos meses atrás. Seguía teniendo el cabello impecable. Miré más allá de sus hombros enfundados en seda y vi que la araña de luces siberiana había desaparecido, y que habían pintado las paredes del pasillo de un verde oscuro e intenso. El eterno *parquet* seguía en su sitio. Oí el sonido de un grifo abierto y de una radio encendida. Pensé: «lo vendieron incluso antes de quitárselo».

—Quería preguntarle si sabe dónde está la señora, la que vivía aquí. ¿Dónde está Tatiana Vladimirovna?

—No —respondió—. No lo sé. Lo siento.

Me sonrió y, lentamente, cerró la puerta.

Salí a la calle y me detuve junto al estanque. Se me ocurrió probar una vez más con el número de Masha, llamarla por última vez. El teléfono sonó y sonó, pero no saltó el contestador automático. Sonó y sonó, y finalmente hubo respuesta.

—¿Sí? —dijo, en ese tono impaciente de los rusos convencidos de que el tiempo es oro.

No parecía Masha, y tardé unos segundos en comprender que se trataba de Katia.

—¿Sí?

—¿Katia?

Ella guardó silencio. Oí el ruido de una botella rompiéndose al otro lado del estanque, en algún lugar cerca de los animales de fantasía rampantes. Supongo que debía de quedar algo de crédito en la tarjeta SIM y no querían desperdiciarlo. Supongo que creyeron

que yo o cualquier otro del que hubieran tratado de desvincularse ya habría dejado de marcar aquel número, por lo que no corrían riesgo alguno si volvían a conectarlo.

—Katia, soy yo, Kolia.

Ella siguió unos instantes en silencio.

—*Da*, Kolia —dijo al cabo.

—¿Cómo estás?

—Normal.

—¿Puedo hablar con Masha?

—No, Kolia, no es posible. Masha se ha ido.

—¿A ver a Seriozha? —le pregunté, en una voz que parecía pertenecer a otro—. ¿Ha ido a ver a Seriozha?

—*Da*, Kolia. A Seriozha.

No había pensado bien lo que quería decir, lo que quería conseguir con aquello. Noté que ella estaba a punto de colgar.

Volví al principio.

—¿Por qué yo, Katia? ¿Por qué me elegisteis a mí?

Ella permaneció en silencio, supongo que tratando de determinar si contarme la verdad podría costarle algo. Debió de llegar a la conclusión de que yo ya no podía hacerles nada.

—Nos miraste durante demasiado rato, Kolia. En el metro. Vimos que eras una presa fácil. Teníamos otras posibilidades. Pero entonces descubrimos que eras abogado. Eso fue muy interesante para nosotras, muy útil. También era bueno que fueses extranjero. Pero podría haber sido otra persona. Solo necesitábamos a alguien en quien ella pudiera confiar.

—¿Eso fue todo entonces? Para Masha, quiero decir. Eso fue todo. Tan solo alguien útil.

—Tal vez no todo, Kolia. Tal vez no. No lo sé. Por favor, Kolia. —Seguía sonando igual, medio infantil, pero muy cansada—. Solo eran negocios —dijo—. Nada más que negocios.

—¿Y por qué me sacasteis también el dinero? ¿Por qué lo hicisteis?

—¿Por qué no?

Recuerdo que no estaba tan furioso como quería estarlo.

—Cuando te vi en el restaurante uzbeko, ya sabes, en invierno… ¿por qué no quisiste que le dijera nada a Masha?

—Me preocupaba que se enfadara. Podría pensar que te darías cuenta de que todo era mentira. No me conviene que se enfade.

—¿Sois primas de veras, Katia? Dímelo. ¿Sois realmente de Murmansk? ¿Quién es Stepán Mijáilovich?

—Eso no es importante.

Quedaba una sola cosa por preguntar.

—¿Dónde está ella? ¿Dónde está Tatiana Vladimirovna?

Katia colgó.

La víspera de mi partida de Rusia, por la tarde, el último día de cuatro años y medio que me parecían toda una vida, fui a la plaza Roja. Caminé por el Bulvar, pasé por delante del café y las carpas donde servían cerveza, y llegué a la plaza Pushkin. Entonces bajé por Tvérskaia y crucé el paso subterráneo bajo la demencial autopista de seis carriles que pasa por debajo. Un grupito de pertinaces comunistas de agrestes cejas que enarbolaban harapientas banderas con la hoz y el martillo se manifestaban, y se les iban uniendo compañeros que venían desde la dirección del concesionario de Ferrari y la estatua de Marx. Había unos trescientos policías antidisturbios, la mayoría de ellos sentados en los curiosos y desvencijados furgones que siempre utilizan, y unos pocos en el exterior, fumando y golpeando los escudos con sus porras. Unos hombres de negocios chinos se hacían fotografías con el fondo de la impresionista estatua de Lenin.

Crucé las verjas. Ante mí, elevándose desde el adoquinado, se alzaban las fantásticas cúpulas de San Basilio. Muy por encima del mausoleo azteca, las gigantescas estrellas en las torres del Kremlin brillaban rojas como la sangre bajo el sol. Era pleno verano, pero incluso entonces notabas que el invierno se estaba recuperando en algún lugar al otro lado del río Moscova, preparándose para regresar. Notabas el frío que germinaba en el calor. Me detuve en medio de la plaza, saboreando el aire de la ciudad, hasta que se me acercó un

policía y me obligó a seguir circulando.

Has querido saber por qué no te he hablado de Rusia. En parte se debe a que me parece algo del pasado más remoto, mi antigua vida sin cinturón de seguridad, demasiado difícil de explicársela a otra persona, demasiado privada. Supongo que lo mismo podría decirse de la vida de todos y cada uno de nosotros. Nadie puede vivir la tuya excepto tú, tanto si vives en Chiswick como en Gomorra, y solo tiene un sentido limitado tratar de revivirla por escrito. Y en parte se debe a que, tal como terminó, parecía que lo mejor era dejar que se extinguiera. Hasta ahora no había creído que pudiera contártelo todo, y por eso me lo había callado.

Pero no ha sido solo eso. Puesto que estoy siendo sincero, o tratando de serlo, puesto que te lo he contado casi todo, debería decirte la otra razón, tal vez la principal. Luego podrás hacer con ella lo que quieras.

Cuando pienso en todo aquello experimento culpabilidad, desde luego, pero sobre todo una sensación de pérdida. Eso es lo que realmente me duele. Añoro los brindis y la nieve. Añoro el torrente de neón en el Bulvar a medianoche. Añoro a Masha. Añoro Moscú.

A. D. MILLER nació en Londres en 1974. Estudió literatura en Cambridge y Princeton, donde comenzó su carrera periodística, escribiendo relatos de viajes sobre América. De vuelta en Londres, trabajó como productor de televisión antes de unirse a The Economist para escribir sobre política y cultura británicas. En 2004 se convirtió en corresponsal en Moscú de The Economist, viajando por Rusia y otras regiones de la antigua Unión Soviética. Actualmente es el editor británico de The Economist. Vive en Londres con su esposa Emma y su hija Milly.